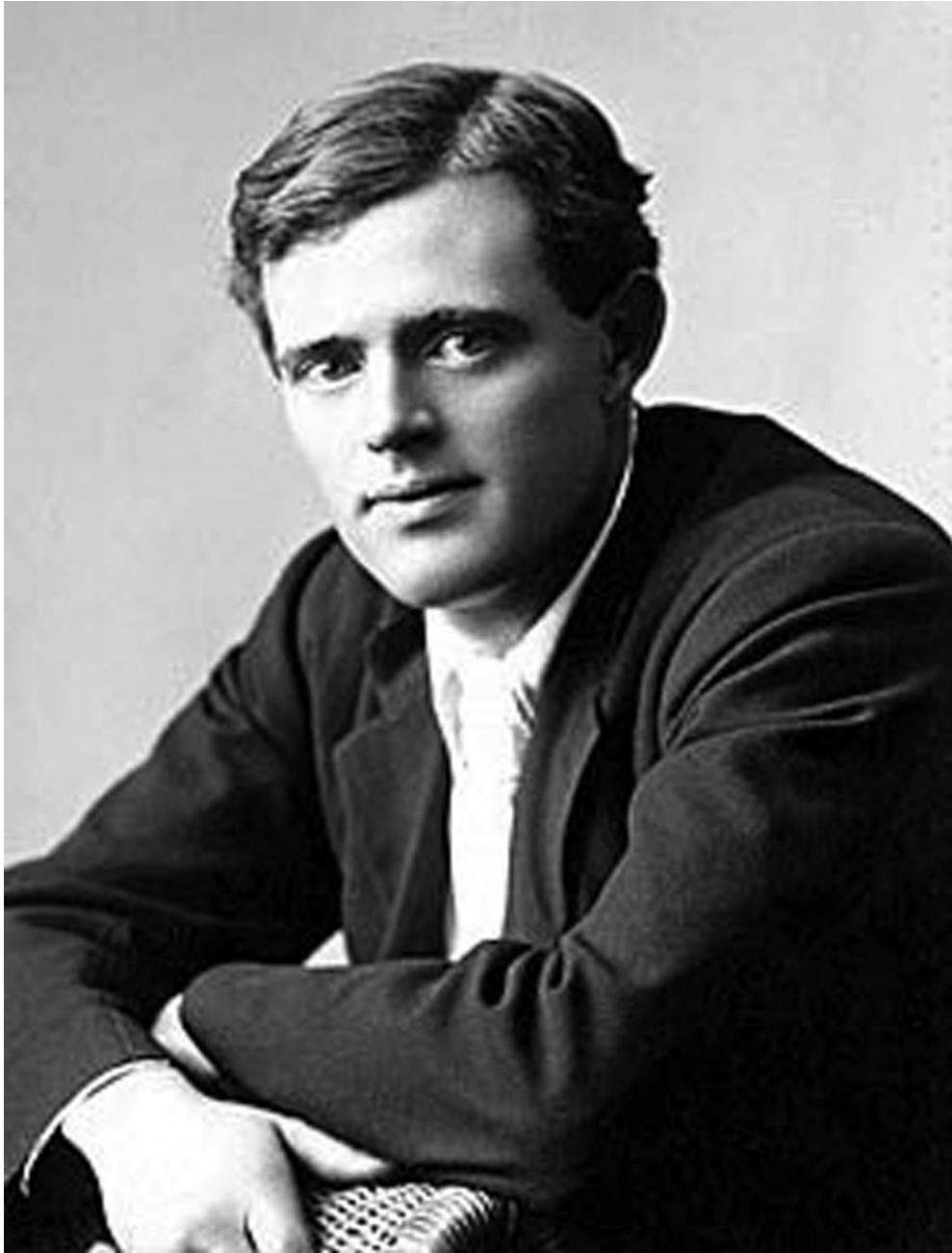


Jack London

Cuentos selectos



Biblioteca Digital Minerd Dominicana Lee

Reseña biográfica

John Griffith London, más conocido por el nombre de Jack, es uno de los autores norteamericanos del siglo XIX que ha gozado de mayor difusión y popularidad fuera de las fronteras de su país. Posiblemente ello se deba a la aceptación que, en términos generales, ha merecido el relato de aventuras en sus diversas formas a lo largo de todas las épocas; siempre ha resultado grato el dejarse conducir por parajes desconocidos cuyos nombres evoquen el exotismo y, sobre todo, la lejanía. El público europeo así parece haberlo entendido, y con este talante ha aceptado el viaje que London propone a través de sus novelas y narraciones. Sin embargo, el conjunto de rasgos y temas que componen su obra nos conducen más allá de la pura ficción literaria, revelándonos retazos de la vida y el carácter del escritor. Los episodios de una vida ciertamente agitada imponen los límites a la fantasía y determinan la esencia autobiográfica de muchos de sus relatos. La aventura fantástica se convierte entonces en una descripción teñida del realismo más crudo, en la que no falta cierta dosis de reflexión acerca de las condiciones sociales de su tiempo.

Jack London nació en San Francisco el 12 de enero de 1876, y murió en su rancho de Glen Ellen, California, en 1916, a consecuencia de una sobredosis de morfina. La forma que eligió para morir y, especialmente, los hechos que conformaron su existencia son datos de los que podemos deducir un carácter conflictivo y apasionado, que se va perfilando desde su más temprana infancia.

De las circunstancias que rodearon su núcleo familiar no se puede decir que fuesen precisamente las más idóneas para constituir una personalidad estable y bien definida: el padre, un astrólogo aventurero, abandonó a la madre de London poco antes del nacimiento del pequeño, dejándolos a ambos en una situación económica lo suficientemente apurada como para que ella buscase una salida a sus problemas casándose con un droguero de Oakland, que dio su apellido a Jack.

Durante el periodo de su infancia que comprende hasta los trece años tiene la oportunidad de estudiar en diferentes escuelas de Oakland y descubrir así su interés por la lectura, que mantendría vivo el resto de su vida. Posteriormente, su

padre adoptivo decide enviarlo a trabajar, puesto que la economía familiar atraviesa un momento delicado, y el adolescente se ve entonces obligado a desempeñar una serie de labores que distan mucho de satisfacer sus inquietudes intelectuales y lo conducen a abandonar su casa a la edad de quince años. En ese momento, el único modo posible de sobrevivir es dedicándose al hurto de ostras y al pillaje en los muelles de Oakland, hasta que en 1892 se enrola como marinero en el *Sophie Sutherland*, uno de los pesqueros que se dirigían al mar de Bering para participar en la caza de focas.

Su azarosa existencia lo lleva a conocer y entablar amistad con una serie de personajes curiosos y desarraigados (vagabundos, aventureros y delincuentes), todos ellos producto de una sociedad fuertemente industrializada que en esos momentos busca su desarrollo a cualquier precio y no duda en marginar del modo más cruel a sus hijos menos favorecidos. De este mundo, que tan bien acabará conociendo London, surgirán muchas de las figuras que protagonizan algunas de sus novelas, como *El lobo marino* (1904), *Cuentos de la patrulla de pescadores* (1905) o *Martin Eden* (1909).

Cuando unos meses después London regresa a Estados Unidos, comienza a trabajar en una fábrica de hilaturas. Las penosas condiciones laborales de ínfimos salarios y explotación, que él sufre en su propia carne, no le impiden seguir albergando ciertas inquietudes literarias, por lo que decide presentarse a un concurso literario convocado por el periódico *Call* de San Francisco con un relato inspirado en un episodio acontecido durante su viaje a bordo del *Sophie Sutherland*. Al ganar el concurso, sus esperanzas de poder dedicarse en un futuro al ejercicio literario se intensifican, pero el presente le recuerda la imperiosa necesidad de subsistir y, en consecuencia, de encontrar un nuevo trabajo.

Su conciencia de las miserias sociales y las desgarradoras injusticias que se estaban cometiendo en nombre del capitalismo dominante lo llevan a alistarse en las filas del ejército de Coxey, en demanda ante el Congreso de una pronta solución al creciente problema del paro que castigaba a un gran porcentaje de la población. Pero la voz de London solo acaba hallando resonancia en las frías paredes de la cárcel, donde fue condenado a permanecer durante treinta días. Hondamente marcado por esta experiencia, regresa a Oakland y se afilia al Partido Socialista. Los motivos por los que adopta tal decisión no obedecen únicamente al cúmulo de situaciones desafortunadas en las que se ha visto inmerso, sino que también responden a una reflexión más elaborada sobre la realidad social a partir de las lecturas que hace de Marx y Engels.

Jack London decide en ese momento dejar de vender su fuerza física a cambio de unos míseros centavos, y manifiesta su deseo de aprender e ingresa en la Universidad de Berkeley, aunque el destino y las circunstancias económicas le iban a obligar, una vez más, a abandonar los estudios. En 1897 se convierte en buscador de oro en Alaska, sin demasiado éxito, y un año más tarde, ya de vuelta en San Francisco, asume de modo profesional su interés por la literatura, e inicia su carrera de escritor.

Desde un primer momento, sus novelas y relatos, inspirados en personajes, situaciones y paisajes bien conocidos por él, puesto que de sus propias vivencias se trataba, gozan de una inmejorable acogida por parte de los lectores. Ahora los problemas económicos que había padecido desde su infancia se pierden entre los recuerdos del más remoto pasado, y London accede a un *estatus* que nunca pudiera haber imaginado.

Muy pronto va cobrando forma en torno a él la imagen del escritor insatisfecho y atormentado, amante del riesgo, la aventura y los excesos, que dilapida caprichosamente fortunas y se entrega con placer a la excentricidad. A pesar de estos rasgos, que también identificarán a otras figuras de la literatura norteamericana, London conoce el significado y la necesidad de la disciplina en cualquier tipo de trabajo, y se aplica en la producción constante de nuevas obras, además de ejercer como corresponsal de guerra en el conflicto ruso-japonés y en México.

En marzo de 1916, poco antes del trágico suceso que acabaría con su vida el 22 de noviembre de ese mismo año, London decide poner fin a la tensa relación que había sostenido desde su adolescencia con el Partido Socialista. Siente que el ideal democrático que había deseado para su país, y que creía poder hacer realidad desde las filas del Partido, ha sido traicionado por la negativa de los socialistas americanos a pronunciarse en favor de los aliados durante la Primera Guerra Mundial. Desengañado, y con una salud resquebrajada por los excesos a los que se entrega en los últimos años, Jack London halla la última y más definitiva forma de viaje en el suicidio.

Su época

Las circunstancias históricas que marcan la época en que vive Jack London se hallan estrechamente vinculadas no solo a las vivencias personales del autor, sino también a su obra. Partiendo del carácter autobiográfico de algunas de sus novelas y narraciones, no resulta difícil advertir el impacto que producen en él las condiciones de la expansión industrial y económica que tiene lugar en Estados Unidos a finales del siglo XIX.

Tras la Guerra de Secesión, cuyo mayor logro fue la abolición de la esclavitud (aunque el problema racial no logró resolverse plenamente en el Sur), el país inicia un periodo de reconstrucción y expansión económica interior. Entre 1874 y 1914, Estados Unidos experimenta profundas transformaciones en todos los ámbitos de la sociedad, pero especialmente en el de la industria. Los factores que hicieron posible el rápido desarrollo industrial fueron básicamente dos: por una parte, el aumento de la población, y, por otra, el importante fenómeno de la inmigración. El acelerado ritmo de la producción industrial que se impone a lo largo y ancho del país permite un notable avance de la tecnología, que se traduce principalmente en la construcción de nuevas vías de comunicación ferroviaria y fluvial. También la agricultura, una de las más importantes fuentes del comercio y la subsistencia del país desde su origen, se beneficia de los nuevos logros tecnológicos y experimenta un rápido desarrollo, aunque a partir de ahora el motor que va a impulsar la economía norteamericana será la industria.

La otra cara del progreso no tardará en revelarse. La miseria se ceba en los sectores de población menos favorecidos, puesto que el proceso de mecanización acabará con muchos de los trabajos que antes debían practicarse de forma manual. Este hecho, unido al rápido crecimiento de la población, asegurará una obtención asombrosamente fácil de mano de obra barata y, en consecuencia, se producirá el fenómeno de la explotación. El descontento generalizado entre los trabajadores hace que aparezcan los primeros sindicatos locales en 1870, siendo estos los precursores de otras asociaciones de carácter más amplio, como la *American Federation of Labour* de Samuel Gompers, constituida en 1886. También durante este periodo se fundan los primeros *trusts*. La concentración del capital en manos de unos pocos privilegiados se pone primeramente al servicio del petróleo, el acero y los ferrocarriles, dominando así el panorama económico interior y acabando con la

vida de las pequeñas sociedades independientes.

De un modo progresivo e inexorable se van perfilando los rasgos de la nueva sociedad capitalista, sociedad que no limita sus actuaciones al territorio nacional, sino que paralelamente busca formas diversas de expansión exterior.

De la mano de Theodore Roosevelt, secretario del gabinete de Marina del presidente McKinley, se inicia la política de dominio externo. A este propósito responde la guerra hispano-norteamericana, la ocupación de Haití en 1916 o la compra a Dinamarca de las islas Vírgenes, que proporcionó a Estados Unidos el control del golfo de México, entre otras muchas manifestaciones de la fuerza política y económica que estaban adquiriendo los norteamericanos y que los llevaría a convertirse en una de las primeras potencias mundiales. No obstante, la primacía de Europa todavía se mantendría incuestionable hasta el inicio de la Primera Guerra Mundial. Cuando Norteamérica decide romper su neutralidad política e intervenir como abastecedora de los aliados, su balanza comercial experimentará un beneficio insospechado gracias a las exportaciones y el lugar privilegiado que correspondía a Europa se verá ya seriamente amenazado.

La narrativa norteamericana de la segunda mitad del siglo XIX

En la segunda mitad del siglo XIX, la narrativa norteamericana ha alcanzado ya unos rasgos de identidad propios, aunque no por ello silencie la importancia de las influencias literarias procedentes de Europa.

Las técnicas realistas de los grandes maestros europeos, Balzac y Stendhal, encuentran una acogida favorable en la obra de autores norteamericanos tan notables como Herman Melville (1819-1891), autor de la célebre historia de *Moby Dick*, o Samuel Langhorne Clemens (1835-1910), más conocido por el seudónimo de Mark Twain y autor de novelas tan populares como *Las aventuras de Tom Sawyer* o *Huckleberry Finn*. No obstante, en el caso concreto de estos autores, debe hablarse todavía del predominio que ocupan en sus obras las creencias religiosas bajo la peculiar forma de una conciencia moral puritana y trascendentalista, propia de la sociedad americana de la época.

Otros autores destacables se centran fundamentalmente en la crisis que se produce a raíz de la guerra civil y tratan en sus novelas el problema de la esclavitud. Entre ellos, cabe citar a Harriet Beecher Stowe (1811-1896), con *La cabaña del tío Tom*, o a Joel Chandler Harris (1848-1908). Junto a estos autores, el nombre de Bret Harte (1839-1902) contribuye con sus relatos a difundir la imagen del pionero del *far-west*.

A partir de 1880 se produce un afianzamiento del realismo, y la novela se convierte en el género literario predilecto. Las concepciones realistas que se habían ido introduciendo progresivamente experimentan entonces una evolución que las conduce al naturalismo. La influencia del naturalismo del francés Zola puede advertirse en la novela histórica de Helen Hunt Jackson (1830-1885), *Ramona*, o en *Ben Hur*, de Lewis Walle (1827-1905), así como en la crítica social más acerada de William Deall Howells (1837-1920) o de Stephen Crane (1871-1900), al que se ha querido considerar como uno de los mejores imitadores americanos de Zola.

Por último, señalaremos el lugar destacado que ocupan dentro de la corriente naturalista O'Henry (1862-1910), especializado en el cuento, y Jack London.

Su obra

Ya avanzábamos en el apartado anterior que la obra de London se integra en la corriente literaria naturalista, inspirada fundamentalmente en el autor francés Émile Zola (1840-1902). Sus novelas y narraciones dejan entrever la presencia de los postulados propios del Naturalismo, a la luz de los cuales él intenta ofrecer su particular visión del mundo que lo rodea.

En este sentido podemos señalar su interés por la descripción de los comportamientos humanos bajo el prisma de un determinismo fundamentalmente social; el hombre se ve irremisiblemente limitado por las circunstancias a la hora de actuar libremente, y sus decisiones quedan determinadas por el tiempo y el lugar en los que se desarrolla su existencia. Partiendo de esta concepción determinista, London plantea una contradicción propia del hombre de su tiempo, en la que surge como tema el conflicto entre las excelencias del progreso y la añoranza de una vida más próxima a la naturaleza, más primitiva, aunque no llegue a proponer ninguna vía de solución. Por otra parte, también las ideas socialistas de Zola hallan eco en London. Recordemos la relación que él mantuvo desde su adolescencia con el Partido Socialista, guiado por la esperanza de poder modificar la injusta organización social que se estaba implantando en su país, aunque en su obra este tema aparezca en poquísimas ocasiones y, en cualquier caso, sea tratado de un modo superficial.

No hay que olvidar tampoco el aspecto autobiográfico de los relatos de London. Los episodios que constituyen su agitada y original vida se hallan siempre presentes, de un modo más o menos declarado, en todas las historias que narra. Esto le permite dotar a sus escritos de una credibilidad y una fuerza difíciles de conseguir en el género de las novelas de aventuras.

Así, en *Martin Eden* (1909) y *John Barleycorn*, pueden reconocerse sus vivencias de infancia y sus esfuerzos por salir adelante hasta llegar a convertirse en célebre escritor, mientras que *El crucero del Dazzler* (1902), *El lobo marino* (1904) y *Los cuentos de la patrulla de pescadores* (1905) se inspiran fundamentalmente en sus viajes por mar, y *La luz quemante* o *Smoke Bellew* (1912) recogen sus aventuras a través de los amplios parajes de Estados Unidos, Canadá y Alaska. Otro de sus éxitos literarios fue *La llamada de la selva* (1903), basado en su interés por el tema del

instinto primitivo y el retorno a la naturaleza. Y aún debemos mencionar algunas novelas de carácter crítico que levantaron polémica en su época; nos referimos a *El pueblo del abismo* (1903), *El valle de la luna* (1913) y *El talón de hierro*.

Tras haber citado los títulos principales que componen su bibliografía, no podemos olvidar sus artículos como corresponsal en diferentes conflictos bélicos, ni sus deliciosas narraciones cortas. También en ellas se encuentran presentes algunos de los rasgos con los que hemos intentado definir sus novelas de mayor extensión, y también su lectura puede proporcionarnos una visión sintetizadora de la figura literaria de Jack London.

LA LEYENDA DE JEES UCK

La renuncia, aunque tiene múltiples variantes, en el fondo es siempre igual. Pero, paradójicamente, hombres y mujeres renuncian a la cosa más querida del mundo por otra más querida aún. Siempre ha sido así. Abel ofreció las primicias de su rebaño y las reses más cebadas, que era lo que más estimaba para ponerse en buenas relaciones con Dios. Y lo mismo hizo Abraham cuando se dispuso a sacrificar sobre una piedra a su hijo Isaac. Quería mucho a Isaac, pero a Dios, de una manera incomprensible, aún lo quería más. Es posible que Abraham temiese al Señor. Pero, sea cierto o no, desde entonces millones de hombres han declarado que amaban al Señor y deseaban servirle.

Y dado que, como se sabe, amor es servidumbre y renunciar es servir, estaremos de acuerdo en que Jeess Uck, que fue simplemente una mujer de color, amó con un gran amor. No sabía demasiado de historia; solo había aprendido a leer los presagios del tiempo y las huellas de la caza; así que nunca había oído hablar de Abel ni de Abraham; además, como se había escapado de las religiosas de Holy Cross, nadie le había contado la historia de Ruth, la moabita, que renunció a su propio Dios por una mujer de otras tierras. Jeess Uck había aprendido una forma de abdicación —a base de palo— parecido al modo con que el perro renuncia al hueso robado. Sin embargo, cuando llegó la ocasión dio pruebas de ser capaz de elevarse a la altura de las razas superiores y de sacrificarse con igual nobleza.

Esta es la historia de Jeess Uck, Neil Bonner, Kitty Bonner y de dos de los hijos de Neil Bonner. Bien es verdad que Jeess Uck era de color, pero no era india, como tampoco era esquimal, ni siquiera inuit. Retrocediendo en la tradición, aparece la figura de Skolkz, un indio toyaat del Yukon, que durante su juventud viajó por el Gran Delta, donde habitan los inuits y donde se juntó con una mujer llamada Olilie. Olilie procedía de madre esquimal y padre indio. De Skolkz y Olilie nació Halie, que era medio india toyaat, una cuarta parte inuit y otra cuarta parte

esquimal. Halie fue la abuela de Jeess Uck.

Como Halie, de estirpe procedente de tres razas, no abrigaba prejuicios contra futuras mezcolanzas, se unió con un ruso mercader de pieles llamado Shpack conocido también en aquel tiempo por Big Fat. A Shpack se le llamaba ruso por no disponer de otro nombre más adecuado; su padre, eslavo de las Provincias Bajas, se había fugado de las minas de mercurio del norte de Siberia donde cumplía condena. Allí conoció a Zimba, mujer perteneciente a la tribu de los renos, que fue más tarde la madre de Shpack, quien a su vez fue el abuelo de Jeess Uck.

Sin embargo, si de pequeño Shpack no hubiese caído en manos de los marinos que arrastran su miseria por las costas del Ártico, no hubiese llegado a ser el abuelo de Jeess Uck, ni hubiese existido este relato. Pero le apresaron los marinos, después huyó a Kamchatka, y finalmente llegó al Báltico a bordo de una ballenera noruega. Al poco tiempo, prosperó en San Petersburgo y no transcurrieron muchos años sin que se viera conducido hacia el este por el mismo camino agotador que medio siglo antes su padre recorriera entre dolores y gemidos. Pero Shpack era libre, trabajaba como empleado de la gran Compañía Rusa de Peleteros, y gracias a este cargo fue internándose más y más hacia el este, hasta que cruzando el estrecho de Behring se introdujo en la América rusa. En Pastolik, cerca del Gran Delta del Yukon, se casó con Halie, que fue la abuela de Jeess Uck. De esta unión nació la niña Tukesan.

Shpack, siguiendo las órdenes de la compañía, remontó en canoa el Yukon unos centenares de millas, llegando al puesto de Nulato. Llevó consigo a Halie y a Tukesan. Esto sucedió en 1850, año en que los indios ribereños cayeron sobre Nulato y lo borrarón de la faz de la tierra. Así murieron Shpack y Halie. Durante aquella noche terrible desapareció Tukesan. Aún hoy, los toyaats aseguran no ser responsables de aquella fechoría; pero sea como sea, lo cierto es que la niña Tukesan creció entre ellos.

Tukesan se casó sucesivamente con dos hermanos toyaats, y con ambos fue estéril. Por esta causa las otras mujeres movían la cabeza, y ya no se encontró ningún toyaat que quisiera casarse con la viuda sin hijos. Pero en esta época, muchos centenares de kilómetros más arriba, en Fort Yukon, había un hombre, Spike O'Brien. Fort Yukon era un puesto de la Hudson Bay Company, y Spike O'Brien uno de los empleados de esta compañía. Era buen empleado aunque opinaba que el servicio era malo, y con el transcurso del tiempo confirmó esta opinión abandonando el puesto. Para regresar a la York Factory, en la bahía de Hudson, necesitaba viajar durante un año a través de la cadena de puestos.

Además, perteneciendo estos puestos a la compañía, sabía que no podría huir de sus garras. No le quedaba más remedio que descender por el Yukon. Ningún hombre blanco había bajado nunca por el Yukon, ni tampoco se sabía si el Yukon desembocaba en el océano Ártico o en el mar de Behring; pero Spike O'Brien era celta y la perspectiva del peligro era un aliciente que siempre le había seducido.

Algunas semanas más tarde, bastante abatido, medio muerto de hambre y de fiebre, dirigía la proa de su embarcación a la orilla, cerca de la aldea de los toyaats, y poco después caía extenuado. Durante las semanas que siguieron y mientras recobraba las fuerzas, se fijó en Tukesan y le pareció buena. Como el padre de Shpack, que vivió muchos años entre la tribu de los renos en Siberia, Spike O'Brien pudo haber dejado sus cansados huesos con los toyaats. Pero su afán de aventuras se apoderó de todas las fibras de su corazón y no quiso dejarle tranquilo. Si había viajado desde York Factory hasta Forty Yukon, pensó que también podría ser el primer hombre que viajara desde Fort Yukon hasta el mar y alcanzar la gloria de ser el primero que ganara por tierra el paso del noroeste. Por consiguiente, partió río abajo en busca de la gloria; pero ni se hizo célebre, ni se cantaron sus hazañas. Algunos años más tarde frecuentaba una posada de marineros en San Francisco, donde se le llegó a considerar como al más famoso de los farsantes por decir verdades como templos. En esto, Tukesan tenía por estéril, dio a luz una hija. Y esta hija fue Jeess Uck. Se ha trazado su genealogía con tanta prolijidad para demostrar que no era ni india, ni esquimal, ni inuit, ni cosa alguna definida y también para probar lo vago y confuso de nuestro origen.

De sangre de vagabundos y con la complicada herencia de muchas razas, Jeess Uck se había convertido en un tipo de admirable belleza. Esta belleza, algo singular tal vez, era lo bastante oriental para interesar a algún etnólogo eminente. La caracterizaba una gracia flexible y esbelta. Aparte de la imaginación viva y despierta, no aparecía otra manifestación del tributo de los celtas. Es posible que hubiese contribuido a ello la sangre tibia que corría bajo su piel haciendo que su rostro fuese menos oscuro y su cuerpo más hermoso. Al fin y al cabo, descendía de Shpack, el Big Fat, el cual había heredado la sangre de su padre eslavo. Y finalmente, tenía los ojos grandes, negros, ardientes, esos ojos indostánicos, dilatados y sensuales, que señalan la mezcla de las razas oscuras con las claras. Además, la sangre de blancos que corría por sus venas combinada con el conocimiento de su existencia, la hacían en cierto modo ambiciosa. En cuanto a sus costumbres y modo de vivir, era totalmente una india toyaat.

Cierto invierno, siendo ya una mujer, Neil Bonner se introdujo en su vida. Pero se introdujo en ella del mismo modo que se había introducido en el país, es

decir, algo forzosamente. En realidad, su llegada a aquellas tierras había sido contra su voluntad. Entre un padre cuyas únicas ocupaciones consistían en cortar cupones, en cultivar rosas y una madre entregada a la vida de sociedad, Neil Bonner había salido algo libertino. No es que fuese vicioso, pero un hombre bien alimentado y sin ninguna ocupación tiene que gastar sus energías de algún modo, y Neil Bonner era de esta clase de hombres. Y tanto empleó sus energías y hasta tal extremo, que al llegar al inevitable paroxismo de degradación, Neil Bonner padre, abandonó del pánico las rosas y contempló a su hijo con ojos asombrados. Entonces, acompañado de un amigo a quien solía consultar sobre cupones y rosas, se apresuró a hacer las pesquisas propias del caso, y entre los dos decidieron el destino del joven Neil Bonner. Para purgar sus inocentes locuras debería marcharse y así hacerse digno de su excelente linaje.

Una vez tomada esta decisión, lo demás fue fácil ya que el joven Neil estaba un poco arrepentido y bastante avergonzado. Los dos amigos eran fuertes accionistas de la P. C. Company. La P. C. Company poseía flotas fluviales marítimas, y no solo trabajaba en el mar, sino que también explotaba un centenar de kilómetros de las tierras que ocupan los espacios blancos en los mapas geográficos. Así, pues, la P. C. Company envió al joven Neil Bonner al norte donde están los espacios blancos para que trabajase y aprendiese a ser bueno como su padre.

—Cinco años de vida sencilla, en contacto directo con la tierra y alejado de toda tentación, harán de él un hombre —dijo el viejo Neil Bonner, e inmediatamente volvió a dedicarse a sus rosas.

El joven Neil bajó la cabeza y se puso a trabajar. Cumplió su deber como cualquier subordinado haciéndose digno de los elogios de sus superiores.

Durante el primer año deseó morir. El segundo, maldijo a Dios. El tercero, osciló entre ambas emociones, y bajo esta confusión se peleó con uno de sus superiores. En la riña llevó él la mejor parte, pero el otro dijo la última palabra, una palabra que lo envió a un desierto haciendo que su antiguo alojamiento le pareciese un paraíso. Pero se marchó sin exhalar una queja porque su estancia en el norte le había convertido en un hombre.

Aquí y allá, sobre los espacios blancos del mapa, se encuentran pequeños círculos parecidos a una «o», junto a ellos hay nombres como Fort Hamilton, Yanana Station, Twenty Mile, y otros suficientes como para que alguien crea aquellos espacios blancos completamente sembrados de aldeas y ciudades. Pero

eso no pasa de ser una ilusión. Twenty Mile, muy semejante a los demás puestos, es un edificio hecho de troncos, con un despacho de comestibles en un ángulo y con habitaciones para alquilar en el piso superior. En la parte trasera tiene, montado sobre largas estacas, un depósito para las reservas y dos pabellones más. El patio posterior no está cercado y se extiende mucho más allá de la línea del horizonte. La mirada no descubre otras edificaciones, a pesar de que los toyaats plantan algunas veces sus campamentos de invierno una o dos millas más abajo, a orillas del Yukon. Y esto es Twenty Mile, uno de los muchos tentáculos de la P. C. Company. Aquí el agente y su ayudante trafican en pieles con los indios y hacen comercio a base de polvo de oro con los mineros que van de paso. Aquí el agente y su ayudante esperan con ansia durante todo el invierno la llegada de la primavera, y en esta época, cuando el Yukon inunda el establecimiento, acampan impíamente sobre el tejado. Y aquí fue donde llegó Neil Bonner a tomar posesión de su cargo cuatro años después de su llegada a la región.

No había sustituido a ningún agente pues el hombre que hasta entonces había dirigido el establecimiento había muerto «a causa de lo riguroso del lugar», según decía el ayudante que aún continuaba allí: pero los toyaats, en sus campamentos, eran de otra opinión. El ayudante era un hombre de pecho estrecho y hundido, rostro cadavérico y mejillas cavernosas que no lograba disimular su abundante barba negra. Tosía mucho, como si la tisis hubiese hecho presa en sus pulmones, al tiempo que sus ojos ardían con ese brillo calenturiento y enajenado propio de los tuberculosos en su último grado. Se llamaba Pentley (Amos Pentley), y Bonner no simpatizó con él a pesar de sentir compasión por aquel diablo desamparado y sin esperanza. No siguieron mucho tiempo juntos estos dos hombres, que más que otros debieran haber estado en buenas relaciones ante la perspectiva del frío, el silencio y la oscuridad del invierno que se avecinaba.

Finalmente, Bonner concluyó que Amos estaba algo loco, le dejó solo haciendo él todo el trabajo, excepto guisar. Amos no tenía para él sino miradas duras y odio mal disimulado. Ello era muy desagradable para Bonner, pues el rostro sonriente de uno de su propia raza, la palabra alegre, la simpatía del compañerismo en el infortunio, tienen una gran importancia. El invierno estaba todavía en sus comienzos cuando empezó a comprender las causas que, relacionadas con tal ayudante, habían impulsado a su predecesor a quitarse la vida.

Twenty Mile era muy solitario. Por todo el horizonte se extendía la pálida inmensidad. La nieve, completamente helada, extendía su manto sobre la tierra y lo cubría todo con un silencio de muerte. Durante muchos días fríos y despejados

el termómetro registró constantemente entre 40 y 50° bajo cero. Después las cosas cambiaron de aspecto. Toda la humedad que filtraba la atmósfera se condensó en nubes informes de un gris sombrío y casi llegó a hacer calor al elevarse el termómetro a 20° bajo cero. La humedad cayó del cielo en forma de duros granillos que al ser pisados crujían como azúcar, hasta que hubo humedad suficiente para proteger la tierra del frío exterior. Y esto era todo; nada ocurría. Ni tormentas, ni lluvias violentas, ni bosques sacudidos, nada, sino aquella precipitación casi mecánica de la humedad acumulada. Es posible que la cosa más notable sucedida durante aquellas aburridísimas semanas fuera el descenso, hasta entonces desconocido y sin precedentes, de la temperatura a 50° bajo cero. Por si esto fuera poco, el frío azotó la tierra hasta helar el mercurio y el termómetro de alcohol estuvo más de quince días a 70° bajo cero hasta que estalló. Después de esto ya no pudo saberse el frío que hacía. Otro incidente monótono en su regularidad fue el alargamiento de las noches hasta el extremo que el día solo llegó a ser un parpadeo de luz entre la oscuridad.

Neil Bonner era un animal sociable. Las mismas locuras que ahora estaba purgando eran consecuencia de esta sociabilidad excesiva. Y aquí, en el cuarto de su destierro, se halló acompañado —adjetivo que más bien es una paradoja— de un ser triste y mudo, en cuyos ojos sombríos ardía invariablemente un odio tan amargo como injustificado. Y Bonner, para quien el hablar y el compañerismo eran como un soplo de vida, iba de un lado a otro como un espectro, atormentado por la interminable visión de fiestas y juergas de su vida anterior. Durante el día comprimía los labios y conservaba el semblante impassible; pero por la noche se revolvía entre las mantas con los puños apretados y llorando con todas sus fuerzas como un niño pequeño. Y durante las horas de hastío quería pensar en algún ser superior a quien maldecir. Por eso maldijo a Dios. Pero Dios es comprensivo. Su corazón no puede reprobar a los aburridos mortales que blasfeman en Alaska.

Y aquí, al puesto de Twenty Mile, llegó Jeess Uck para cambiar por harina y tocino los collares y telas de brillante escarlata fruto de su fantástico trabajo. Después, instintivamente, siguió viniendo al puesto de Twenty Mile para hacer sentir más la soledad a un hombre solitario y hacerle tender en sueños los brazos en el vacío, pues Neil Bonner no era sino un hombre. La primera vez que entró en el almacén, él la contempló largamente, como el sediento la corriente de agua cristalina, y ella, haciendo honor a la herencia de Spike O'Brien, se atrevió a imaginar y le miró a los ojos sonriente, no como lo harían las gentes de color a los de raza superior, sino como una mujer sonríe a un hombre. El resultado era inevitable; solo que él no lo supo ver, y se defendió fiero y apasionadamente al tiempo que soñaba con ella. ¿Y ella? Ella, Jeess Uck, por sus costumbres era

enteramente una india toyaat.

Volvió al puesto con frecuencia para cambiar sus mercancías. A menudo se sentaba junto a la estufa enorme y charlaba con Neil Bonner en un inglés mal articulado. Él empezó a asomarse por si la veía llegar; y los días que no venía estaba inquieto y malhumorado. A veces, cuando se había detenido a reflexionar, la saludaba fríamente, con una resolución que la dejaba perpleja y ofendida aunque convencida de que aquel saludo no era sincero. Pero la mayor parte de las veces no se atrevía a reflexionar, entonces todo iba bien y volvían las sonrisas y la alegría. Y Amos Pentley, espirando como un tiburón fuera del agua, con su tos hueca que recordaba la tumba, lo observaba refunfuñando. Él, que amaba la vida, no podía vivir, y que otros pudieran, le irritaba sobremanera. Por este motivo odiaba a Bonner, que estaba tan robusto y cuyos ojos saltaban de gozo a la vista de Jeess Uck. En cambio, para Amos tan solo el pensar en la muchacha bastaba para provocarle.

Jees Uck, de inteligencia sencilla e ideas elementales y poco acostumbrada a analizar las sutilezas de la vida, leía en el alma de Amos Pentley como en un libro. Advirtió a Bonner rudamente y en pocas palabras. Absorto en pensamientos más profundos, Bonner no quiso ver la situación con claridad y se rio de la inquietud evidente de la muchacha. Para él, Amos era un infeliz, un pobre diablo que caminaba hacia la tumba sin esperanzas de salvación. Y Bonner, que había sufrido, encontró fácil perdonar noblemente.

Pero una mañana, durante una disputa acalorada, se levantó de la mesa en que estaban desayunando y se dirigió al almacén. Jeess Uck ya estaba allí, con las mejillas sonrosadas por la caminata, para comprar un saco de harina. Unos minutos después salió Bonner fuera, a la nieve, para atar el saco al trineo. Al agacharse notó un envaramiento en la nuca y tuvo un presentimiento como de una desgracia que amenazara su cuerpo. Y cuando hubo hecho el último nudo y pretendió levantarse, súbitamente le entró un espasmo cayendo sobre la nieve. Con el cuerpo rígido, tembloroso, la cabeza hacia atrás, los miembros extendidos, la espalda arqueada y la boca torcida, parecía un atormentado. Sin llantos ni quejas, Jeess Uck se precipitó a su lado en la nieve; pero en el espasmo él apretaba los puños, y mientras duraron las convulsiones no pudo hacer nada para aliviarle. Al cabo de unos instantes cedió el espasmo, quedando débil y extenuado, con la frente bañada en sudor y los labios llenos de espuma.

—¡Pronto! —murmuró con una voz extraña y ronca—. ¡Pronto! ¡Dentro!

Trató de arrastrarse ayudándose con las manos y las rodillas; pero ella le levantó, y sostenido por aquel brazo joven hizo más rápidos progresos. Al entrar en el almacén le repitió el espasmo y su cuerpo se separó de los brazos de la muchacha de un modo irresistible y rodó por el suelo retorciéndose. Amos Pentley acudió y la miró con los ojos llenos de curiosidad.

—¡Oh, Amos! —gritó ella, angustiada por la sospecha y el desamparo—. Él muere, ¿verdad?

Pero Amos se encogió de hombros y continuó mirando.

El cuerpo de Bonner volvía a relajarse, los músculos se distendían, y en su semblante apareció una expresión de alivio.

—¡Pronto! —murmuró entre dientes, torciendo la boca con los esfuerzos para reprimir el espasmo que volvía a adueñarse de él—. ¡Pronto, Jeess Uck! ¡La medicina! ¡No importa! ¡Arrástrame!

Ella sabía dónde se hallaba el botiquín, en la parte posterior de la habitación, detrás de la estufa, y cogiéndole por las piernas, arrastró hasta allí aquel cuerpo que se debatía. En cuanto hubo pasado el espasmo, muy débil y enfermo aún, empezó a examinar el botiquín. Había visto morir a algunos perros mostrando síntomas parecidos a los suyos y sabía lo que debía hacer. Cogió un frasco de hidrato de cloral, pero sus dedos estaban demasiado débiles y atrofiados para quitar el corcho. Jeess Uck lo hizo por él, mientras le acometía otra convulsión. Cuando ya le pasó, le mostró la botella destapada, y mirando en los ojazos negros de aquella muchacha leyó lo que siempre ha leído el hombre en los ojos de la mujer enamorada. Ingirió una fuerte dosis y cayó de nuevo hasta que hubo vencido otro espasmo. Luego se levantó, apoyándose en el codo.

—¡Escucha, Jeess Uck! —dijo lentamente, como si se diera cuenta de la necesidad de apresurarse y al mismo tiempo lo temiera—. Haz lo que voy a decirte. Permanece a mi lado, pero no me toques. Necesito estar muy quieto, pero tú no debes marcharte.

Con los primeros dolores empezaron a paralizársele las mandíbulas y a estremecerse y descomponérsele el semblante; empezó a tragar con avidez y a hacer esfuerzos para vencerlos.

—¡No te marches ni dejes que se vaya Amos! ¡Amos tiene que quedarse aquí!

Jees Uck asintió con la cabeza, y él pasó por otro periodo de convulsiones que gradualmente fueron disminuyendo en fuerza e intensidad. La muchacha estuvo pendiente de él recordando sus órdenes sin atreverse a tocarle. Una vez Amos, intranquilo, hizo como si fuera a entrar en la cocina, pero un relámpago de aquellos ojos le detuvo, y después de eso se mantuvo quieto; todo lo quieto que su fatigosa respiración y tos cavernosa le permitían.

Bonner se durmió. Desapareció el parpadeo de luz que indicaba el día. Amos, seguido por los ojos de la mujer, encendió la lámpara de petróleo. Llegó la noche. El cielo, a través de la ventana abierta al norte, exhibía unos falsos reflejos de aurora que morían en las sombras. Poco tiempo después de esto, Bonner se despertó. Primero miró si Amos continuaba allí, luego sonrió a Jees Uck y se levantó. Tenía los músculos envarados y doloridos, sonreía tristemente, apretándose y pinchándose para comprobar la extensión del daño. Luego su rostro se tornó adusto y preocupado.

—Jees Uck —dijo—, coge una vela. Entra en la cocina. Encima de la mesa hay comida: galletas, judías y tocino; en la cafetera de encima de la estufa hay café. Tráelo aquí al mostrador. Trae también vasos y agua, y *whisky*, que encontrarás en el último estante del armario. No te olvides del *whisky*.

Después de haber tragado un buen vaso de este licor, se puso a buscar cuidadosamente en el botiquín, separando con algún propósito determinado ciertas botellas y frascos. Entonces quiso trabajar de pie, intentando hacer un análisis rudimentario. En su época de colegial había destacado en el laboratorio y poseía la suficiente imaginación para obtener algunos resultados con tan escaso material. Hizo varias pruebas. El café no produjo efecto, ni tampoco las judías. A la galleta dedicó la mayor atención. Amos, que no sabía nada de química, le miraba con creciente curiosidad. Pero Jees Uck, que tenía una confianza ilimitada en la sabiduría de los hombres blancos y especialmente en la sabiduría de Neil Bonner, y quien no solamente no sabía nada, sino que sabía que lo ignoraba todo, miraba más a su rostro que a sus manos.

Paso a paso Bonner fue eliminando posibilidades, hasta llegar a la última prueba. Usaba como tubo un estrecho frasco de medicina y lo sostenía entre la luz y él, observando la lenta precipitación de una sal mediante la solución contenida en el tubo. No decía nada, pero veía lo que había esperado ver. Y Jees Uck, con los ojos fijos en su cara, vio algo también, algo que la hizo saltar como un tigre sobre Amos, y con extraordinaria fuerza y agilidad le derribó, sujetándole con la rodilla. Había desenvainado el cuchillo, que tenía levantado y brillaba a la luz de la

lámpara. Amos gruñía, pero Bonner intervino antes de que bajara la hoja.

—Eres una buena muchacha, Jees Uck. Pero no importa, déjale.

Ella, obedeciendo, dejó al hombre, aunque con la protesta reflejada en el rostro; y el cuerpo cayó al suelo pesadamente. Bonner le tocó apenas con su pie calzado de sandalias.

—¡Levántate, Amos! —le ordenó—. Puedes tomar provisiones esta noche todavía y emprender el camino.

—No querrás decir... —estalló en tono salvaje.

—Lo que quiero decir es que tú trataste de matarme —continuó Neil fríamente y con calma—. Quiero decir que mataste a Birdsall, a pesar de que toda la Compañía cree que se suicidó. Conmigo usaste estricnina. Solo Dios sabe lo que emplearías con él. Ahora no puedo ahorcarte. Estás muy cerca de la muerte. Pero Twenty Mile es demasiado pequeño para los dos y te haría papilla si continuaras aquí. Hasta Holy Cross hay cuatrocientos kilómetros. Puedes hacerlos bien si dosificas tus fuerzas. Te daré una azada, un trineo y tres perros. Estarás tan seguro como si estuvieras preso, porque no puedes salir del país. Te daré una probabilidad. Ya estás casi muerto. Muy bien. No avisaré a la Compañía hasta la primavera. Entretanto, lo mejor que puedes hacer es morir. Ahora, ¡fuera!

—¡Vete a la cama! —insistió Jees Uck cuando Amos se hubo perdido en la noche, en dirección de Holy Cross—. Tú aún estás enfermo, Neil.

—Y tú eres una buena muchacha, Jees Uck —contestó él—. Y ahí va mi mano. Pero tienes que volverte a casa.

—No te gusto —dijo simplemente.

Él sonrió, la ayudó a sacar su parka y la condujo hasta la puerta.

—Tal vez demasiado, Jees Uck —dijo dulcemente—, tal vez demasiado.

Después de esto, el manto de la noche ártica se extendió más negro y más profundo sobre la tierra. Neil Bonner comprendió que no había obrado bien al hacer reproches a Amos, herido de muerte, aun siendo tan malvado y criminal. Twenty Mile llegó a parecerle muy solitario. «Por el amor de Dios, Prentiss, mándame un hombre», escribió al agente de Fort Hamilton, seiscientos kilómetros

más lejos, río arriba. Seis semanas más tarde el mensajero indio trajo la respuesta. Era la esperada: «Ambos pies helados. Lo necesito yo. —*Prentiss*».

Para colmo de desdichas, la mayor parte de los toyaats se habían internado en el país flanqueando una manada de caribús, y Jeess Uck estaba con ellos. Al saberle lejos creyó tenerla más cerca que nunca, y empezó a pensar en ella día tras día, imaginándola en el campamento y por los caminos. Es malo sentirse solo. Salía con frecuencia del tranquilo almacén, furioso y con la cabeza desnuda, tendiendo el puño a la débil luz que llegaba por la parte meridional del horizonte. Y en las noches silenciosas abandonaba la cama y salía dando traspiés por el hielo, donde con toda la fuerza de sus pulmones lanzaba insultos al silencio como si pretendiese despertar algo tangible o sensible, o bien gritaba a los perros dormidos hasta que conseguía hacerlos aullar. A uno de estos brutos de pelo áspero lo introdujo en el puesto, para hacerse la ilusión de que era el hombre mandado por *Prentiss*. Se esforzó en hacerle dormir decentemente por las noches, abrigado con mantas, y en hacerle comer a la mesa como un hombre; pero el animal, que era más bien un lobo domesticado, se rebelaba y buscaba los rincones oscuros, gruñendo, hasta que finalmente le mordió en una pierna y él le pegó y lo echó fuera.

Después le dominó este engaño de la personificación. Todas las fuerzas que le rodeaban se metamorfoseaban en seres animados que iban a vivir con él. Volvió a crear el antiguo panteón; levantó un altar al sol y quemó en él velas de sebo y grasa de tocino; y en el patio sin cercar, junto al elevado depósito de provisiones, fabricó un diablo de hielo que solía hacer muecas y burlas cuando el mercurio se sumergía en el bulbo. Naturalmente todo ello era un simulacro. Él se decía que así era, y se lo repetía una y otra vez para convencerse, sin advertir que la locura suele manifestarse en esta forma.

Un día, en pleno invierno, se detuvo en *Twenty Mile* el padre *Champreau*, un jesuita misionero. *Bonner* se le echó encima y arrastrándole hacia el interior del puesto, se le colgó al cuello, y lloró tanto, que el sacerdote, conmovido, lloró con él. Luego se rio como un loco y preparó un festín espléndido, jurando valientemente que su huésped no se marcharía. Pero el padre *Champreau* necesitaba ir a *Salt Water* para un asunto urgente de su orden, y salió a la mañana siguiente, con la amenaza de *Bonner* de quitarse la vida.

Y esta amenaza estaba a punto de cumplirse, cuando los toyaats regresaron a su campamento de invierno, después de su larga cacería. Llevaban muchas pieles, y en *Twenty Mile* se hizo mucho negocio y hubo gran movimiento. *Jees Uck* vino también a vender collares, telas escarlata y otros objetos, y *Bonner* empezó

otra vez a sentirse dueño de sí. Durante una semana se defendió de ella. Pero una noche, al levantarse Jeas Uck para partir, llegó el desenlace. No había olvidado su desdén y en su alma sentía el mismo orgullo que moviera a Spike O'Brien a completar por tierra el paso del noroeste.

—Me voy ahora —dijo ella—; buenas noches, Neil.

Pero él la siguió.

—No, esto no está bien —replicó.

Y cuando ella volvió el rostro en súbito arranque de alegría, él se inclinó lentamente, gravemente, como si cumpliese algo sagrado, y la besó en los labios. Los toyaats no le habían enseñado el valor de un beso en la boca, pero ella comprendió y se sintió feliz.

Con la llegada de Jeas Uck todo pareció iluminarse enseguida. La felicidad de la muchacha era un regalo para sus sentidos, un manantial de infinito deleite. Los esfuerzos rudimentarios de aquella inteligencia y las costumbres sencillas de la muchacha constituían una suma inmensa de sorpresas agradables para el hombre supercivilizado que se había detenido a recogerla. No solamente era un consuelo en su soledad, sino que sus maneras primitivas rejuvenecían su mente cansada. Era como si después de haber andado errante durante mucho tiempo, volviese a reclinar la cabeza en el regazo de la Madre Tierra. En una palabra: en Jeas Uck encontró la juventud del mundo... la juventud, la fuerza y la alegría.

Y para colmar todas sus necesidades y para que no pudiesen mirarse demasiado uno a otro, llegó a Twenty Mile un tal Sandy Mac Pherson, el hombre más sociable que jamás silbó por los caminos o entonó una balada en un campamento. Un jesuita había entrado en el suyo, situado doscientas millas arriba, en el Yukon, a tiempo de decir las palabras postreras sobre el cadáver del socio de Sandy. Y al partir había dicho el sacerdote:

—Hijo mío, ¡qué solo te quedarás ahora!

Y Sandy había bajado la cabeza.

—En Twenty Mile —añadió el clérigo— hay otro hombre solo. Os necesitáis mutuamente, hijo mío.

Así fue como Sandy llegó a ser bienvenido en el puesto y un hermano para

el hombre y la mujer que allí residían. Se llevaba a Bonner a cazar antílopes y a colocar trampas para los lobos; y en cambio Bonner, sacó a relucir un volumen viejo y raído y le puso en relación con Shakespeare hasta tal extremo, que para calmar a los perros de su trineo cuando se amotinaban, les recitaba pentámetros y yámbicos. Y en las noches interminables jugaban a cartas, hablaban y discutían acerca del universo mientras Jeess Uck se columpiaba como una matrona en la mecedora y les remendaba las sandalias y los calcetines.

Llegó la primavera. El sol apareció por el sur. La tierra cambió su austero ropaje por otro más risueño y atrevido. Por todas partes sonreía la luz e invitaba la vida. Los días se alargaban dulcemente y las noches pasaban desde los breves parpadeos de sombra a la total ausencia de ella. El río descubrió su seno y el bramido de los vapores desafió la soledad. Hubo movimiento y bullicio, nuevas caras y acontecimientos. Llegó un ayudante a Twenty Mile, y Sandy Mac Pherson partió con un fardo de prospectos a invadir la región de Koyokuk. Llegaron periódicos, revistas y cartas para Neil Bonner. Y Jeess Uck le miró preocupada porque sabía que hablaba con los suyos a través del mundo.

Neil Bonner se enteró de la muerte de su padre sin sentirlo mucho. Había una carta de dulce perdón dictada en sus últimos momentos. Había cartas oficiales de la Compañía ordenándole benévolamente traspasara el puesto a su ayudante y permitiéndole partir cuando estimase oportuno. Un largo informe jurídico de los abogados puso en su conocimiento una lista interminable de fondos públicos y obligaciones, fortuna en efectivo, rentas y bienes inmuebles que eran suyos por voluntad de su padre. Y una delicada misiva, con abreviatura y sellada, imploraba el regreso del querido Neil al lado de su madre amante y afligida.

Neil Bonner lo pensó pronto, y cuando el *Yukon Belle* rugió en la orilla, de paso para el mar de Behring, partió. Partió con la vieja mentira, que en sus labios adquiriría alegría y juventud, de volver en breve.

—Volveré, querida Jeess Uck, antes de que caiga la primera nieve —le prometió entre los últimos besos, ya en la pasarela del barco.

Y no solo lo prometió, sino que, como la mayoría de los hombres en circunstancias parecidas, lo pensaba realmente. A John Thompson, el nuevo agente, dio orden para que extendiera a su esposa Jeess Uck un crédito ilimitado. En la última mirada que dirigió desde la cubierta vio todavía a una docena de hombres que plantaban los troncos para construir la casa más confortable en mil kilómetros a lo largo de la orilla —la casa de Jeess Uck y de Neil Bonner— antes de

que cayera la primera nieve. Porque él creía firme y apasionadamente volver. Quería a Jeess Uck y además aquella región ofrecía un porvenir dorado. Con el dinero de su padre esperaba verlo realizado. Le seducía un sueño ambicioso. Con sus cuatro años de experiencia, y ayudado de la amistosa cooperación de la P. C. Company, volvería para convertirse en el Rhodes de Alaska. Volvería con toda la rapidez del barco tan pronto como hubiese puesto en orden todos los asuntos de su padre, a quien nunca conoció, y consolado a su madre, a quien había olvidado.

Cuando Neil Bonner regresó de las tierras árticas se produjo un gran revuelo. Se le agasajó sobremanera y él se consideró satisfecho dejándose mimar. No solo estaba curtido y arrugado, sino que bajo aquella piel había un hombre nuevo, serio y comedido, con una visión más clara de las cosas. Sus antiguos compañeros se quedaron admirados cuando se negó a acompañarles a los lugares que antaño frecuentara, mientras el amigo de su padre se frotaba las manos alegremente; y llegó a ser una autoridad entre la juventud caprichosa y ociosa.

Durante cuatro años el saber de Neil Bonner había permanecido estacionario. Poco nuevo había añadido a sus conocimientos, pero los había sometido a un proceso de selección, rechazando lo trivial y lo superfluo. Había vivido muy rápidamente y en la soledad tuvo tiempo de sobras para organizar la masa confusa de sus experiencias. Sus ideas superficiales se las había llevado el viento y en su lugar se habían erigido otras fundadas en generalizaciones más amplias y profundas. Respecto a la civilización había partido con una serie de valores y volvía con otra. Ayudado además, por los aromas de la tierra en el olfato y la visión de la tierra en los ojos, adoptó el verdadero significado de la civilización, distinguiendo claramente sus minucias y sus fuerzas. Desarrolló una filosofía pequeña y sencilla. Una vida limpia era el camino de la gracia. El deber cumplido era la santificación. Para poder trabajar era menester vivir honradamente y cumplir con su deber. El trabajo era la salvación. Y trabajar por una vida más próspera era ir de acuerdo con los planes de las criaturas y con la voluntad de Dios.

Al principio se entregó a la ciudad. Su reciente contacto con la tierra y su concepto viril de la humanidad le dio una sensación más elevada de la civilización y le hizo aficionarse a ella. Día tras día se fue uniendo más íntimamente con la gente de la ciudad, y el mundo le pareció más colosal. Y día tras día Alaska se fue haciendo menos real y más remota. Después encontró a Kitty Sharon, una mujer de su misma carne, sangre o raza; una mujer que puso una mano en la suya y le atrajo hacia sí hasta que le hizo olvidarse del día y hora y época del año en que cae la primera nieve sobre el Yukon.

Jees Uck se trasladó a su magnífica casa de troncos, y soñó durante los tres meses dorados del verano. Luego llegó el otoño a rienda suelta precediendo al impetuoso avance del invierno. El aire se hizo sutil y cortante, los días se abreviaron. El agua del río se enturbió y en los tranquilos remansos se formó una capa de hielo. Toda la vida nómada se dirigió hacia el sur, y el silencio descendió sobre el país. Llegaron las primeras borrascas de nieve, y el último buque que regresaba se encalló desesperadamente en la masa movable de hielo. Este se fue endureciendo poco a poco, formando después superficies sólidas hasta que el Yukon llegó al nivel de las orillas. Y cuando acabó todo esto, el río dejó de correr y los días breves se fueron perdiendo en la oscuridad.

John Thompson, el nuevo agente, se reía; pero Jees Uck creía en la fatalidad del mar y del río. Neil Bonner debía haberse helado en algún lugar entre el paso de Chilkoot y el de St. Michael. Los últimos viajeros del año se veían siempre sorprendidos por los hielos al cambiar los botes por los trineos y lanzarse durante largas horas, arrastrados por perros veloces.

Pero por ningún lado del camino llegaron a Twenty Mile perros veloces, y John Thompson dijo a Jees Uck con cierta alegría mal disimulada que Bonner no regresaría nunca. Al mismo tiempo y con brutalidad, se presentó como el único partido elegible. Jees Uck se le rio en sus barbas y volvió a su espaciosa casa de troncos. Pero cuando llegó el crudo invierno, cuando muere la esperanza y la vida alcanza la menor expresión, Jees Uck se encontró con que no tenía crédito en el almacén. Esto era obra de Thompson, que se frotaba las manos paseando de un lado a otro, y llegando a la puerta, miró hacia la casa de Jees Uck y esperó. Y siguió esperando. La joven vendió el tiro de perros a unos mineros y pagó sus alimentos al contado. Y cuando Thompson se negó incluso a recibir su dinero, los indios toyaats le hicieron las compras, llevándolas a su casa en cuanto caía la noche.

En el mes de febrero llegó la primera correspondencia por encima del hielo, y John Thompson leyó en las notas de sociedad de un periódico de cinco meses atrás la noticia de la boda de Neil Bonner y Kitty Sharon. Jees Uck tenía la puerta entreabierta mientras él ponía al corriente de la información; y cuando hubo terminado se rio con orgullo y no lo quiso creer. En el mes de marzo, estando completamente sola, dio a luz un niño, nuevo ser que venía a la vida valientemente y que la dejó maravillada. Un año después, a la misma hora, Neil Bonner estaba junto a otro lecho, maravillándose ante otra vida nueva que había hecho su entrada en el mundo.

La nieve desapareció de la tierra y el hielo del Yukon se puso en

movimiento. El sol hacía de nuevo el viaje de norte a sur; y Jeess Uck, habiéndose gastado el dinero producto de la venta de los perros, volvió con los suyos. Oche Ish, hábil cazador, le ofreció proporcionarle la carne y cogerle los salmones para ella y su niño si consentía en casarse con él. Idénticas proposiciones le hicieron Imego, Hah Yo y Wy Nooch, todos ellos bravos cazadores. Pero ella prefirió vivir sola y procurarse su propio alimento. Cosía sandalias, parkas, mitones —prendas útiles y de abrigo, a la vez que gratas a la vista—, y confeccionaba adornos de pelo y de cuentas. Todo esto lo vendía a los mineros que cada año se internaban más en el país. No solamente ganaba dinero en abundancia, sino que ahorraba, y un día compró un pasaje en el *Yukon Belle* que descendía el río.

En el puesto de St. Michael se quedó para lavar los platos en la cocina. Los criados de la Compañía se sorprendieron ante aquella mujer y aquel niño tan singulares, pero no le preguntaron y ella nada les confió. Antes de que el mar de Behring se cerrara aquel año, compró un pasaje para el sur y se marchó en una goleta que casualmente pasaba por allí. Durante aquel invierno estuvo de cocinera en casa del capitán Markheim, en Unalaska, y en la primavera continuó hacia Sitka, más al sur, a bordo de un bergantín cargado de *whisky*. Más tarde apareció en Metlakahtla, cerca de St. Mary, al extremo de Pan-Jandle, donde trabajó en la preparación de salazones en la época del salmón. Cuando llegó el otoño y los pescadores de Siwash se disponían a volver a Puget Sound, se embarcó en compañía de otras dos familias en una espaciosa canoa de cedro. Con ellos atravesó las peligrosas y caóticas costas de Alaska y Canadá hasta pasar el estrecho de Juan de Fuca y, conduciendo a su hijo de la mano, ascendió por el áspero pavimento de Seattle.

Allí, en un lugar desapacible se encontró con Sandy Mac Pherson quien se mostró muy sorprendido. Se indignó al conocer su historia, aunque no tanto como si hubiese sabido lo de Kitty Sharon, de la que Jeess Uck no dijo nada, ya que nunca lo había creído. Sandy, que en todo aquello no veía sino un vulgar y vil abandono, trató de disuadirla del viaje a San Francisco, donde suponía que vivía Neil Bonner cuando estaba en su casa. Después de haberse esforzado en vano, la consoló, le compró los billetes y la instaló, y mientras le sonreía murmuraba «sinvergüenza» para sus adentros.

Entre ruidos y estrépito, durante días y noches, oscilando y balanceándose desde la aurora al ocaso, subiendo a las nieves invernales y bajando a los valles calurosos, bordeando abismos, cruzando barrancos, atravesando montañas, Jeess Uck y su hijo corrían hacia el sur.

No la asustaron los caballos de hierro, ni la asombró la imponente civilización de los paisanos de Neil Bonner. Antes bien, no comprendía cómo un hombre de aquella raza casi divina la hubiese tenido en sus brazos. El griterío ensordecedor de San Francisco, con su incesante trajín de embarcaciones, el vomitar de sus fábricas y su tráfico atronador, no la aturdieron; lo que hizo fue percatarse de la despreciable sordidez de Twenty Mile y de las viviendas de pieles de los toyaats. Entonces dirigió los ojos hacia el niño que llevaba de la mano, admirándose de haberle concebido de tal hombre.

Pagó cinco monedas al cochero y subió la escalinata de piedra que conducía a la puerta principal de la casa de Neil Bonner. Un japonés de ojos oblicuos parlamentó un rato con ella sin ningún resultado, luego la hizo entrar y desapareció. Permaneció en el *hall*, que ella en su sencillez supuso sería el estrado, el lugar donde estaban expuestos los tesoros de la casa con el decidido propósito de exponerlos y deslumbrar. Las paredes y el techo artesonado eran de madera roja pintada al óleo. El suelo era más vidrioso que el hielo cristalizado, y ella se colocó sobre una de las grandes pieles, que en aquella superficie pulimentada le daba mayor sensación de seguridad.

Una chimenea enorme, que ella juzgó extravagante, se abría en la pared del fondo. Por la habitación se esparcía una ola de luz que moderaba un globo mate y del extremo opuesto llegaba el blanco fulgor de una figura de mármol.

Vio todo eso y mucho más cuando el criado de ojos oblicuos la condujo por otro salón, que solo pudo mirar rápidamente al pasar, y por un tercero, eclipsando cada uno de ellos la pomposa visión del *hall*. Aquella gran casa parecía ofrecer a sus ojos la promesa de un sinfín de salones semejantes. ¡Eran tan largos y anchos y estaban tan altos los techos! Por primera vez después de su llegada a la civilización, se sintió dominada por un sentimiento de respeto. ¡Neil, su Neil vivía en aquella casa, respiraba aquel aire, y de noche se acostaba allí y dormía! Todo cuanto se ofrecía a su vista era hermoso y le agradaba; pero detrás de todo aquello sentía también la sabiduría y la fuerza. Era la expresión concreta de la fuerza por medio de la belleza, y ella infaliblemente adivinaba la fuerza.

Después apareció una mujer de porte majestuoso, coronada de una aureola de cabellos semejantes a un sol dorado. Parecía avanzar hacia Jeess Uck como la onda de música sobre las plácidas aguas; el traje vaporoso, cubriendo aquel cuerpo de movimientos rítmicos, era ya una melodía. Ella, Jeess Uck, poseía una gran fuerza de atracción. Allí estaban Oche Ish, Imego, Hah Yo y Wy Nooch, sin hablar de Neil Bonner y John Thompson y otros hombres blancos, que se habían fijado en

ella influenciados por su fuerza. Pero vio los rasgados ojos azules, el cutis de rosa de la mujer que salía a su encuentro, se midió con ojos de mujer a través de una mirada masculina; y ella, que había dominado a tantos hombres, sintió disminuir sus atractivos y aumentar su insignificancia ante aquella luminosa y deslumbrante criatura.

—¿Desea usted ver a mi esposo? —preguntó la mujer.

Jees Uck se quedó admirada al oír el sonido de aquella voz plateada que jamás había lanzado gritos ásperos a los perros-lobos alborotados, ni se había amoldado a un habla gutural, ni se había endurecido con el viento, el frío y el humo del campamento.

—No —respondió Jees Uck lentamente y tanteando, a fin de poder hacer justicia a su inglés—. Vengo a ver a Neil Bonner.

—Es mi esposo —dijo riendo la mujer.

Entonces, ¡era verdad!... John Thompson no había mentido aquel triste día de febrero en que ella rio orgullosamente y le cerró la puerta en las narices. Como en aquella ocasión en que derribó a Amos Pentley con la rodilla y levantó su cuchillo en el aire, se sintió ahora impulsada a saltar sobre aquella mujer, tumbarla en el suelo y arrancar la vida de su hermoso cuerpo. Pero este pensamiento fue tan instantáneo que no llegó a exteriorizarse, y Kitty Bonner no soñó siquiera cuán cerca había estado durante un instante de una muerte repentina.

Jees Uck movió la cabeza dando a entender que comprendía, y Kitty Bonner le explicó que esperaba a Neil de un momento a otro. Después se sentaron en sillas ridículamente cómodas, y Kitty trató de entretener a su extraña visitante, quien por su parte se esforzaba en ayudarla.

—¿Usted conoció a mi esposo en el norte? —preguntó Kitty una vez.

—Ciertamente, yo lavaba su ropa —había contestado Jees Uck, y su inglés de pronto se hizo menos inteligible.

—¿Y este es su hijo? Yo tengo una niña.

Kitty ordenó que le trajeran a su hija, y mientras los niños a su manera entraban en relaciones, las mujeres hablaban de cosas de madres y bebían té en tazas tan frágiles que Jees Uck temió que la suya se hiciera añicos entre sus dedos.

Nunca había visto tazas tan delicadas y exquisitas. En su mente las comparó con la mujer que servía el té, y al instante, contrastando con ellas, recordó las calabazas y *pannikins* de la aldea de los toyaats y la grosera vajilla de Twenty Mile con los que ella misma se comparaba. En esta forma y en estos términos se le presentó el problema. Se sintió derrotada. Allí había una mujer que no era ella, mejor dispuesta para producir y educar a los hijos de Neil Bonner. Así como la raza de aquel hombre era superior a la suya, también aquellas mujeres la superaban a ella. Ellas dominaban a los hombres, de la misma manera que sus hombres dominaban al mundo. Se fijó en la delicadeza de rosa del cutis de Kitty y recordó su propio rostro atezado. Sus ojos pasaron de la mano oscura a la mano blanca: la una deformada por el trabajo y endurecida con el manejo del látigo y del remo, la otra ignorante del esfuerzo y tan suave como la de un niño recién nacido. Y a pesar de la evidente suavidad y de la debilidad aparente, Jeess Uck dirigió su mirada hacia los ojos azules descubriendo en ellos la fuerza y el dominio que había visto en los de Neil Bonner y de todos los suyos.

—¡Caramba, si es Jeess Uck! —dijo Neil Bonner, cuando entró.

Lo dijo muy sereno, sin un acento de alegre cordialidad, yendo hacia ella y estrechándole ambas manos, pero clavando en sus ojos una mirada de inquietud que ella comprendió.

—¡Hola, Neil! —exclamó ella—. Estás muy bien.

—Mucho mucho, Jeess Uck —contestó afectuoso, pero observando a Kitty con disimulo a fin de adivinar por algún indicio lo que había pasado entre ellas.

Sin embargo, conocía demasiado a su mujer para esperar tal indicio aun cuando hubiese ocurrido lo peor.

—Bueno, no puedo expresar lo contento que estoy de verte —continuó—. ¿Qué ha sucedido? ¿Has dado con una mina? ¿Cuándo llegaste?

—¡Oo-a! He llegado hoy —repuso ella, y su voz buscaba instintivamente los acentos guturales—. No encontré nada, Neil. ¿Conoces al capitán Markheim de Unalaska? Estuve mucho tiempo de cocinera en su casa. No gasté dinero. Ahorré el suficiente. Muy bien, pensé, voy a ver el país del Hombre Blanco. Muy hermoso el país del Hombre Blanco —añadió.

El inglés que hablaba Jeess Uck le sorprendía, pues Sandy y él habían tratado constantemente de perfeccionar su lenguaje y ella se había mostrado como una

discípula muy apta. Ahora parecía que hubiese vuelto a hundirse en su raza. Su rostro era inocente, estúpidamente inocente, sin expresión ninguna. El semblante impasible de Kitty le desconcertaba asimismo. ¿Qué había sucedido? ¿Qué se había dicho y qué se había conjeturado?

Mientras se hacía estas preguntas y Jeess Uck luchaba con su problema — nunca le había parecido aquel hombre tan grande y tan admirable— hubo unos instantes de silencio.

—¡Pensar que conoció usted a mi esposo en Alaska! —dijo Kitty dulcemente.

¡Conocerle! Jeess Uck no pudo contener una mirada hacia el niño que había concebido de aquel hombre, y los ojos de este siguieron mecánicamente los suyos hasta la ventana, donde jugaban las dos criaturas. Neil creyó que una venda de hierro le apretaba la frente. Le temblaron las piernas y su corazón latió como si fuera un puño que le golpeará el pecho. ¡Su hijo! ¡Ni siquiera lo había soñado!

La pequeña Kitty Bonner, como un hada envuelta en gasas, con las mejillas sonrosadas y los ojos azules, saltarines, estiraba los brazos y tendía los labios con un gesto seductor, esforzándose por besar al chiquillo. Y el muchacho, delgado y flexible, de cutis asoleado y oscuro, vestido de piel, bucle de pelo, y cuyos *muclucs* despeinados revelaban el áspero roce del mar, correspondía fríamente, con el cuerpo erguido y tieso —con la erección peculiar y común a los niños salvajes— a las insinuaciones de ella. Extranjero en tierra extraña, no conociendo el miedo y la vergüenza, semejaba más un animal indómito, silencioso y vigilante, dirigiendo rápidamente sus ojos negros de una a otra cara, quieto mientras durara la tranquilidad, pero dispuesto a saltar y combatir, a romper y desgarrar por la vida a la primera señal de peligro.

El contraste entre ambos niños era sorprendente pero no inspiraba lástima. Había demasiado vigor en el chiquillo, heredero de la generación de Spack, Spike O'Brien y Bonner. En sus facciones bien talladas como un camafeo, y que por su severidad parecían clásicas, había la energía y decisión de su padre, de su abuelo y del llamado Big Fat a quien apresaron los marinos y que huyó a Kamchatka.

Neil Bonner luchó con su emoción, la reabsorbió y la ahogó, pero su rostro sonrió con la alegría y complacencia que se experimentan al encontrar un amigo.

—¿Es tu niño, eh, Jeess Uck? —dijo.

Y después, volviéndose a Kitty:

—¡Hermoso muchacho! Con estas manos podría hacer algo en nuestro mundo.

Kitty asintió.

—¿Cómo te llamas? —preguntóle.

El pequeño salvaje dirigió hacia ella su rápida mirada y así permaneció un rato, como si quisiera indagar lo que motivaba la pregunta.

—Neil —respondió deliberadamente cuando acabó su investigación.

—Habla Injun —dijo Jees Uck interviniendo oportunamente y modificando el lenguaje a su capricho—. Él habla Injun, *nee-al* es lo mismo que «cisne». Al niño le gustan los cisnes; grita siempre a los cisnes. Dice: «*Nee al, nee al*»; todo el tiempo dice: «*nee-al*».

Jamás había oído Bonner sonidos más deliciosos que aquella mentira de Jees Uck. Era la solución, y comprendió que estaba justificada la impasibilidad de Kitty.

—¿Y su padre? —preguntó Kitty—. Debe ser un hombre muy hermoso.

—Oo-a, sí —le contestó—. Su padre muy hermoso. Naturalmente.

—¿Le conociste tú, Neil? —inquirió Kitty.

—¿Conocerle? Muy íntimamente —repuso Neil, y recordó el lúgubre Twenty Mile, y en el silencio vio a un hombre a solas con sus pensamientos.

Y bien podría terminar la historia de Jee Uck, pero ella llevó su renuncia hasta el fin. Cuando regresó al norte para vivir en su magnífica casa de madera, John Thompson se halló con que la P. C. Company podía continuar sus negocios sin su ayuda. Además, el nuevo agente y los que le sucedieron recibieron instrucciones para que se proporcionara a la mujer Jees Uck todo el género y herramientas que ella deseara y en la cantidad que quisiera y que no se apuntase en los libros. Aparte de eso, la Compañía pagó anualmente a la mujer Jees Uck una pensión de cinco mil dólares.

Cuando el niño llegó a una edad conveniente, el padre Champreau se hizo cargo de él, y no había transcurrido mucho tiempo cuando Jees Uck recibió regularmente cartas del colegio de jesuitas de Maryland. Más tarde estas cartas

llegaron de Italia, y más tarde aún de Francia. Y finalmente regresó a Alaska un padre Neil, hombre que hizo mucho bien al país, que amaba a su madre y que últimamente, ampliando su campo de acción, llegó a ser una autoridad en la orden.

Jees Uck era joven aún cuando regresó al norte; los hombres todavía se fijaban en ella y la deseaban. Pero llevó una vida irreprochable y jamás se alzó una voz que no fuera para alabarla. Estuvo una temporada con las buenas hermanas de Holy Cross, donde aprendió a leer y a escribir llegando a ser versada en medicina y cirugía. Después de esto volvió a su espaciosa casa de troncos, reunió a su alrededor a las jóvenes de la aldea de los toyaats para enseñarles la manera de defenderse del mundo. Este colegio, instalado en la casa que Neil Bonner construyó para su esposa Jees Uck, no es protestante ni católico, pero los misioneros de todas las sectas lo consideran con igual respeto. Sus puertas están siempre abiertas, y los fatigados buscadores de minas y los caminantes extenuados dejan a un lado la corriente del río o en el sendero helado para descansar un poco y calentarse junto a su hogar. Y allá en los Estados, Kitty Bonner goza con el interés de su esposo por la educación en Alaska y las enormes sumas que dedica a este fin; y aunque a menudo sonríe y se debate en secreto, en el fondo de su corazón está muy orgullosa de él.

HOMBRES QUE CREEN

—Te repito que jugar un poco —dijo uno de aquellos dos hombres.

—No está mal —contestó el interpelado, volviéndose, al hablar, hacia el indio que en un rincón de la cabaña, remendaba unos zapatos para la nieve—. Tú, Billebedam, corre como un buen muchacho a la cabaña de Oleson, y dile que deseamos que nos preste la caja de dados.

Este encargo inesperado, hecho después de una conversación sobre salarios y alimentos, sorprendió a Billebedam. Además, eran las primeras horas de la mañana y él nunca había visto a hombres de la categoría de Pentfield y Hutchinson jugar a los dados hasta después de terminado el trabajo diurno. Pero cuando se puso los mitones y se dirigió a la puerta, su semblante estaba impasible, como el de todo indio del Yukon.

A pesar de que ya eran las ocho, fuera reinaba todavía la oscuridad y la cabaña estaba alumbrada por una vela de grasa clavada en una botella vacía de *whisky* colocada sobre una mesa de pino entre un amasijo de platos de estaño, sucios. La grasa de innumerables bujías había goteado por el largo cuello de la botella y se había endurecido formando un glaciar en miniatura. La pequeña habitación presentaba el mismo desorden que la mesa; en un extremo, junto a la pared, había una litera con las mantas revueltas, tal como las habían dejado los dos hombres al levantarse.

Lawrence Pentfield y Corry Hutchinson eran millonarios, aunque no lo pareciesen. No había nada de extraordinario en ellos y hubieran podido pasar por unos perfectos madereros de cualquier campamento de Michigan. Pero fuera, en la oscuridad, donde se abrían unos agujeros en el suelo, había muchos hombres ocupados en extraer del fondo de unos hoyos lodo, arena y oro que otros hombres separaban de las impurezas, trabajo por el cual percibían quince dólares diarios. Cada día se recogía oro por valor de miles de dólares y se subía a la superficie, y todo esto pertenecía a Pentfield y Hutchinson, quienes podían codearse con los más ricos de Bonanza.

Pentfield rompió el silencio que siguió a la salida de Billebedam

amontonando más los platos sucios de encima de la mesa y haciendo sonar una tonada con los nudillos en el espacio desocupado. Hutchinson, meditabundo, avivó la vela que humeaba y restregó entre el pulgar y el índice el carboncillo de la mecha.

—¡Por Júpiter, yo quisiera que pudiéramos ir los dos! —exclamó de pronto—. Así, todo se arreglaría.

Pentfield le miró sombrío.

—Si no fuese por tu maldita tozudez, ya estaría resuelto de todas maneras. Lo que debes hacer es marcharte. Yo me quedaré al cuidado de las cosas hasta el año que viene, en que podré irme a mi vez.

—¿Y por qué he de marcharme yo? No tengo a nadie que me espere...

—Tu gente —le interrumpió secamente Pentfield.

—Lo mismo que a ti —dijo Hutchinson—. Te espera una muchacha, ya lo sabes.

Pentfield se encogió de hombros tristemente:

—Me parece que puede esperar.

—Hace ya dos años que está esperando.

—Otro más no la envejecerá hasta el punto de que no llegue a reconocerla.

—Serán entonces tres años. Piénsalo bien; tres años en este extremo del mundo, en este endiablado lugar.

Hutchinson levantó el brazo con un sordo gruñido.

Era algunos años más joven que su socio (no tenía más de veintiséis), y en su semblante había la seriedad de los hombres que desean con ahínco las cosas de que se han visto privados durante mucho tiempo. La seriedad tenía el rostro de Pentfield y también dejó oír un gruñido al encogerse de hombros.

—La noche pasada soñé que me hallaba en casa de Zinkand —dijo—. Sonaba la música, tintineaban los vasos, se oían murmullos de voces, risas de

mujeres, y yo pedía huevos; sí, señor, huevos fritos, cocidos, pasados por agua, revueltos y de todas maneras y los engullía tan pronto como me los servían.

—Yo hubiese pedido ensaladas y cosas verdes —exclamó ávidamente Hutchinson—, con un doble de excelente cerveza, cebollas tiernas y rábanos de esos que crujen al hincarles el diente.

—Seguramente yo hubiese hecho venir eso después de los huevos, si no llego a despertar —replicó Pentfield.

Cogió del suelo un banjo lleno de remiendos y comenzó a sacarle notas sueltas y discordantes, pulsando las cuerdas con los dedos.

Hutchinson parpadeó y suspiró tristemente.

—¡Cállate! —estalló de pronto, furioso, al atacar el otro una alegre tonadilla—. Me vuelvo loco. No lo puedo aguantar.

Pentfield echó el banjo en un camarote y recitó:

Escucha mi charla, que el más débil no confesaría:

Yo soy la memoria y el tormento... ¡Yo soy la ciudad!

¡Yo soy lo que acompaña al traje de noche!

El otro se agitó en el asiento, echó la cabeza hacia delante y la apoyó en la mesa. Pentfield reanudó el monótono tamborileo con los nudillos. Un fuerte ruido junto a la puerta atrajo su atención. La helada iba invadiendo el interior como una sábana blanca; Pentfield empezó a tararear:

Los rebaños están recogidos, las ramas desnudas;

el salmón se dirige hacia el mar.

Y ¡oh hermosa! Yo quisiera poder, en algún sitio,

contigo mi corazón albergar.

Se hizo un silencio, que no volvió a interrumpirse hasta que llegó Billebedam y puso la caja de los dados encima de la mesa.

—Hace mucho frío —dijo—. Oleson ha hablado conmigo y me ha dicho que el Yukon se ha helado esta noche última.

—¡Ya oyes, viejo! —gritó Pentfield dándole una palmada en el hombro—. El que gane, mañana a estas horas puede estar en camino para la tierra bendita.

Cogió la caja haciendo sonar los dados alegremente.

—¿Qué va a ser?

—Levanta la caja de los dados y échalos —contestó Hutchinson.

Pentfield apartó con estrépito los platos de la mesa. Ambos miraban ansiosamente. No consiguió ningún par obteniendo tan solo cinco puntos.

—Mala jugada —gruñó Pentfield.

Después de mucho pensar, Pentfield recogió los cinco dados y volvió a meterlos en la caja.

—En tu lugar yo apostaría por el cinco —sugirió Hutchinson.

—No, no lo harías si vieses esto que vas a ver —replicó Pentfield, y echó los dados.

Tampoco esa vez hubo pares, corriendo sin interrupción del dos al seis.

—¡Otra vez! —refunfuñó—. Tu juego no vale, Corry. Así no puedes perder.

Hutchinson reunió los dados sin decir palabra, los agitó y los tiró encima de la mesa con un molinete y vio que también había obtenido seis puntos.

—Quiero hacerlo mejor que tú —dijo cogiendo cuatro de ellos y removiéndolos dentro de la caja, hizo otra jugada de seis—. Ahora te gano.

Los dados rodaron dos, tres, cuatro y cinco veces... y siguió jugando sin

hacerlo mejor ni peor que Pentfield.

Hutchinson suspiró.

—Esto no ocurriría otra vez aunque lo repitieses un millón de veces —dijo.

—Ni en un millón de vidas —añadió Pentfield cogiendo los dados y volviéndolos a tirar rápidamente.

Aparecieron tres cincos, y luego de un buen rato fue premiado con otro cinco a la segunda jugada. Hutchinson pareció haber perdido la última esperanza.

Pero en su primera jugada volvieron a salir tres seises. En los ojos de Pentfield se reflejó una gran duda al tiempo que en los de Hutchinson renacía la esperanza. Aún le quedaba una jugada. Otro seis, y cruzaría el hielo hacia el agua salada y los Estados.

Agitó los dados en la caja, hizo como si fuese a tirarlos, titubeó y continuó agitándolos.

—¡Anda, anda! No vas a pasarte así toda la noche —gritó con rudeza Pentfield.

Y eran tales los esfuerzos que hacía para dominarse que doblaba las uñas sobre la mesa.

Los dados salieron rodando y otro seis apareció ante sus ojos. Los dos hombres se quedaron con la mirada fija en él. Hubo un largo silencio. Hutchinson miró disimuladamente a su socio, quien con más disimulo aún lo notó, y encogió los labios tratando de mostrarse indiferente.

Hutchinson se reía al levantarse. Era una risa nerviosa e insegura. En este caso resultaba más grosero ganar que perder. Se aproximó a su socio, que se volvió ferozmente hacia él:

—Bueno, ahora no hables, Corry. Sé todo lo que vas a decir: preferirías quedarte y que me marchase yo, así que no lo digas. Tienes que ver a los tuyos en Detroit, y eso basta. Además, tú puedes hacer por mí lo mismo que yo esperaba haber hecho si me hubiese ido.

—¿Quieres decir...?

Pentfield leyó la pregunta compleja en los ojos de su socio y contestó:

—Sí, eso mismo. Tú puedes traérmela. La única diferencia consistirá en que la boda se celebrará en Dawson en lugar de celebrarse en San Francisco.

—¡Pero hombre! —repuso Hutchinson—. ¿Cómo se te ha ocurrido que yo pueda traerla? No somos precisamente hermanos. Además, no la conozco y no sería muy correcto, sabes, que viajáramos juntos. Claro que no habría inconveniente, ya lo sabemos; pero piensa en lo que diría la gente.

Pentfield masculló unos juramentos, asegurando que estas preocupaciones solo eran propias de las regiones menos frías que Alaska.

—Ahora, si quieres escuchar y no desvariar —dijo Hutchinson—, comprenderás que lo único factible en estas circunstancias es que seas tú el que se marche este año, y así, el próximo podré levantar yo el vuelo.

Pentfield movió la cabeza aunque visiblemente dominado por la tentación.

—No quiero, mi viejo Corry. Agradezco tu delicadeza, pero no quiero. Me avergonzaría cada vez que recordase que estás aquí esclavizado en mi lugar.

De pronto, pareció que se le ocurría una idea. Se puso a hurgar en su cama revolviéndolo todo con gran impaciencia hasta encontrar papel y lápiz, luego sentándose a la mesa, empezó a escribir con rapidez.

—Toma —dijo poniendo en la mano de su socio la carta que acababa de garabatear—. Entrega solamente esto y se arreglará todo.

Hutchinson le dio una mirada rápida y la guardó.

—¿Crees que su hermano consentirá en hacer este maldito viaje hasta aquí? —preguntó.

—¡Oh, lo hará por mí... y por su hermana! —repuso Pentfield—. ¿Ves? No me fiaría si tuviese que hacer el viaje solo con la hermana, porque es un novato; pero contigo resultará un viaje fácil y seguro. Tan pronto como llegues, ve a su casa y prepárala. Después podrás continuar tu viaje hacia el este para ver a los tuyos y a la primavera, ella y su hermano estarán dispuestos para partir contigo. Sé que te gustará en cuanto la trates; la conocerás así que le eches la vista encima.

Y mientras hablaba abrió la tapa posterior de su reloj y le enseñó el retrato de una joven pegado en el interior de la caja. Corry Hutchinson la contempló admirado.

—Se llama Mabel —prosiguió Pentfield—. También será conveniente que sepas encontrar la casa. Tan pronto como llegues a San Francisco, toma un coche y di solamente: «*Holmes place, Myrdon Avenue*». No creo sea necesario decir lo de Myrdon Avenue. El cochero sabrá dónde vive el juez Holmes.

—Además —continuó Pentfield después de una pausa—, no estaría de más que me comprases algunas de esas cositas que... hem...

—Que un hombre casado debe tener en su casa —le interrumpió Hutchinson, riendo.

Pentfield se rio también.

—Naturalmente, servilletas, manteles, sábanas, fundas de almohada y cosas así. Y podrías comprar una buena vajilla. Ya comprenderás que a ella le será difícil poder ocuparse de todo esto. Puedes mandarlo todo en el vapor que hace la travesía por el mar de Behring. ¿Y qué te parece un piano?

Hutchinson aprobó la idea cordialmente. Sus escrúpulos se habían desvanecido y aceptaba su misión con entusiasmo.

—¡Por Júpiter, Lawrence! —dijo al final de la sesión, al ponerse ambos de pie—. Voy a traer a tu novia como si fuera una princesa. Yo guisaré y cuidaré de los perros, y el hermano solo tendrá que preocuparse porque ella vaya bien y procurarle las cosas que a mí se me olviden. Yo intentaré olvidar las menos posible, te lo aseguro.

Al día siguiente Lawrence Pentfield le estrechó la mano por última vez, le vio correr con los perros y desaparecer por el helado Yukon hacia el mar y hacia la civilización. Pentfield se volvió a su mina de Bonanza, que ahora le pareció más horrible; y se preparó resueltamente a hacer frente al largo invierno. Allí había mucho trabajo, había que vigilar a los hombres, dirigir las operaciones y después ocuparse en el pago de los jornales; pero su corazón no estuvo en el trabajo ni en otra cosa hasta que sobre la colina situada detrás de la mina empezaron a levantarse las hileras de troncos de una nueva cabaña. Era espaciosa y abrigada, dividida en tres departamentos confortables. Cada tronco era cortado y ajustado a mano: un capricho caro, teniendo en cuenta que los operarios ganaban quince

dólares al día; pero a él nada le parecía demasiado costoso tratándose de la casa que había de habitar Mabel Holmes.

Así pues, se fue a echar una ojeada a las obras de la cabaña, cantando: «Y ¡oh hermosa! Yo quisiera poder, en algún sitio, contigo mi corazón albergar». Pentfield tenía un calendario clavado en la pared, sobre la mesa de su albergue. Lo primero que hacía cada mañana era arrancar la hoja del día anterior y contar los que faltaban para que llegase la primavera y con ella Mabel corriendo velozmente por el Yukon helado. Otro capricho suyo era no permitir que nadie durmiese en la nueva cabaña de la colina. Al venir Mabel a ocuparla quería que estuviese tan intacta como la madera de que estaba construida; y cuando se terminó cerró la puerta con un candado. Nadie sino él entraba allí, dentro solía pasarse largas horas, después salía con el rostro radiante y brillándole los ojos de alegría y entusiasmo.

En diciembre recibió una carta de Corry Hutchinson. Acababa de ver a Mabel Holmes y afirmaba que reunía todas las cualidades para ser la digna esposa de Pentfield. Sucediéronse las cartas con breves intervalos, y a veces, cuando el correo se retrasaba, llegaban dos o tres juntas. Todas ellas en el mismo tono. Corry acababa de llegar de la Myrdon Avenue; Corry se iba a la Myrdon Avenue; o Corry se hallaba en la Myrdon Avenue; o Corry se hallaba en la Myrdon Avenue. Y prolongaba su estancia en San Francisco, sin mencionar siquiera el viaje a Detroit.

Pentfield comenzó a pensar que su socio, a pesar de tener que marchar al este para ver a su familia, permanecía mucho tiempo al lado de Mabel Holmes. A veces se sorprendía preocupándose por este motivo; pero se hubiese preocupado más de no conocer tan bien a Mabel y a Corry. Por otra parte, las cartas de Mabel hablaban mucho de Corry. Al mismo tiempo se adivinaba una especie de temor, muy parecido al desafecto, siempre que se trataba del viaje por el hielo y de la boda en Dawson. Pentfield le contestaba animándola, riendo de sus recelos que él suponía mero temor físico ante los riesgos y las privaciones más bien que subterfugios de mujer.

Pero el interminable invierno y la fastidiosa espera, después de los dos largos inviernos anteriores, habían influido en él. La dirección de los trabajos y la ocupación de pagar a los hombres no bastaban para romper el tedio de los días, y a finales de enero empezó a hacer algunos viajes a Dawson, donde durante unas horas, junto a las mesas de juego, podía olvidarse de su identidad. Deseando perder, ganaba, y «la suerte de Pentfield» llegó a ser proverbial entre los jugadores de faraón.

Esta suerte le acompañó hasta la segunda semana de febrero. Es difícil conjeturar si hubiese durado más, ya que nunca volví a jugar después de una partida fuerte. Ocurrió en la Opera House, un día en que parecía imposible que apostara por una carta perdedora. En el silencio que sucedió al final de una jugada, mientras el croupier barajaba, Nick Inwood el banquero, advirtió sin que viniese a cuento:

—Te aseguro, Pentfield, que tu socio lo pasa muy bien fuera de aquí.

—Está bien que Corry se divierta —había contestado Pentfield—. Especialmente cuando se lo tiene bien ganado.

—Sobre gustos nada hay escrito —dijo riendo Nick Inwood—; pero me resulta difícil llamarle diversión al matrimonio.

—¡Corry casado! —gritó Pentfield sin poder creerlo, y no obstante, más sorprendido en aquel momento de lo que él mismo se figuraba.

—Naturalmente —prosiguió Inwood—, lo leí en el periódico de San Francisco que llegó esta mañana.

—Bueno, ¿y quién es ella? —preguntó Pentfield con ese algo de paciente fortaleza que adoptamos ante lo inesperado, presintiendo al mismo tiempo que van a reírse a costa nuestra.

Nick Inwood sacó el periódico del bolsillo y empezó a recorrerlo diciendo:

—Tengo mala memoria para los nombres, pero me parece que es algo así como Mabel... Mabel... ¡Ah, sí! Aquí está... Mabel Holmes, hija del juez Holmes... en su casa lo conocerán.

Lawrence Pentfield no hizo el menor movimiento, pero se extrañó de que ningún hombre del norte pudiese conocer su nombre. Paseó fríamente la mirada por aquellas caras, tratando de descubrir algún indicio de la broma de que le hacían objeto; pero aparte de una sana curiosidad, aquellos semblantes no revelaban nada especial. Después se encaró con el banquero y le dijo en tono frío y sereno:

—Inwood, apuesto quinientos a que todo lo que acabas de decir no está en el periódico.

El banquero le miró entre burlón y sorprendido:

—Vete a paseo, muchacho, no necesito tu dinero.

—Ya lo suponía —dijo Pentfield con impertinencia, volviendo al juego y apostando a dos cartas.

Nick Inwood se sonrojó como si dudara de sus sentidos y repasó cuidadosamente la cuarta parte de una columna impresa.

Luego se volvió hacia Lawrence Pentfield.

—Mira, Pentfield —dijo rápidamente, con gesto nervioso—. Yo no puedo consentir eso, ¿sabes?

—¿Consentir qué? —preguntó Pentfield brutalmente.

—Tú diste a entender que yo mentía.

—Nada de eso —respondió—. Yo solo supuse que se trataba de una broma pesada.

—¡Jueguen, señores! —protestó el banquero; y dirigiéndose a Pentfield insistió—. Pues te digo que es verdad.

—Y yo te he dicho que apuesto quinientos a que eso no viene en el periódico —contestó Pentfield, colocando al mismo tiempo un pesado saco de polvo encima de la mesa.

—Siento verme obligado a cogerte el dinero —replicó Inwood entregándole el periódico.

Pentfield lo vio, pero no podía acabar de darle crédito. Echó una ojeada al título: «El joven Lochinvar ha llegado del norte». Recorrió de prisa el artículo hasta que sus ojos sorprendieron reunidos los nombres de Mabel Holmes y Corry Hutchinson, y entonces se fijó en el encabezamiento de la página. Era un periódico de San Francisco.

—El dinero es tuyo, Inwood —advirtió con risa cortante—. Este socio mío nunca dice lo que piensa hacer cuando se marcha.

Después volvió al artículo y lo leyó palabra por palabra, muy despacio y detenidamente. Ya no podía dudar. Sin disputa, Corry Hutchinson se había casado con Mabel Holmes. Le describían como «uno de los potentados de Bonanza, socio de Lawrence Pentfield (a quien la sociedad de San Francisco no había olvidado aún), asociado con este caballero en otras ricas propiedades del Klondike». Más adelante y hacia el fin leyó: «Se rumorea que *míster* y *mistress* Hutchinson, después de un breve viaje al este, a Detroit, harán su verdadero viaje de novios por la deliciosa región del Klondike».

—Volveré enseguida, guárdame el sitio —dijo Pentfield levantándose y cogiendo el saco que había servido para parar el golpe, ahora con quinientos dólares menos.

Bajó por las calles y compró un periódico de Seattle. Contenía los mismos detalles, aunque algo más resumidos. Corry y Mabel se habían casado sin duda alguna. Pentfield regresó a la Opera House y volvió a ocupar su sitio en el juego. Pidió cambiar cierta cantidad.

—Tratas de recuperar lo perdido —dijo riendo Nick Inwood, al tiempo que asentía con un gesto—. Iba a marcharme a almacén de la A. C., pero me parece que me quedo para ver cómo ganas.

Eso hizo Lawrence Pentfield después de dos horas de bucear en la suerte, cuando el comerciante cortando con los dientes la punta de otro cigarro y encendiendo una cerilla, anunció que la banca había quebrado. Pentfield cobró cuarenta mil dólares, estrechó la mano de Nick, y decidió que aquella era la última vez que jugaba a ninguna clase de juego.

Nadie supo, ni sospechó siquiera, que había sufrido un duro golpe. En sus maneras no había ningún cambio aparente. Cuando leyó la noticia del matrimonio en un periódico de Portland, se puso al trabajo con más ahínco que nunca. Después fue a visitar a un amigo, a quien encargó del cuidado de la mina y partió por el Yukon detrás de sus perros. Siguió por el camino de Salt Water hasta alcanzar el de White River, por el que se dirigió. Cinco días más tarde llegó a un campamento de cazadores indios de White River. Por la noche hubo una fiesta, y él ocupó el sitio de honor al lado del jefe. Al día siguiente por la mañana obligó de nuevo a los perros a tomar la dirección del Yukon. Pero ya no viajaba solo. Aquella noche una joven india dio de comer a los perros y le ayudó a plantar la tienda. Durante su infancia la había mordido un oso y cojeaba ligeramente. Se llamaba Lashka, y al principio se mostró desconfiada con aquel hombre blanco tan extraño que había

llegado de lo Desconocido y se había casado con ella sin casi dirigirle la vista ni la palabra y que ahora regresaba hacia lo Desconocido con ella.

Pero Lashka tuvo mejor suerte que la mayoría de las muchachas indias casadas con hombres blancos del norte. Apenas llegados a Dawson solemnizaron a la manera del hombre blanco, ante un clérigo, el bárbaro matrimonio que les había unido. Desde Dawson, que para ella fue algo así como una maravilla y un sueño, la llevó directamente a sus posesiones de Bonanza y la instaló en la cabaña de troncos tallados de la colina.

La indignación que levantó esta sorpresa no fue tanto por el hecho en sí, por la mujer que Lawrence Pentfield había elegido, sino por la ceremonia con que había legalizado la unión. Era precisamente la sanción del matrimonio lo que sobrepasaba la comprensión de aquella gente. Pero nadie fastidió a Pentfield acerca de ello. Mientras la extravagancia de un hombre no hiere directamente a la sociedad, la sociedad se contenta con dejarle solo; a Pentfield no se le negó la entrada en las cabañas de los hombres que tenían esposas blancas. La ceremonia matrimonial le había sacado de su posición de indio y le había puesto a salvo de todo reproche moral; pero había hombres que ponían en duda su buen gusto en lo que a mujeres se refería.

Ya no llegaron más cartas de fuera. Seis trineos cargados de correspondencia se habían perdido en el Big Salmon. Además, Pentfield sabía que Corry y su mujer debían hallarse entonces por el camino, en el supuesto de que estuviesen en viaje de novios... el viaje de novios que había soñado para él durante dos años horribles. Con este pensamiento sus labios se replegaron en un gesto de amargura; pero la única manifestación que hizo fue mostrarse más afectuoso con Lashka.

Marzo había pasado y abril llegaba a su fin, cuando una mañana de primavera Lashka pidió permiso para ir a la cabaña de Siwash Pete, varias millas río abajo. La esposa de Siwash Pete, una mujer de Stewart River, había mandado decir que su hijito no se encontraba bien, y Lashka, que sentía una pasión por los niños y que se creía muy entendida en materia de enfermedades de la infancia, no desdeñaba ninguna oportunidad de prestar sus cuidados a los niños de otras mujeres más afortunadas que ella.

Pentfield aparejó los perros, y con Lashka, sentada detrás, emprendió el camino por el sinuoso lecho del Bonanza. La primavera se cernía en el aire. La mordedura del frío no era tan aguda a pesar de que la nieve seguía cubriendo la tierra; el murmullo y el gotear del agua indicaban que el invierno empezaba a

soltar su presa. El fondo del sendero desaparecía, y aquí y allá el camino rodeaba, evitando agujeros recién abiertos. En un punto demasiado estrecho para dar cabida a dos trineos, Pentfield oyó aproximarse el sonido de unas campanillas y detuvo a los perros.

Un tiro de perros de aspecto cansado seguido de un trineo excesivamente cargado apareció por el declive. Junto a la lanza iba un hombre, que miró a Pentfield de una manera familiar; detrás del trineo caminaban dos mujeres. Pentfield bajó y esperó. Se alegró de que Lashka fuera con él. Pensó que el encuentro, aun habiéndolo preparado, no hubiese podido ocurrir en mejores condiciones. Y mientras esperaba se preguntaba qué le dirían, qué podrían decirle. Eran ellos quienes debían dar explicaciones y él estaba dispuesto a escucharles.

Cuando estuvieron frente a frente, Corry le reconoció y detuvo a los perros. Le tendió la mano con un: «¡Hola, viejo!».

Pentfield la estrechó, pero sin calor y en silencio. Entretanto, llegaron las dos mujeres, y se dio cuenta de que la segunda era Dora Holmes. Se despojó de la gorra de piel, cuyas orejeras llevaba sueltas, le estrechó la mano y se volvió hacia Mabel. Ella se adelantó, espléndida y radiante, pero no se atrevió a coger la mano que él le ofrecía. Él había intentado decir: «¿Cómo está usted, señor Hutchinson?», pero sin saber cómo, la última palabra se le había atragantado y solo había logrado articular: «¿Cómo está usted?».

La situación era tan ridícula y violenta como se hubiera podido desear. Mabel revelaba la inquietud propia de su posición, mientras Dora, evidentemente en su papel de pacificadora, decía:

—Pero ¿qué pasa, Lawrence?

Antes de que pudiera contestar, Corry le tiró de la manga y se lo llevó aparte.

—Oye, viejo, ¿qué significa esto? —preguntó en voz baja, señalando a Lashka con los ojos.

—No veo qué interés puedas tener tú en la cuestión, Corry —contestó burlescamente Pentfield.

Pero Corry fue directamente al grano.

—¿Qué hace esta india en tu trineo? Un negocio sucio, del que tendrás que darme explicaciones luego. Y confío que podrás explicármelo. ¿Quién es?

Entonces Lawrence dio el último golpe, y lo dio con cierta tranquila suficiencia que pareció compensarle de la afrenta que le habían inferido.

—Es mi mujer —dijo—. *Mistress Pentfield*, si prefieres.

Corry Hutchinson se quedó con la boca abierta, y Pentfield le dejó, volviéndose hacia las dos mujeres. Mabel se hallaba perpleja y parecía no comprender nada de todo aquello. Se dirigió a Dora y le preguntó con entera naturalidad:

—¿Cómo te ha sentado el viaje? ¿Te molestará el calor de la cama?...

—Y a *mistress Hutchinson*, ¿cómo le ha sentado? —le preguntó él inmediatamente, con los ojos fijos en Mabel.

—¡Oh, qué bobalicón! —gritó Dora abrazándole—. Entonces lo has leído también. Ya me parecía que había algo extraño en tu conducta.

—Yo... yo apenas comprendo —tartamudeó Pentfield.

—En el periódico del día siguiente venía enmendado —continuó Dora—. No creímos que llegaras a leerlo. Todos los demás diarios lo pusieron bien, y claro está, fuiste a leer precisamente ese maldito periódico.

—¡Espera un momento! ¿Qué quieres decir?... —preguntó Pentfield, notando de pronto que el miedo se apoderaba de su corazón al sentirse al borde de un profundo abismo.

Pero Dora prosiguió con volubilidad:

—Pues tan pronto se supo que Mabel y yo nos íbamos al Klondike, el *Every Other Week* dijo que la Myrdon Avenue se quedaría muy «amable», queriendo dar a entender, por supuesto, muy «solitaria».

—Entonces...

—Soy yo *mistress Hutchinson* —respondió Dora—. Y tú te habías figurado que era Mabel.

—Así es precisamente —replicó Pentfield muy despacio—. Pero ahora ya lo veo. El periodista confundió los nombres, y en Seattle y Portland copiaron el error.

Durante un minuto permaneció callado. Mabel había vuelto el rostro hacia Pentfield, y este pudo ver cómo ardía con el fuego de la esperanza. Corry estaba profundamente preocupado con la rotura de una de sus sandalias, mientras Dora miraba disimuladamente el semblante inmutable de Lashka sentada en el trineo. Ante Pentfield surgió la visión de un porvenir horrible; se vio montado en un trineo tirado por perros veloces y teniendo al lado a Lashka la coja.

Después habló con toda sencillez, clavando sus ojos en los de Mabel.

—Lo siento mucho. Creí que te habías casado con Corry. Esta mujer que está sentada en el trineo es *mistress* Pentfield.

Mabel se volvió hacia su hermana, extenuada, como si toda la fatiga de tan largo viaje hubiese descendido de pronto sobre ella. Dora la cogió por la cintura. Corry Hutchinson seguía ocupado con sus sandalias. Pentfield pasó la mirada rápidamente de un rostro a otro, después se dirigió a su trineo.

—No podemos estar aquí todo el día, nos espera el niño de Pete —dijo a Lashka. Hizo silbar el látigo, los perros saltaron sobre el correaje del pecho, osciló el trineo y se lanzó por el camino.

—¡Oye, Corry! —dijo Pentfield, llamándole de nuevo—. Podéis ocupar la antigua cabaña. No se ha usado mucho. Yo he construido otra en lo alto de la colina.

UNA LEJANA DESTILERÍA

La verdad de Thomas Stevens puede haber sido tan indeterminada como la X, y su imaginación, la de la mayoría de los hombres, elevada a la enésima potencia; pero preciso es reconocer que jamás se ha encontrado una mentira en ninguna de sus palabras o acciones... Él puede haber jugado con las probabilidades y orillado el último extremo de la posibilidad, pero la trama de sus relatos siempre ha estado bien organizada. Que él conocía el norte como un libro, nadie puede negarlo. Que había viajado mucho y puesto sus pies en infinidad de sendas desconocidas, lo demuestran muchas pruebas. Aparte de lo que yo personalmente he averiguado, conozco a hombres que le han visto en todos los lugares, pero principalmente en los confines de Ninguna Parte. Allí estaba Johnson, el exagente de la Hudson Bay Company, que le había albergado en su factoría del Labrador hasta que sus perros hubieron descansado un poco y él estuvo en condiciones de continuar el viaje. Estaba Mac-Mahon, el agente de la Alaska Commercial Company, que le había encontrado en Dutch Harbour y, más tarde, entre las islas más lejanas del grupo de las Aleutianas. Era indiscutible que había guiado una de las primeras exploraciones de los Estados Unidos; y la historia asegura positivamente que, en condiciones parecidas, sirvió a la Western Union cuando intentó llevar hasta Europa el telégrafo de Alaska a Siberia. Más adelante fue Joe Lamson, el capitán de la ballenera, sitiado por el hielo en las bocas del Mackenzie, quien le había visto llegar a bordo en busca de tabaco.

Este último rasgo prueba la identidad de Thomas Stevens. Era infatigable en sus constantes pesquisas para hallar tabaco. Antes de que llegásemos a ser buenos amigos, yo ya había aprendido a saludarle con una mano y a alargarle la petaca con la otra. Pero la noche que le encontré en el salón de John O'Brien, en Dawson, tenía la cabeza envuelta en una aureola de humo de cigarrillos de cincuenta centavos y, en vez de la petaca, me pidió el talego. Estábamos de pie junto a una mesa de faraón, e inmediatamente se lanzó a la «carta más alta». «Cincuenta», dijo, y el croupier asintió con la cabeza. La «carta más alta» salió, me devolvió el talego, pidió una ficha y me condujo hasta la balanza, donde el pesador, impasible, le pagó cincuenta dólares en polvo.

—Y ahora beberemos —dijo; y después, en el bar, cuando dejó el vaso—:

Esto me recuerda la pequeña destilería que tuve en el camino de Tattarat. No, tú no conoces el lugar, ni tan siquiera está en los mapas. Pero se encuentra a orillas del océano Ártico, a no muchos cientos de kilómetros de la frontera americana, donde viven medio millar de almas abandonadas de Dios que alternativamente se reproducen y mueren o perecen de hambre. Los exploradores les han ignorado, y no les hallarías en el censo de 1890. Una vez embarrancó allí una ballenera y la tripulación, que había escorado sobre el hielo, se dirigió hacia el sur y nunca se supo nada más de ella.

—Pero Moosu y yo montamos una destilería importante —añadió un momento después con un suspiro apenas perceptible.

Yo sabía que detrás de aquel suspiro se escondían grandes hazañas y hechos extraños; así, que le llevé hacia un rincón, entre una partida de ruleta y otra de *poker*, y esperé a que se le desatara la lengua.

—Moosu solo tenía un defecto —empezó a decir levantando la cabeza, meditabundo—; un defecto, solo uno. Era un indio del extremo de la región de Chippewyan, con el defecto de haber adquirido un conocimiento superficial de las Escrituras durante una temporada que fue compañero de un renegado canadiense francés que había estudiado para clérigo. Moosu no tenía idea de lo que era el Cristianismo, pero tenía la cabeza llena de milagros, batallas y dispensas, de todo lo cual no entendía una sola palabra. Por otra parte, era un buen compañero y hombre útil por su habilidad, lo mismo en el campamento que en un viaje.

Juntos pasamos días muy duros y llegamos a Tattarat muy malparados. Habíamos perdido el ajuar y los perros durante un temporal de nieve, teníamos el vientre pegado a la espalda y las ropas hechas jirones cuando llegamos a la aldea. No se sorprendieron mucho al vernos, porque estaban acostumbrados a ver llegar a los pescadores de ballenas, y nos cedieron la cabaña más mísera del pueblo para vivir. Lo que más me sorprendió entonces, por extraño, fue que nos dejaron absolutamente solos. Pero Moosu me lo explicó.

—El chamán tiene dolor de vientre —dijo, dando a entender que tenía celos de nosotros y había aconsejado al pueblo que no tratase con nosotros. Con lo poco que había visto este chamán al llegar los pescadores de ballenas, pudo comprender que mi raza era más fuerte y más inteligente que la suya y actuó como suelen hacerlo los chamanes de todo el mundo—. Pero antes de que termine verás que no le faltaba la razón.

—Esta gente tiene una ley —dijo Moosu— por la que están obligados a cazar toda la carne que consumen. Tú y yo, ¡oh señor! No conocemos el manejo de las armas de este pueblo; no sabemos tender el arco ni arrojar la lanza según su costumbre; por lo cual el chamán y Tummasook, el jefe, se han unido y han decretado que trabajemos con las mujeres y los niños transportando la caza y atendiendo las necesidades de los cazadores.

—Eso es un gran error —repuse—, porque nosotros somos superiores a este pueblo que vive en tinieblas. Además, es necesario que descansemos y recuperemos las fuerzas, pues el camino del sur es largo, y trabajando así no aumentará nuestra vitalidad.

—Pero no tenemos nada —objetó Moosu, mirando las podridas maderas de la cabaña y molesto con el olor de la carne de caballo que teníamos como cena—, y con este alimento no haremos muchos progresos. No nos queda más que la botella de «matapenas», que no logrará llenar el vacío, y por lo tanto habremos de someternos al yugo de los infieles y convertirnos en leñadores y aguadores. Sin embargo, aquí hay cosas buenas que pueden ser nuestras. ¡Oh, señor!, jamás me ha engañado el olfato, y yo le he seguido hacia los depósitos secretos y entre los fardos de pieles de las cabañas. Estas gentes tienen buenas provisiones arrebatadas a los pobres pescadores de ballenas, y estas provisiones han pasado a ser propiedad de unos pocos. La mujer Ipsukuk, que habita en el extremo opuesto de la aldea, cerca de la cabaña del jefe, posee mucha harina y azúcar y he visto también la melaza con que se embadurna el rostro. En la cabaña del jefe Tummasook hay té; se lo he visto tragar a ese cerdo viejo. El chamán tiene una caja de té *Star* y dos paquetes de excelente tabaco. Y nosotros, ¿qué tenemos? ¡Nada! ¡Nada!

Estaba tan aturdido con lo que había oído del tabaco, que no le contesté.

Moosu, siguiendo su propio deseo, rompió el silencio:

—También está Tukeliketa, hija de un gran cazador y hombre opulento. Una muchacha bien parecida. Realmente, es una muchacha muy linda.

Durante la noche, mientras Moosu roncaba, yo me revolvía, pues no podía soportar fácilmente la idea de tener tan cerca el tabaco y no poder fumar. Era verdad lo que había dicho aquel hombre, no teníamos nada. Pero vi claramente la manera de resolverlo todo, y por la mañana le dije:

—Sal con precaución como tú sabes y procúrame algún hueso curvado y hueco, parecido a un cuello de ganso. Date también una vuelta por ahí, abre los ojos y mira dónde están los pucheros, vasijas y utensilios para guisar. Recuerda que poseo la sabiduría del hombre blanco y haz con toda rapidez lo que te he ordenado.

Mientras estuvo fuera coloqué el hornillo de aceite de ballena en el centro de la cabaña y para tener más sitio, aparté las pieles sarnosas que nos servían de lecho. Después desmonté el cañón de su escopeta, lo dejé al alcance de la mano y, finalmente, confeccioné unas mechas con ese algodón silvestre que las mujeres recogen durante el verano. Cuando regresó Moosu, traía el hueso que le había encargado y la noticia de que en la cabaña de Tummasook había una vasija de petróleo de cinco galones y una gran caldera de cobre. Le dije que se había portado bien y que descansaríamos todo el día. Y al llegar la medianoche, le hablé de este modo:

—Ese jefe, ese Tummasook, tiene una caldera de cobre y también una vasija de petróleo —puse en su mano una piedra pulimentada por las olas y le dije—: El campamento está en silencio y brillan las estrellas. Ve, introdúctete con sigilo en la cabaña del jefe y con esto le golpeas con fuerza en el vientre. Piensa en los buenos alimentos de los días venideros para que tu brazo cobre fuerza. Habrá tumulto y confusión, se levantará toda la aldea, pero tú no te asustes. Ocúltate y piérdete en la oscuridad de la noche y entre la confusión de los hombres. Cuando la mujer Ipsukuk se halle cerca de ti (esa que se embadurna la cara con melaza), golpéala también y apodérate de cuanta harina y comestibles posea. Después grita con voz dolorida, finge que aprietas los puños y haz ruido para demostrar que tú también has recibido la visita de la noche. Y así terminaremos todo esto con honor y poseyendo abundancia de provisiones, la caja de té *Star*, el excelente tabaco, y tú obtendrás tu Tukeliketa.

Cuando hubo salido a cumplir el encargo, esperé pacientemente en la cabaña, porque ya me parecía tener en mi mano el tabaco. Luego se oyó un grito de terror en la noche, que se convirtió enseguida en un estruendo tan ensordecedor que debió llegar al cielo. Cogí la botella de «quitapenas» y salí corriendo. Todo era confusión; las mujeres gemían, el miedo reinaba por todas partes. Tummasook y la mujer Ipsukuk se retorcían entre dolores, y con ellos otros muchos, incluso Moosu. Empujé a los que me impedían el paso y acerqué la botella a los labios de Moosu. Inmediatamente se recuperó, cesaron sus alaridos, y ante los demás se levantó un gran clamor pidiendo la botella. Pero yo les arengué, y antes de que probaran su contenido y sintieran sus efectos ya había librado a Tummasook de la caldera de

cobre y de la vasija de petróleo, a la mujer Ipsukuk del azúcar y de la melaza, y a los otros enfermos de buena cantidad de harina. El chamán clavó una mirada torva a los que yacían a mi alrededor. Pero yo continué mi camino con la cabeza erguida, y Moosu gemía bajo el peso del botín mientras me seguía hacia la cabaña pisándome los talones.

Una vez allí, me puse a trabajar. En la caldera de cobre de Tummasook mezclé tres cuartas partes de harina de trigo con cinco de melaza, y añadí a todo esto veinte cuartas partes de agua. Después coloqué la caldera cerca del hornillo, para que la mezcla se agriara con el calor y se hiciera más fuerte. Moosu comprendió, y dijo que mi sabiduría excedía a todo y que era mayor que la de Salomón, de quien había oído decir que era un sabio de la Antigüedad. Puse la vasija de petróleo sobre el hornillo y en su orificio fijé un apéndice, en el que introduje el hueso semejante a un cuello de ganso. Ordené a Moosu que saliera a recoger hielo, mientras yo unía el cañón de su escopeta con el cuello de ganso y amontoné el hielo que trajo hasta cubrir la parte media del cañón. En el otro extremo de este, al otro lado del montón de hielo, coloqué un pucherito de hierro. Cuando la mezcla estuvo lo bastante fuerte (lo que costó dos días), llené la vasija de petróleo y encendí las mechas que había hecho.

— Ahora todo está dispuesto — dije a Moosu —. Ve a saludar a los principales de la aldea y ruégales que vengan a esta cabaña a pasar la noche en mi compañía y la de los dioses.

La mezcla cantaba alegremente cuando vinieron a levantar la piel que servía de puerta y a deslizarse en el interior de la cabaña. Yo me hallaba ocupado amontonando hielo desmenuzado sobre el cañón de mi escopeta. Por el otro extremo, del mismo licor caía gota a gota en la olla de hierro. El aguardiente, ya sabes. Pero ellos jamás habían visto nada semejante, y en cuanto elogí sus virtudes se agitaron nerviosamente. Mientras hablaba, descubrí la envidia en los ojos del chamán, por lo que en cuanto hube terminado le coloqué al lado de Tummasook y de la mujer Ipsukuk. Después les hice beber, y se les humedecieron los ojos y se les calentó el estómago y, aunque al principio se asustaron, luego pidieron más con insistencia. Tan pronto como les vi entusiasmados, me volví hacia los otros. Tummasook empezó a explicar que cierta vez había dado muerte a un oso blanco, y tan acalorado estaba que faltó poco para que, con sus gestos, hiriera a un tío suyo. Pero nadie le hizo caso. La mujer Ipsukuk se puso a llorar por un hijo desaparecido entre el hielo muchos años antes, y el chamán hizo hechizos y profecías. De esta manera transcurrió la noche, y antes del amanecer se hallaban todos en el suelo durmiendo profundamente en compañía de los dioses.

El final se adivina fácilmente, ¿verdad? Se extendió la noticia de la poción mágica. Pero la gente no podía decir más que una décima parte de los milagros que obraba. Aliviaba las penas; alejaba la tristeza; traía a la memoria viejos recuerdos, seres perdidos y sueños olvidados. Era un fuego que devoraba la sangre y, quemando, no quemaba. Fortalecía el corazón, daba firmeza al cuerpo y hacía a los hombres más hombres. Revelaba el porvenir, producía visiones e inspiraba profecías. Saturaba de ciencia y descubría secretos. No había límite para las cosas que podía realizar, y pronto se despertó en todos el deseo de dormir acompañados de los dioses. Trajeron las pieles de más abrigo, los perros más poderosos, las mejores viandas; pero yo vendía el aguardiente con mucha parsimonia y únicamente se veían favorecidos aquellos que aportaban harina, melaza y azúcar. Y tanto aumentaron las provisiones de esta clase, que ordené a Moosu que construyera un depósito para guardarlas, pues dentro de poco ya no cabrían en la cabaña. No pasaron tres días y Tummasook ya estaba en bancarrota. El chamán, que después de la primera noche solo estaba ebrio a medias, me observaba de cerca y durante la mayor parte de la semana estuvo pendiente de mí. Pero apenas transcurridos diez días, incluso la mujer Ipsukuk agotó sus provisiones y volvió a su casa débil y vacilante.

Moosu se lamentaba.

—¡Oh, señor! —dijo—. Hemos hecho gran acopio de melaza, azúcar y harina, pero nuestro ajuar es muy mezquino, nuestras ropas delgadas y las pieles en que dormimos están roñosas. El estómago reclama carne, cuyo olor no ofende a las estrellas, té, como el que traga Tummasook, y deseamos ardientemente el tabaco de ese chamán, que se propone arruinarnos. Hay tanta harina que llega a producirme náuseas, y azúcar y melaza sin límites; sin embargo, el corazón de Moosu está triste y su cama vacía.

—Tú eres tonto, Moosu —le respondí—. Ten paciencia, que ya nos apoderaremos de todo. Si lo cogemos ahora, cogeremos poco, y al fin nos quedaremos sin nada. Tu pobre sabiduría, comparada con la del hombre blanco, es sencillamente la de un niño. Detén tu lengua, observa, y yo te enseñaré a obrar como mis hermanos de allende los mares que han sabido hacerse los más ricos de la tierra. Esto es lo que se llama un «negocio». ¿Qué entiendes tú de «negocios»?

Pero al siguiente día llegó sin aliento.

—¡Oh, señor! En la cabaña de Neewak, el chamán, he visto una cosa inesperada. Estamos perdidos, sin haber conseguido las ricas pieles, ni probado el

buen tabaco a causa de tu locura por la melaza y la harina. Ve a comprobarlo tú mismo mientras yo me encargo de la mezcla.

Así, pues, fui a la cabaña de Neewak. ¡Y he aquí que había construido un alambique que imitaba el mío hábilmente! En cuanto me vio pudo apenas disimular su triunfo. Era un hombre de recursos, y su sueño en mi cabaña, acompañado de los dioses, no había sido tan profundo como para impedirle observar y aprender.

Pero no me preocupé por esto, porque yo sabía lo que sabía, y cuando regresé a mi cabaña lo comenté con Moosu y le dije:

—Afortunadamente existe el derecho de propiedad en este pueblo, que por otra parte no ha sido favorecido con muchas de las instituciones humanas. Valiéndonos de este respeto por la propiedad, engordaremos tú y yo e introduciremos, además, nuevas instituciones que otras gentes han establecido a costa de grandes trabajos y sufrimientos.

Pero Moosu no lo comprendió muy claramente, hasta que llegó el chamán con los ojos encendidos y voz amenazadora, pretendiendo entrar en negociaciones conmigo.

—Por tu causa —gritó— no queda harina ni melaza en toda la aldea. Astutamente lo has recogido de mi pueblo, que ha dormido con tus dioses, y ahora tienen la cabeza insegura y las rodillas flojas y un ansia de agua fresca que no pueden apagar. Eso no está bien, y como mi voz tiene poder entre ellos, creo que sería mejor que me vendieras la melaza y la harina del mismo modo que ellos te la vendieron a ti.

Yo le contesté:

—Estas razones son buenas, y la sabiduría reside en tus labios. Negociaremos. Por toda esta harina y melaza me das tú la caja de té y los dos paquetes de tabaco.

Moosu refunfuñaba y cuando el trato estuvo cerrado y el chamán se fue, me reprochó mi conducta:

—¡Ahora, por culpa de tu locura, estamos perdidos del todo! Neewak hará aguardiente por su cuenta, y cuando llegue el momento oportuno, ordenará a su gente que no beban aguardiente si no es del suyo. Y en ese caso estamos

arruinados, y nuestras mercancías carecen de valor, y nada más pobre que nuestra cabaña, y nada más frío y duro que el lecho de Moosu.

Yo respondí:

—¡Por el cuerpo de un lobo! Eres un tonto, y tu padre antes que tú, y tus hijos después de ti, hasta la última generación. Tu talento es peor que no tenerlo, y tus ojos están ciegos para los negocios de que ya te he hablado y que desconoces por completo. Ve, hijo de mil locos, y bebe del aguardiente que Neewak elabora en su cabaña, y da gracias a tus dioses por tener a tu lado la sabiduría de un hombre blanco que te procurará la cama blanda donde reposar. Ve, y cuando hayas bebido, vuelve con el sabor en los labios para que yo lo conozca.

Dos días después Neewak envió saludo e invitaciones para que acudieran a su cabaña. Moosu fue, y yo permanecí solo en aquella atmósfera rarificada por el humo del tabaco del chamán y con el canto del silencio en los oídos. Aquella noche había cesado el tráfico en mi cabaña y nadie entró, excepción hecha de Angeit, un joven cazador que tenía fe en mí. Más tarde volvió Moosu, hablando entre carcajadas y con los ojos arrugados por la risa.

—¡Tú eres un gran hombre! —dijo—. ¡Tú eres un gran hombre, oh señor, y a causa de esta misma grandeza no querrás condenar a tu siervo Moosu, que con frecuencia duda y no puede comprender!

—Pero ¿qué pasa ahora? —le pregunté—. ¿Has bebido con exceso? ¿Duermen todos en la cabaña de Neewak, el chamán?

—No, están irritados y enfermos, y el jefe Tummasook ha intentado estrangular a Neewak, jurando por los huesos de sus antepasados que jamás volverá a mirarle a la cara. Entré en su cabaña y la mezcla hervía y burbujeaba, el humo salía a través del cuello de ganso como el tuyo, y como el tuyo se convertía en agua al encontrar el hielo y goteaba en la olla del otro extremo. Y Neewak nos dio a beber pero no era igual que el tuyo porque no producía picor en la lengua ni punzadas en las pupilas, y en realidad no era más que agua. Así pues, bebimos a más no poder; sin embargo, continuábamos tranquilos y ceremoniosos. Neewak estaba perplejo y su frente se ensombreció. Llevó aparte a Tummasook y a Ipsukuk y les hizo beber, beber y beber. Y ellos bebieron, bebieron y bebieron, y siguieron tan solemnes y tan tranquilos hasta que Tummasook se levantó furioso y se hizo que le devolvieran el té y las pieles que había pagado. Ipsukuk elevó su voz aguda y enfurecida, y con ella los demás reclamaron lo que habían entregado, y hubo un

gran alboroto.

—¿Se habrá figurado este hijo de perra que soy una ballena? —dijo Tummasook, llegando a mi cabaña y apartando la piel de la entrada, erguido, con el rostro negro y la mirada colérica—. Estoy hinchado como una vejiga a punto de estallar y me siento tan pesado que apenas puedo moverme. ¡Demonio! He bebido más que nunca, y a pesar de ello, mis ojos permanecen claros, mis rodillas fuertes y mi mano firme.

—El chamán no puede hacernos dormir con los dioses —se quejaba la gente, más indignada cada vez, y viniendo a reunirse con nosotros—. Eso solo es posible en tu cabaña.

Yo me reía para mis adentros mientras les servía el aguardiente, y los invitados se alegraban. En la harina que había vendido a Neewak había añadido soda, que obtuve de la mujer Ipsukuk. ¿Cómo era posible que su mezcla fermentase, si la soda la conservaba dulce? ¿Cómo podía fabricar su aguardiente si no se agriaba?

Después de esto nuestra riqueza fue en aumento, sin obstáculo alguno. Eran incontables las pieles que habíamos reunido, las labores de las mujeres, todo el té del jefe y una infinidad de carne. Un día Moosu volvió a hablarme de mis beneficios, mutilando la historia de José en Egipto de un modo lamentable; pero me sugirió una idea. Pronto tuve a media tribu trabajando en la construcción de grandes depósitos para la carne; de todo lo que cazaban yo obtenía un cierto porcentaje que almacenaba cuidadosamente. Moosu tampoco perdía el tiempo. Se hizo una baraja de corteza de abedul, y enseñó a Neewak a jugar al *seven-up*. También engatusó al padre de Tukeliketa con el juego, y un día se casó con la muchacha, y al siguiente se trasladó a la casa del chamán, que era la mejor de la aldea. La caída de Neewak fue completa, perdió cuanto poseía: sus tambores de piel de caballo marino, sus instrumentos de magia... todo, en una palabra, y finalmente se convirtió en leñador y aguador a las órdenes de Moosu. Este se hizo proclamar chamán creando nuevos dioses entresacados de su Escritura e hizo ofrendas ante extraños altares.

Yo estaba contento porque me parecía bien que la Iglesia y el Estado anduviesen de la mano, y además, tenía mis proyectos. Los acontecimientos se sucedían tal como había previsto. El buen humor y los rostros sonrientes habían desaparecido de la aldea. Las gentes estaban tristes y sombrías. Había luchas y altercados y el alboroto no cesaba de día ni de noche. La baraja de Moosu se había

duplicado y los cazadores comenzaron a jugar entre ellos. Tummasook apaleaba a su mujer horriblemente y el hermano de su madre protestaba y le golpeaba con un colmillo de caballo marino hasta hacerle chillar en medio de la noche avergonzándole ante todo el pueblo. Con todas estas diversiones no había quien cazara; el hambre se dejó sentir en el país. Las noches eran largas y oscuras, y como sin carne no se podía comprar aguardiente, empezaron a murmurar contra el jefe. Yo me hacía el desentendido, y cuando ya estuvieron bien hambrientos, convoqué a toda la aldea. Les dirigí una gran arenga, presentándome como un patriarca y alimenté a los famélicos. Moosu les arengó también, y por este motivo y por lo que había hecho me nombraron jefe. Moosu, que era el intérprete de Dios y decretaba sus juicios, me ungió con grasa de ballena y lo hizo con toda legalidad, aunque sin comprender la ceremonia. Y entre los dos interpretamos para el pueblo la nueva teoría del derecho divino de los reyes. Hubo aguardiente en abundancia, carne y regocijo, y ellos acogieron muy bien el nuevo orden establecido.

—Ya ves que he ocupado cargos elevados, he vestido la púrpura y he gobernado pueblos. Y aún seguiría siendo rey si hubiese durado el tabaco o si Moosu hubiese sido más tonto y menos bribón. Pero puso los ojos en Esanetuk, la hija mayor de Tummasook y yo se lo reproché.

—¡Oh, hermano —me dijo—, tú has hablado de introducir nuevas instituciones entre esta gente, y yo escuchando tus palabras, he ganado en sabiduría! Tú gobiernas con el derecho que Dios te ha dado y con ese mismo derecho me caso yo.

Noté que me trataba de hermano, y me enfurecí. Pero él se volvió hacia el pueblo e hizo ofrendas durante tres días, con lo que se unieron todas las manos. Y después, interpretando la voz de Dios, decretó la poligamia por mandato divino. Pero era astuto y limitó el número de esposas de acuerdo con la fortuna de cada uno y por consiguiente, él fue quien se vio más favorecido. No pude por menos que admirarle, aunque era evidente que el poder le había trastornado y que no estaría satisfecho hasta que todo el poder y la riqueza estuviesen en sus manos. Como era de esperar, se hinchó de orgullo, olvidó que yo le había colocado allí y se dispuso a arruinarme.

Pero era interesante, porque aquel miserable operaba, a su manera, una evolución hacia la sociedad primitiva. Ahora yo, en virtud del monopolio del aguardiente, obtenía una renta de la que ya no le permitía participar. Meditó sobre ello un breve espacio y estableció un sistema de contribución eclesiástica. Impuso diezmos al pueblo, disertó acerca de las ricas primicias y tergiversó, en su

provecho, todos los textos ya tergiversados de que había oído hablar. Todavía esto lo soporté en silencio; pero cuando instituyó lo que podría compararse con un impuesto graduado sobre la renta, me revolví indignado porque esto era lo que había ido persiguiendo. Por este motivo hizo un llamamiento al pueblo, y ellos envidiosos de mi gran riqueza y de lo bien tasados que estaban los tributos, le apoyaron. «¿Por qué hemos de pagar nosotros (preguntaban), y no tú?». Me avine en ello, pero al mismo tiempo, elevé el precio del aguardiente y he aquí que inmediatamente después me aumentó el impuesto.

Desde aquel momento, la guerra quedó declarada. Yo fingí dirigirme a Neewak y a Tummasook a causa de los derechos tradicionales que tenían; pero Moosu venció creando un clero y dando a aquellos dos hombres cargos elevados. Se le presentaba el problema de la autoridad y lo resolvió como ya antes se había resuelto muchas veces. En ello estribaba mi error. Yo debía haber sido chamán y él jefe; pero lo comprendí demasiado tarde, y en el choque entre el poder espiritual y el temporal llevé yo la peor parte. La controversia persistió pero pronto me dejaron de lado. El pueblo recordaba que él era quien me había ungido, y para ellos estaba claro que mi autoridad dimanaba no de mí, sino de Moosu. Solo unos cuantos fieles se pusieron a mi lado, de los cuales Angeit era el jefe; entretanto, él dirigía el partido popular y hacía correr la voz de que yo pensaba destruirle e imponer mis propios dioses, que eran más inicuos que los suyos. El gran bribón se había adelantado, porque precisamente yo había pensado renunciar a mi monarquía y comenzar una lucha de lo espiritual con lo espiritual. Pero atemorizó al pueblo con las iniquidades de mis dioses, especialmente de uno que él llamaba «Biz-e-Nass», y destruyó un proyecto que yo acababa de esbozar.

Entonces ocurrió que, habiéndome sido simpática, y yo a ella, Klutku, la hija menor de Tummasook, quise entrar en relaciones con ella, pero el antiguo jefe (después de haberle pagado el precio de compra) me rechazó brutalmente y me informó que la tenía elegida para Moosu. Esto era demasiado, y estuve a punto de ir a la cabaña de aquel miserable y matarle; pero recordé que se estaba acabando el tabaco y riendo me volví a casa. Al día siguiente, Moosu hizo ofrendas y descompuso el milagro de los panes y los peces hasta convertirlo en una profecía. Yo, leyendo entre líneas, vi que apuntaba a mi provisión de carne almacenada en los depósitos. El pueblo también lo adivinó, y como no les instaba para que salieran a cazar, permanecieron en casa y se cobraron muy pocos osos y caribús en aquellos días.

Yo había hecho mis planes al ver que no solo el tabaco, sino también la harina y la melaza se estaban terminando. Y además me creí en el deber de

demostrar la sabiduría del hombre blanco y reducir a una profunda miseria a Moosu, a quien se le había indigestado el poder con que le había favorecido. Por tanto, aquella noche me dirigí a mis depósitos de carne y trabajé con tanto desvelo que al día siguiente todos los perros de la aldea daban muestras de una gran indolencia. Nadie sospechó nada, y así fui trabajando cada noche sin descansar. Los perros empezaron a engordar y la gente a enflaquecer. El pueblo murmuraba y pedía la realización de la profecía, pero Moosu quería entretenerlos esperando que aumentase su hambre y presentarse después como más poderoso. Ni siquiera llegó a sospechar la jugarreta que acababa de hacerle vaciando los depósitos.

Cuando todo estuvo dispuesto, envié a la aldea a Angeit y los otros leales, a quienes había alimentado en secreto, encargándoles que convocasen a todos para una asamblea. La tribu se reunió enfrente de mi puerta, en un espacio libre de nieve, en cuyo último término y sobre altísimas estacas se elevaban los depósitos. Moosu acudió también, situándose en el lugar más oculto y más alejado de mí, confiando que yo tendría preparado algún proyecto, dispuesto a apabullarme al primer tropiezo. Pero me levanté, saludándole a él antes que a los otros hombres.

—¡Oh Moosu bendecido de Dios! —Comencé—. Sin duda te ha extrañado que os haya convocado a todos; y, sin duda también, a causa de mis muchas locuras, vas a confundirnos con palabras y con hechos. No lo hagas. Ya es sabido que aquellos a quienes los dioses quieren destruir, antes les vuelven locos. Y yo he estado verdaderamente loco. He contrariado tu voluntad, he escarnecido tu poder y he hecho muchas cosas malas e indebidas. Pero esta noche he sido agraciado con una visión y he comprendido la perversidad de mi proceder. Tú avanzabas como una estrella radiante, con el fuego en tu mirada, y he reconocido en el fondo de mi corazón tu grandeza. Lo he visto todo con claridad. Sé que obedeces las inspiraciones de Dios y que cuando hablas él te escucha. Y he recordado que todas mis buenas obras las he ejecutado por la gracia de Dios y la gracia de Moosu.

—Sí, hijos míos —grité dirigiéndome al pueblo—, todo lo justo y bueno que he realizado ha sido por consejo de Moosu. Cuando le atendía, los negocios prosperaban; y cuando cerraba los oídos y obraba de acuerdo con mi locura, solo hacía disparates. Siguiendo sus consejos hice provisión de carne y en los días malos alimenté a los famélicos. Por su gracia fui elegido jefe. Y ¿qué uso he hecho de mi supremacía? Permitidme que os lo diga. Nada, absolutamente nada. El poder me había trastornado la cabeza y me creía más grande que Moosu, y ahora me pesa. Mi gobierno ha sido imprudente y los dioses están irritados. Por esta razón os veis acosados por el hambre y las madres no pueden amamantar a sus hijos y los pequeñuelos lloran durante toda la noche. Yo, que he endurecido mi

corazón contra Moosu, no sé qué hacer ni cómo resolver todo esto.

Entonces hubo risas y movimiento, y las gentes juntaron las cabezas, y supe que susurraban lo de los panes y los peces. Continué precipitadamente:

—Así fue como me di cuenta de mi locura y de la sabiduría de Moosu, de mi insuficiencia y de sus aptitudes. Y por esto, no estando ya loco, confieso y reconozco mi maldad. Yo puse indebidamente los ojos en Klutku, y he aquí que estaba destinada a Moosu. ¿Acaso puede brillar la luna a la luz del sol? Que Tummasook conserve los bienes que le entregué y que le sea dada espontáneamente a Moosu, a quien Dios ha designado muy justamente como a su dueño y señor.

Aparte de esto, por haber hecho uso imprudente de mis riquezas, y por haberos oprimido, ¡oh hijos míos! Regalo la vasija de petróleo a Moosu, así como el cuello de ganso, el cañón de la escopeta y la caldera de cobre. De este modo no podré hacerme rico, y cuando tengáis sed de aguardiente él os la apagará sin robaros. Porque él es un gran hombre y Dios habla por su boca.

Y ahora siento alivio en mi corazón y me arrepiento de mi locura. Yo que soy un loco e hijo de locos; yo que soy el esclavo de «Biz-e-Nass», el dios malo; yo que veo los estómagos vacíos y no sé con qué llenarlos. ¿Por qué he de ser el jefe y estar por encima de vosotros y gobernaros, para ser vuestra ruina? ¿Por qué habría de hacer esto, que no está bien? Pero Moosu, que es chamán y sabio entre todos, es el indicado para gobernar con magnanimidad y justicia. Y por todo lo que he relatado abduco y cedo mi poder a Moosu, el único que conoce la manera de alimentaros en estos días en que no hay carne en el país.

Entonces se levantó un gran estrépito de aplausos y el pueblo gritó: «*Kloshe! Kloshe!*», que significa «bien». Yo había leído en los ojos de Moosu la angustia de la sorpresa, porque él no podía comprender y temía mi talento de hombre blanco. Me había adelantado a todos sus deseos y estando allí, a pesar de haber renunciado a todo mi poder, él sabía que el momento no era favorable para excitar al pueblo contra mí.

Antes de que se dispersaran anuncié que mientras Moosu no entrase en posesión del alambique, todo el aguardiente que tuviese sería para el pueblo. Moosu trató de protestar, pues nunca había permitido que se bebiese más de lo que cabe en el hueco de la mano, pero ellos gritaron: «*Kloshe! Kloshe!*», y celebraron el acontecimiento delante de mi vivienda. Aún sin haber bebido, todavía

aumentaba la confusión, y al llegar el licor a las cabezas, hablé con Angeit y los otros leales. Indiqué a cada uno su misión y puse en sus bocas las palabras que habían de pronunciar. Después me marché a un lugar oculto detrás del bosque, donde tenía dos trineos bien cargados y dos tiros de perros sin cebar. La primavera se acercaba, la nieve estaba aún dura, así que era la mejor época para emprender el camino del sur. Además, el tabaco se había terminado. Allí esperé confiadamente. Sus perros estaban demasiado gordos y ellos demasiado flacos para poderme alcanzar, aun cuando se lo hubiesen propuesto. Si salían en mi busca, lo harían en sentido contrario, y yo ya lo tenía todo previsto.

Vi llegar corriendo a uno de mis fieles, después otro, y después otro.

—¡Oh, señor, señor! —gritó sin aliento el primero—. En la aldea hay una gran confusión, nadie sabe lo que quiere. Cada uno tiene su opinión. Todos han bebido en exceso, unos tienden los arcos, otros riñen entre sí. Jamás hubo alboroto semejante.

Y el segundo dijo:

—Y yo, según me ordenaste, ¡oh, señor!, murmuré palabras capciosas en oídos sedientos, despertando recuerdos de otros días. La mujer Ipsukuk gime por su pobreza y por la opulencia que ya no tiene. Tummasook piensa en la época en que era jefe, y el pueblo está hambriento y corre furioso de un lado a otro.

Y el tercero:

—Neewak ha destruido los altares de Moosu y ha hecho ofrendas a los dioses que se adoraban antiguamente. Todos recuerdan la riqueza que se deslizaba por su garganta y que ya no poseen. Y primero Esanetuk, que tiene dolor de vientre, se peleó con Klutku, y hubo mucho escándalo. Luego, por ser hijas de la misma madre, riñeron con Tukeliketa. Y finalmente las tres cayeron sobre Moosu, como si cada una de sus manos hubiese sido un torbellino, hasta que se vio obligado a huir de la cabaña, y el pueblo se burló de él. Porque el hombre que no sabe hacerse respetar de sus mujeres es un tonto.

Después llegó Angeit:

—A Moosu le ha ocurrido una gran desgracia, ¡oh, señor!, porque yo he murmurado con más éxito, y el pueblo llegó hasta él diciendo que tenía hambre y pidiendo la realización de la profecía. Hubo gritos de: «*Itlwillie! Itlwillie!*» (carne). Entonces pidió tregua a sus mujeres, que estaban ebrias de furor y de aguardiente,

y condujo a la tribu hacia tus depósitos de carne, pero los depósitos estaban vacíos, no había carne. Allí estaba todo el pueblo sin articular palabra, atemorizado, y en medio del silencio elevé mi voz: «¡Oh, Moosu!, ¿dónde está la carne? Nosotros sabemos que aquí había carne. ¿No la cazamos nosotros y la trajimos hasta aquí? Mentirías si dijeras que un solo hombre se la ha comido; ni siquiera hemos encontrado los cueros y las pieles. ¿Dónde está la carne? ¡Oh, Moosu! Tú que oyes la voz de Dios, ¿dónde está la carne?». Y el pueblo gritó: «Tú que oyes la voz de Dios, ¿dónde está la carne?». Y juntaron las cabezas asustados. Entonces anduve entre ellos y les hablé de cosas terribles y desconocidas: de la muerte, que va y viene como las sombras y lleva la desgracia consigo; hasta que, aterrorizados, gritaron con todas sus fuerzas y se juntaron como niños atemorizados por la oscuridad. Neewak les arengó atribuyendo a Moosu todo el mal que había caído sobre ellos. Cuando hubo terminado de hablar se produjo una terrible conmoción y cogieron lanzas, colmillos de caballo marino, mazas y guijarros. Pero Moosu huyó a su casa, y como no había bebido aguardiente, no pudieron cogerle, pues corrían pesadamente y caían unos encima de otros. Se quedaron aullando fuera de su cabaña, donde se hallan las mujeres de Moosu y con el estrépito no pueden oírle.

—¡Oh, Angeit, te has portado bien! —dije alabando su conducta—. Ahora toma este trineo y corre a la cabaña de Moosu, y antes de que el pueblo borracho se aperciba, hazle subir rápidamente y tráemelo aquí.

Mientras esperé la vuelta de Angeit, di prudentes consejos a los amigos leales. Moosu vino en el trineo, y por las huellas que vi en su cara, comprendí que sus mujeres le habían vapuleado a sus anchas. Pero él echó pie a tierra y cayó a mis pies, sobre la nieve, gritando:

—¡Oh, señor, tú perdonarás a Moosu, tu siervo, por los errores que ha cometido! ¡Tú eres grande! ¡Sin duda me perdonarás!

—Llámame «hermano», Moosu, llámame «hermano» —le reprendí al mismo tiempo que le hacía levantar con la punta de mi sandalia—. ¿Obedecerás siempre?

—Sí, señor —dijo gimoteando—, siempre.

—Entonces colócate aquí, cruzado en el trineo —pasé el látigo de los perros a la mano derecha—, ponte ahí y dirige la cara hacia abajo, hacia la nieve. Date prisa, porque partiremos ahora mismo para el sur.

Y cuando estuvo bien atado, descargué el látigo sobre él, recitando a cada

golpe todas las maldades que me había hecho:

—Esto por tu desobediencia en general, ¡zas! Y esto por tu desobediencia en particular, ¡zas, zas! Y esto por Esanetuk. Y esto por el bienestar de tu alma. Y esto por Klutku. Y esto por los privilegios que has recibido de Dios. Y esto por tus ricas primicias. Y esto por tu impuesto sobre la renta y por los panes y los peces. Y esto por toda tu desobediencia. Y esto, finalmente, para que en adelante andes con cuidado y atención. Ahora cesa de resoplar y levántate. Abróchate las botas de nieve y ve delante, abriendo camino para los perros. ¡Anda, aprisa!

Thomas Stevens sonreía tranquilamente cuando encendió el quinto cigarrillo, enviando al techo nubecillas de humo.

—Pero ¿cómo quedó la gente de Tattarat? —le pregunté—. ¿No fue una crueldad abandonarles con el hambre?

Y Thomas Stevens, riendo, entre dos espirales de humo, contestó:

—¿No les quedaron los perros cebados?

ORO ABUNDANTE

Siendo esta una historia —más real de lo que pudiera parecer— de una región minera, es de esperar que sea una narración de desdichas. Pero esto depende del punto de vista. Desdicha es un calificativo muy suave en lo que a Kink Mitchell y Hootchinoa Bill se refiere; es de dominio público en la región del Yukon que ellos tienen una opinión formada sobre el tema.

Fue en el otoño de 1896 cuando los dos socios bajaron a la orilla este del Yukon y sacaron una canoa de Peterborough de un escondite cubierto de musgo. El aspecto de aquellos dos hombres era realmente desagradable. Después de un verano de exploración, lleno de privaciones y más bien escaso de alimentos, se habían quedado con la ropa hecha jirones y tan consumidos que parecían cadáveres. Dos nubes de mosquitos zumbaban alrededor de sus cabezas. Llevaban el rostro recubierto de arcilla azulada. Cada uno guardaba una provisión de esta arcilla húmeda, y cuando se les secaba y caía de la cara volvían a embadurnársela. Su voz revelaba claramente el descontento, y sus movimientos una irritabilidad que hablaba del sueño interrumpido y de la lucha inútil con aquellos pequeños diablos alados.

—Estos bichos hubieran sido mi muerte —gimoteó Kink Mitchell cuando la canoa, alcanzando la corriente, se apartaba de la ribera.

—¡Ánimo, ánimo! Ya se acabó —contestó Hootchinoa Bill, queriendo hacer cordial su voz fúnebre, que resultaba horrible—. Dentro de cuarenta minutos estaremos en Forty Mile, y entonces... ¡Malditos diablejos!

Una de sus manos soltó el remo y cayó sobre el cogote en un ruidoso cachete. Puso un nuevo emplasto de arcilla en la parte dañada, jurando furioso al mismo tiempo. A Kink Mitchell no le hizo la menor gracia. Únicamente aprovechó la oportunidad para cubrir con otra capa de arcilla su propio cogote.

Cruzaron el Yukon hacia la orilla opuesta, siguieron río abajo remando con desembarazo, y al cabo de cuarenta minutos se deslizaron por la izquierda, rodeando la punta de una isla. Forty Mile se extendió de pronto ante ellos. Los dos hombres se enderezaron y contemplaron el espectáculo. Lo contemplaron larga y

atentamente mientras luchaban con la corriente, formándose en sus semblantes una expresión de consternación y sorpresa. No salía un solo hilo de humo de los centenares de cabañas de troncos. No se oía el ruido de las hachas mordiendo la madera, ni el de martillos y sierras. Delante del gran almacén no se veían hombres ni perros. No había marcos en la ribera, ni canoas, ni barcazas, ni botes de pértiga. El río estaba tan falto de embarcaciones como la ciudad de vida.

—Parece como si hubiese pasado Gabriel haciendo sonar el cuerno y nos hubiese olvidado —advirtió Hootchينو Bill.

Esta observación era casual, como si nada tuviese de extraño, igual que la réplica de Kink Mitchell, quien dijo:

—Parece como si todos hubieran sido Bautistas, hayan cogido los botes y se hubiesen marchado.

—Mi abuelo era Bautista —afirmó Hootchينو Bill—. Y sostenía siempre que por ahí se llegaba antes al cielo.

Amarraron la canoa y treparon por la elevada ribera. Mientras avanzaban por las desiertas calles se fue apoderando de ellos una sensación de miedo. La luz del sol se derramaba plácidamente sobre la ciudad. Un vientecillo suave hacía golpear las cuerdas contra el mástil de la bandera frente a la puerta cerrada del Caledonia Dance Hall. Zumbaban los mosquitos, cantaban los pitirros y correteaban hambrientos los gorriones entre las cabañas; pero no había ningún vestigio de vida humana.

—Me estoy muriendo de sed —dijo Hootchينو Bill, y su voz inconscientemente bajó de tono hasta convertirse en un ronco murmullo.

Su compañero asintió con la cabeza para que su voz no perturbara la quietud. Andaban aprisa en medio de aquel silencio angustioso, cuando vieron con sorpresa una puerta abierta. Encima de ella, ocupando toda la anchura del edificio, un tosco cartel anunciaba: «Monte-Carlo». Junto a la puerta, un hombre tomaba el sol con el sombrero sobre los ojos y la silla inclinada hacia atrás. Era un anciano. Tenía la barba y el cabello blancos, largos y patriarcales.

—¡Juraría que es el viejo Jim Cummings que vuelve como nosotros aunque demasiado tarde para la Resurrección! —dijo Kink Mitchell.

—¡Es más probable que no haya oído el cuerno de Gabriel! —sugirió

Hootchينو Bill

—¡Hola, Jim! ¡Despierta! —le gritó.

El viejo se levantó con torpeza, parpadeó y murmuró automáticamente:

—¿Qué desean los caballeros? ¿Qué desean? Entraron tras él y se colocaron junto al largo mostrador, donde en otros tiempos media docena de activos camareros apenas podían descansar. El gran salón, ordinariamente lleno de bullicio y de gente, estaba silencioso y oscuro como una tumba. No se oía ruido de vasos ni el rodar de las bolas de marfil. Las mesas de ruleta y de faraón se hallaban bajo sus fundas de lona, que parecían losas sepulcrales. Ya no salían del salón de bailes alegres voces femeninas. El viejo Jim Cummings limpió un vaso con sus manos de paralítico, y Kink Mitchell garabateó sus iniciales en el polvo que cubría el mostrador.

—¿Dónde están las chicas? —preguntó Hootchينو Bill con afectada alegría.

—Se han marchado —respondió el anciano con una voz tan débil y vieja como él y tan insegura como sus manos.

—¿Dónde están Bidwell y Barlow?

—Se han marchado.

—¿Y Sweetwater Charley?

—Se ha marchado.

—¿Y su hermana?

—También se ha marchado.

—¿Entonces tu hija Sally y su pequeño?...

—Se han marchado. Todos se han marchado.

El viejo movió la cabeza tristemente, buscando distraído entre las botellas polvorientas.

—¡Gran Calavera! ¿Adónde? —estalló Kink Mitchell, no pudiendo

contenerse ya—. ¿Por qué no dices que habéis tenido una epidemia?

—¿Por qué te impacientas? —dijo el viejo riendo tranquilamente—. Se han ido todos a Dawson.

—¿Y eso qué es? —preguntó Bill—. ¿Una cueva, un bar, una plaza?

—¿No habéis oído nunca hablar de Dawson, eh? —replicó el viejo riendo un poco exagerado—. Pues Dawson es una ciudad, una ciudad mayor que Fort Mile. Sí, señor, mayor que Forty Mile.

—Siete años hace que estoy en el país —anunció enfáticamente Bill—, y confieso que nunca he oído nombrar ese lugar hasta ahora. Danos un poco más de este *whisky*. Tus explicaciones me han sorprendido. Ahora dinos, ¿dónde se halla ese Dawson de que hablas?

—En la gran llanura que hay en las bocas del Klondike —respondió el viejo Jim—. Pero ¿dónde habéis estado este verano?

—No te preocupes por eso —respondió malhumorado Kink Mitchell—. Es un sitio donde había tal cantidad de mosquitos que para ver el sol y saber la hora había que dar palos en el aire. ¿No es así, Bill?

—Eso mismo —dijo el interpelado—. Pero volviendo a Dawson, ¿dónde está, Jim?

—Estaba en la orilla de una ensenada llamada Bonanza, pero ahora allí no queda piedra sobre piedra.

—¿Quién lo destruyó?

—Carmack.

Al oír mencionar el nombre del explorador, los dos socios se miraron disgustados. Después entornaron los ojos con suficiencia.

—Siwash George —dijo Hootchينو Bill resoplando.

—Aquel indio... —añadió Kink Mitchell con desprecio.

—Yo no me pondría las sandalias para explorar los lugares que él hubiese

descubierto —dijo Bill—. Un tipo tan holgazán que no es capaz de ir a pescar su salmón. Por eso se contentó con los indios. Supongo que aquel negro cuñado suyo (creo que se llamaba Skookum Jim, ¿eh?), supongo que estará allí también.

El viejo movió la cabeza afirmativamente.

—Está allí todo Forty Mile, excepto yo y algunos inválidos.

—Y los borrachos —añadió Kink Mitchell.

—¡No, señor! —gritó enérgicamente el anciano.

—Apuesto a que el borracho Honkins no se ha ido —dijo Hootchينو Bill.

El semblante del viejo Jim se iluminó enseguida.

—Bill, te tomo la palabra y has perdido.

—Pero ¿ha salido de Forty Mile esa vieja cuba? —preguntó Mitchell.

—Le ataron y lo echaron en el fondo de una barcaza —explicó el viejo Jim—. Entraron aquí y le cogieron de encima de aquella mesa del rincón, y a otros tres borrachos que encontraron debajo del piano. Os digo que todos se fueron a Dawson por el Yukon: mujeres, chiquillos, niños de pecho, toda la población. Sam Scratch se marchó el último. Bidwell vino y me dijo: «Jim, quiero sacarte del *Monte-Carlo*. Yo me voy». «¿Dónde está Barlow?», le dije. «Se ha marchado, y yo le sigo con un cargamento de *whisky*». Y sin esperar a nada, corrió hacia el bote y se marchó, remando río arriba como un loco. Aquí me he quedado, y estas son las primeras bebidas que despacho desde hace tres días.

Los dos compañeros se miraron.

—¡Maldita sea! —dijo Hootchينو Bill—. Este se parece a nosotros, Kink. Es de los que siempre llegan con un tenedor cuando llueven sopas.

—¿No se les ocurriría también arrastrarnos? —dijo Kink Mitchell—. Yo no quiero nada con novatos, borrachos y ganapanes.

—Ni con indios —añadió Bill.

—Mineros de verdad, como tú y yo, Kink —prosiguió en tono de

suficiencia—, que sepan sudar por el camino de Birch Creek ya no quedan. No hay un solo minero de veras entre toda esa inútil guarnición de Dawson, y lo repito, yo no daría un paso por ver ningún descubrimiento de ese Carmack. Antes tendría que ver el color del polvo.

—Lo mismo digo yo —convino Mitchell—. Echemos otro trago.

Habiendo tomado esta determinación, ataron la canoa a la orilla, transportaron el contenido a su cabaña y se pusieron a guisar. Pero según avanzaba la tarde aumentaba su inquietud. Eran hombres acostumbrados al silencio de los grandes desiertos. Pero, en una ciudad, este silencio de muerte les atormentaba. Se sorprendieron acechando algún sonido familiar, esperando cualquier ruido casual, como había dicho Bill. Fueron vagando por las calles desiertas hasta llegar al *Monte-Carlo*, donde bebieron otra copa, y se fueron a dar un paseo por la ribera, hacia el desembarcadero de los vapores, donde borboteaba el agua agitada por los remolinos, y de vez en cuando algún salmón saltaba, brillando a la luz del sol.

Se sentaron a la sombra, frente a los almacenes, y hablaron con el guardián, un hombre tuberculoso que en su misma presencia dio pruebas de su propensión a la hemorragia. Bill y Kink le comunicaron su propósito de pasar unos días en la cabaña y descansar después del rudo trabajo del verano. Le dijeron con cierta insistencia que lo mismo podía ser una verdad que una contradicción, lo mucho que iban a gozar con la ociosidad. Pero el guardián no se interesaba. Llevó de nuevo la conversación hacia el descubrimiento del Klondike, y ya no pudieron sacarle de este tema. No podía pensar en nada más, ni hablar de otra cosa, hasta que Hootchinoo Bill se levantó, colérico y fastidiado.

—¡Maldito Dawson, digo yo! —gritó.

—Y yo también —dijo riendo Kink Mitchell—. Cualquiera creería que allí se hace algo, cuando no hay más que una cuadrilla de tontos.

Pero por la parte baja del río vieron llegar un bote. Era largo y estrecho. Pasó rozando la orilla, y sus tres tripulantes, puestos de pie, lo impulsaron contra la ruda corriente mediante los largos remos.

—Gente de Circle City —dijo el guardián—. Desde donde vienen hasta Forty Mile hay ciento setenta millas. Pero ¡anda, qué bien han aprovechado el tiempo!

—Nos sentaremos aquí para observarles —dijo complaciente Bill.

Mientras hablaba vieron llegar otro bote, seguido poco después de otros dos. Entretanto, el primer bote se deslizaba a lo largo de la orilla. Sus ocupantes no cesaban de remar mientras se intercambiaban saludos, y aunque no avanzaban mucho, media hora después se había perdido de vista río arriba.

Y seguían llegando más botes, uno detrás de otro, en interminable procesión. El desasosiego de Kink y de Bill aumentaba. Se observaban atentamente, con disimulo, y cuando sus ojos se encontraban, los desviaban turbados. No obstante, acabaron por encontrarse y ya no los desviaron.

Kink abrió la boca para hablar, pero le faltó la palabra y permaneció con la boca abierta mientras seguía mirando a su compañero.

—Precisamente eso es lo que yo pensaba, Kink —dijo Bill.

Cambiaron unas muecas incoherentes, y por un acuerdo tácito se levantaron y se fueron. Apresuraron el paso tanto que, cuando llegaron a su cabaña, iban corriendo.

—No tenemos tiempo que perder con esa multitud que se precipita hacia allá —dijo Kink con voz alterada, al tiempo que metía atolondradamente con una mano el tarro de la levadura en la olla de las habas y con la otra cogía la sartén y la cafetera.

—No digo que no —respondió Bill, con la cabeza y los hombros hundidos en un paso de viaje donde había provisión de calcetines y ropa interior—. Kink, no olvides el salero, está en el rincón del estante, detrás de la estufa.

Media hora después habían botado al agua la canoa y la cargaban, mientras el guardián del almacén hacía jocosas observaciones acerca de los pobres mortales y del contagio de la «fiebre exploradora». Pero cuando Kink y Bill hundieron sus largos remos y dirigieron la canoa hacia la corriente, les gritó:

—¡Ea, buen viaje! ¡Y no olvidéis de encender una hoguera o dos para mí!

Movieron vigorosamente la cabeza y compadecieron al pobre diablo que se quedaba allí contra su voluntad.

Kink y Bill sudaban de veras. Según la Escritura del Norte, el más rápido es el que halla el oro, el fuego de las hogueras es para el más fuerte, y la Corona de la realeza reúne la plenitud de todas estas cosas. Kink y Bill eran ambos ágiles y

fuertes. Empezaron la marcha por el río con movimientos largos e impetuosos que descorazonaron a un par de novatos que trataban de seguirles. Detrás de ellos formaba hilera la vanguardia de la guarnición de Circle City. En la carrera desde Forty Mile los dos socios habían adelantado a todas las canoas, alcanzando al primer bote en el remolino de Dawson, y en el momento en que pusieron pie a tierra habían dejado a sus tripulantes a una distancia lamentable.

—¡Oh, el humo les impide vernos! —dijo Hootchinoo encantado, secándose el sudor de la frente y mirando rápidamente a lo largo de la ruta que acababan de recorrer.

Tres hombres salieron del lugar en que el camino se metía entre los árboles. Otros dos les seguían de cerca, y luego aparecieron un hombre y una mujer.

—¡Corre, Kink! ¡Cógela, cógela!

Bill apresuró el paso. Mitchell miró hacia atrás con más detención.

—¡Me parece que están rasgados!...

—Aquí hay uno que se ha soltado ya —dijo Bill señalando a un lado del camino.

Un hombre yacía sobre la espalda, jadeante, en el último extremo del agotamiento. Tenía el rostro pálido, los ojos enrojecidos y vidriosos, y todo su aspecto era el de un moribundo.

—¡*Chechaquo!* —Gruñó Kink Mitchell, y este gruñido era el mismo que dirigía al principiante, al «rostro pálido» y al hombre que con aptitudes para prosperar perdía el tiempo en trabajos de poca monta.

Los dos compañeros, fieles a su antigua costumbre, habían intentado arriesgarse desde allí bajando por el río; pero cuando vieron clavado en un árbol un aviso de que todo aquello estaba acotado y que decía *81 más abajo* (ocho millas largas más abajo de Discovery), cambiaron de parecer. Cubrieron las ocho millas en menos de dos horas. Aquel paso por una senda tan áspera era extenuante, y dejaron atrás a varios grupos de hombres exhaustos que habían caído fuera del camino.

En Discovery, la ensenada superior, no había indicación alguna. El indio Skookum Jim, cuñado de Carmack, tenía una vaga idea de que en ella había

estacas hasta la altura de la 30.a, pero cuando Kink y Bill vieron las estacas de propiedad en los ángulos que indicaban 79 *más arriba*, se descargaron de las mochilas y se sentaron a fumar. Todos sus esfuerzos habían sido vanos. El Bonanza tenía estacas desde su desembocadura hasta su fuente... «está tomado todo lo que alcanza la vista y hasta la vertiente próxima», se lamentaba Bill aquella noche mientras freían el tocino y hervían el café sobre el fuego de Carmack, en Discovery.

—Probad por este cachorrillo —sugirió Skookum a la mañana siguiente.

Este «cachorrillo» era un ancho arroyo que desembocaba en el Bonanza cerca de 7 *más arriba*. Los compañeros recibieron este consejo con el magnífico desprecio con que el indio ve al rostro pálido. Pasaron el día en el arroyo de Adam, otro afluente del Bonanza; y siempre la misma historia: estacas hasta el confín del horizonte.

Durante tres días Skookum repitió el consejo, y durante tres días lo recibieron desdeñosamente. Pero al cuarto, no sabiendo ya adonde ir, subieron por aquel «cachorrillo». Sabían que no estaba estacado, pero no tenían intención de hacerlo. El viaje lo hacían más con el propósito de desahogar su mal humor que por otra cosa. Habían llegado a hacerse completamente cínicos, escépticos. Se burlaban y mofaban de todo e insultaban a todos los *chechaquos* que encontraban por el camino.

En el *número 23* terminaban las estacas. El resto de la ensenada quedaba libre para poder ocuparse.

—Pasto de antílopes —dijo burlón Kink Mitchell.

Pero Bill se apartó unos quinientos metros del riachuelo y prendió fuego a las estacas del ángulo. Había recogido el fondo de una caja de velas, y en la parte lisa escribió este anuncio para colgarlo en la estaca del centro.

Este pasto de antílopes está reservado

para los suecos y «chechaquos».

Bill Rader

Kink lo leyó, aprobándolo, y dijo:

—Como soy de la misma opinión, estimo que también yo debo firmar.

Así pues, se añadió el nombre de Charles Mitchell al anuncio, y aquel día muchos viejos rostros pálidos se detuvieron ante aquella obra.

—¿Cómo va el cachorrillo? —inquirió Skookum cuando regresaron al campamento.

—¡Al infierno con los cachorros! —replicó Hootchينو Bill—. Yo y Kink iremos en busca de Oro Abundante cuando hayamos descansado.

Oro Abundante era la ensenada fabulosa con que soñaban todos los rostros pálidos, donde se decía que el oro era tan abundante, que para lavarlo había que echar la arena con una pala a las esclusas. Pero el descanso de varios días que debía preceder a la busca de Oro Abundante trajo consigo un ligero cambio a sus planes al hacer aparición un sueco llamado Ans Handerson.

Ans Handerson había sido jornalero durante todo el verano en Miller Creek, más arriba de Sixty Mile, y una vez concluida la estación, había errado desamparado y a la ventura por Bonanza, lo mismo que otros muchos expertos en la busca de oro, que recorrían el país en todas direcciones. Era alto y delgado. Tenía los brazos largos como un hombre prehistórico, y sus manos, que parecían platos soperos, estaban torcidas y nudosas, con las articulaciones desarrolladas por el trabajo. Era lento de palabra y movimientos, y sus ojos, de un azul tan pálido como el amarillo de su cabello, parecían llenos de un sueño inmortal, cuya esencia nadie conocía y él menos que nadie. Tal vez esta apariencia de sueño inmortal era debida a una suprema y vacua inocencia. Al menos este es el concepto que de él tenían formado los hombres de arcilla vulgar; y en la composición de Hootchينو Bill y Kink Mitchell no había nada de extraordinario.

Los dos socios habían pasado el día entre visitas y chismorreos, y por la noche habían encontrado en el alegre barrio del *Monte-Carlo* una gran tienda, donde los buscadores de oro daban descanso a sus huesos fatigados y se vendía mal *whisky* a un dólar la copa. Pero como la única moneda que circulaba era el polvo de oro, y como la casa ponía el «peso bajo» en la balanza, una copa costaba algo más de un dólar. Bill y Kink no bebían por la razón fundamental de que el único saco que poseían en común no era lo bastante fuerte para resistir muchas

excursiones a la balanza.

—Mira, Bill, he tenido en vilo a un *chechaquo* por un saco de harina — anunció Mitchell alegremente.

Bill le miró, interesado y complacido. La comida andaba escasa, y no estaban muy sobrados de provisiones para salir en busca de Oro Abundante.

—La harina vale un dólar la libra —repuso—. ¿Qué cálculos hiciste para meterte en esto?

—Vendemos la mitad de nuestros derechos sobre la concesión —respondió Kink.

—¿Qué concesión? —preguntó Bill, sorprendido. Entonces recordó la restricción que había hecho para los suecos, y dijo—: ¡Oh!

—Yo no sería tan exigente acerca de ello —añadió—. Dalo todo, mientras puedas, con mano ancha.

Bill movió la cabeza.

—Si lo hiciese así sacarían tajada sin ensuciarse las manos. Yo creo que, si la gente piensa que la tierra vale algo, les podemos dejar la mitad porque estamos terriblemente escasos de medios.

—Falta que alguien se fije en nuestro anuncio —objetó Bill, a pesar de que estaba sinceramente complacido ante la perspectiva de cambiar la concesión por un saco de harina.

—Es el número 24 y continúa en pie —aseguró Kink—. Los *chechaquos* lo tomaron en serio, y empezaron a estacar de allí en adelante. También estacaron por completo hasta más allá de la división. Yo lo estaba observando, y vi a uno de ellos que lo tomó con tanto entusiasmo que le dieron calambres en las piernas.

Entonces fue cuando oyeron por primera vez el hablar lento y chapurreado de Ans Handerson.

—Me gusta esa perspectiva —decía al cafetero—. Yo creo que ya tengo una concesión.

Los dos socios cambiaron una seña, y pocos minutos después un sueco admirado y agradecido bebía mal *whisky* con dos extranjeros de duro corazón. El saco hacía frecuentes viajes a la balanza, seguido cada vez por los solícitos ojos de Kink Mitchell, sin que Ans Handerson perdiera terreno. En sus ojos azul pálido, como el mar en verano, flotaban y ardían sueños infinitos debidos más a las historias de oro y a los proyectos esbozados que oía, que al *whisky* que tan fácilmente corría por su garganta.

Hootchinoo y Kink estaban desesperados, pero se mostraban parlanchines y se movían alegremente.

—No se preocupe de mí, amigo —decía entre hipos Hootchinoo Bill, con la mano puesta sobre el hombro de Ans Handerson—. Beba otra copa. Precisamente, estamos celebrando el cumpleaños de Kink. Este es mi socio, Kink, Kink Mitchell. Y usted, ¿usted cómo se llama?

Su mano cayó retumbando sobre la espalda de Kink, y este fingió un torpe dominio de sí mismo, ya que por el momento era el festejado, mientras Ans Handerson, que parecía complacido, les ofrecía unas copas. Cuando mayor era el entusiasmo, aprovechó Kink la primera oportunidad para hablar privadamente con Bidwell, propietario de aquel mal *whisky* y de la tienda.

—Ahí va mi saco, Bidwell —dijo Kink con la seguridad e intimidad de viejos amigos—. Que por un día o algo así pese cincuenta dólares, y Bill y yo seremos tuyos en cuerpo y alma.

Después de esto los viajes a la balanza fueron más frecuentes y la celebración del cumpleaños de Kink se hizo más ruidosa. Hasta trató de cantar la clásica canción *El juicio de la fruta prohibida*; pero no le salió bien y ahogó su turbación en otra ronda de *whisky*. Hasta Bidwell les obsequió con un par de rondas por cuenta de la casa; y él y Bill estaban decentemente borrachos cuando a Ans Handerson empezaron a cerrársele los párpados y su lengua pareció que iba a desatarse.

Bill se mostró más afectuoso y después confidencial. Contó sus apuros y su mala estrella al cafetero y al mundo en general, y a Ans Handerson en particular. No necesitó de gran fuerza histriónica para representar su papel. El mal *whisky* se encargó de ello. Sintió una verdadera pena por él y por Bill, y sus lágrimas eran sinceras cuando dijo que su socio y él pensaban vender la mitad de sus derechos sobre una buena concesión solo porque andaban escasos de fondos.

Hasta Kink le escuchaba y le creía.

Y los ojos de Ans Handerson brillaron cruelmente cuando preguntó directamente a sus interlocutores:

—¿Cuánto pensáis pedir?

Bill y Kink no le oyeron, y se vio obligado a repetir la pregunta. Ellos mostraron cierta repugnancia. Handerson se enardeció. Paseaba de arriba a abajo, se dirigía hacia el mostrador y esperaba atentamente, en tanto que ellos conferenciaban aparte, disputando sobre si debían vender o no, y fingiendo no estar de acuerdo en el precio que debían pedir.

—Doscientos... ¡hic!... cincuenta —anunció Bill finalmente—. Pero creemos que no debemos vender.

—Es monstruoso, digo yo, si se me permite dar mi opinión —secundó Bidwell.

—Sí, verdaderamente —añadió Kink—. No es este un negocio de caridad, y no estamos para abandonarlo generosamente en manos de suecos.

—Me parece que podríamos beber otra copa —dijo Ans Handerson cambiando de asunto astutamente, en espera de otra ocasión más propicia.

Y después, para suscitar esta ocasión favorable, su propio saco empezó a correr desde el bolsillo hasta la balanza. Bill y Kink se pusieron en guardia; pero finalmente se rindieron a sus halagos. Luego Ans Handerson, adoptó una actitud más reservada y se llevó aparte a Bidwell. Vacilaba lamentablemente y se apoyó en Bidwell al preguntar:

—¿Crees que son cabales estos hombres?

—Sin duda alguna —respondió calurosamente Bidwell—. Les conozco hace años. Viejos «rostros pálidos». Cuando venden una concesión, la venden. No son unos farsantes.

—Creo que compro —anunció Ans Handerson mientras se dirigía tambaleándose hacia los dos hombres.

Pero en aquel momento, como si estuviese soñando profundamente, dijo

que quería toda la concesión o nada. Esto causó gran pena a Hootchinoa Bill. Disertó elocuentemente contra la «avidez» de los *chechaquos* y suecos, si bien entre frase y frase cabeceaba; su voz se fue debilitando hasta convertirse en un estertor y finalmente hundió la cabeza en el pecho. Pero aunque Kink y Bidwell le hicieron gestos, él no dejaba de lanzar su descarga de ultrajes e insultos.

A pesar de todo, Ans Handerson conservaba la calma. Cada insulto añadía valor a la concesión. Tan desagradable resistencia a vender solo le indicaba una cosa bien favorable, y sintió un gran alivio cuando Hootchinoa Bill cayó al fin al suelo roncando y se quedó libre para dirigir su atención hacia el otro socio, este menos intratable.

Kink Mitchell era más fácil de persuadir, aunque era un pobre matemático. Lloraba lastimeramente, pero consintió en vender la mitad de los derechos por doscientos cincuenta dólares, o bien todos por setecientos cincuenta. Ans Handerson y Bidwell se esforzaron en aclarar sus ideas erróneas respecto de las fracciones; pero fue en vano. Derramó lágrimas y lamentos por todo el bar y sobre el pecho de aquellos hombres; mas las lágrimas no borraron su opinión de que si una mitad valía doscientos cincuenta, dos mitades debían valer tres veces más.

Al fin —y el mismo Bidwell no recordaba sino muy vagamente cómo había terminado la noche— se extendió un contrato de venta mediante el cual Bill Rader y Charles Mitchell cedían todo derecho y título a la concesión conocida con el nombre de *24 Eldorado*, nombre que recibió el arroyo de algún *chechaquo* optimista.

Cuando hubo firmado, fueron necesarios los esfuerzos de los tres hombres para levantar a Bill. Con la pluma en la mano recorrió todo el documento, y cada vez que oscilaba hacia atrás o hacia delante, en los ojos de Ans Handerson se encendía y se apagaba una maravillosa visión de oro. Cuando al fin, la preciosa firma estuvo incorporada y el polvo pagado del todo, suspiró profundamente y se tumbó a dormir debajo de una mesa, donde soñó cosas inmortales hasta que amaneció.

Pero el día era frío y gris. Se sintió mal. Su primer movimiento, inconsciente y automático, fue palpar el saco, y su ligereza le sobresaltó. Después, poco a poco los recuerdos de la noche se fueron amontonando en su cerebro. Distrajéronle unas voces rudas. Abrió los ojos y salió de debajo de la mesa. Una pareja de madrugadores, o más bien de hombres que habían estado de camino toda la noche, vociferaban sobre la absoluta carencia de valor de la ensenada de Eldorado. Se asustó, palpó el bolsillo, y halló el título de propiedad de *24 Eldorado*.

Diez minutos después, un sueco enfurecido sacaba de entre las mantas a Hootchinoo Bill y a Kink Mitchell, y se empeñaba en devolverles un trozo de papel sucio y emborronado.

—Yo creo que me devolvéis mi dinero —dijo en su jerga—. Yo creo que me devolvéis mi dinero.

Había lágrimas en su voz y en sus ojos. Y cuando se arrodilló ante ellos defendiéndose e implorando, rodaron abundantes por sus mejillas. Pero Bill y Kink no se rieron. Para ello hubiese sido menester corazones más duros que los suyos.

—Es la primera vez que oigo chillar a un hombre por haber comprado una mina —dijo Bill—. Y lo digo francamente, me parece imposible.

—Lo mismo digo yo —advirtió Kink Mitchell—. Los negocios de minas son como los tratos de caballos.

Era sincero su asombro. Ellos no se creían capaces de lamentarse por haber hecho una transacción, así que no lo comprendían en otro hombre.

—¡Infeliz *chechaquo*! —murmuró Hootchinoo Bill mientras miraban al pobre sueco desaparecer por el camino.

—Esto no es Oro Abundante —dijo Kink Mitchell.

Y antes de que terminara el día, compraron harina y tocino a precios exorbitantes con el polvo de Ans Handerson y abandonaron la comarca, en dirección de los arroyos que se hallan entre el Klondike y el Indian River.

Tres meses después volvían a pasar por allí, en medio de un temporal de nieve, y se extraviaron por el camino de *24 Eldorado*. Fue mera casualidad su paso por este paraje. No iban en busca de la concesión, y a través de la blancura no se dieron cuenta de que andaban cerca hasta que pusieron el pie en ella. Y entonces se despejó el aire y vieron un hoyo que un hombre llenaba valiéndose de una polea. Vieron también cómo sacaba de un agujero un cubo lleno de arena y lo inclinaba en el borde del hoyo. Asimismo vieron a otro hombre, que les era conocido, y que llenaba otra vasija con la arena recién sacada. Tenía las manos grandes, el cabello de un rubio pálido. Pero antes de que pudieran alcanzarle, se había alejado con la vasija en dirección hacia la cabaña. No llevaba sombrero, y la nieve que le resbalaba por el cuello era en gran parte la causa de su prisa. Bill y Kink corrieron tras él y le sorprendieron en la cabaña arrodillado junto a la estufa, lavando la

arena del recipiente en un cubo de agua. Estaba tan absorto, que no se percató de que alguien había entrado en la cabaña. Se quedaron detrás de él mirando lo que hacía. Imprimía al cubo un movimiento circular, deteniéndose a veces para recoger con los dedos las partículas mayores de arena. El agua estaba turbia, y con la vasija hundida en ella no podían ver el contenido. De pronto levantó la vasija y tiró el agua con un gesto rápido. En el fondo se vio una masa amarilla que parecía manteca encerrada en una mantequera.

Hootchينو Bill tragó saliva. Nunca en su vida había soñado con una prueba tan rica.

—¡Vaya un espesor, amigo! —dijo con aspereza—. ¿Cuánto crees que puede haber?

Ans Handerson no levantó la vista al replicar:

—Yo creo que cincuenta onzas.

—Entonces, debes ser inmensamente rico, ¿eh?...

Ans Handerson bajó más la cabeza, ocupado en levantar las últimas partículas de arena, pero respondió:

—Creo que valgo quinientos mil dólares.

—¡Diablo! —dijo Hootchينو Bill con respeto.

—Sí, Bill, ¡diablo! —repitió Kink Mitchell.

Y salieron despacio, cerrando la puerta tras ellos.

LA PESTE ESCARLATA

I

El sendero transcurría por donde en otro tiempo había sido terraplén de la vía del ferrocarril, pero hacía muchos años que no pasaba ningún tren por allí. La selva, como una ola verde, había invadido los declives laterales, acabando por coronarlo de árboles y matorrales. Aquella senda, por donde solo se deslizaban las fieras, tenía el ancho de un cuerpo humano. Algún trozo de herrumbre asomando de vez en cuando entre la tierra recordaba la existencia de rieles y traviesas. Un árbol de diez pulgadas de diámetro había crecido entre una junta, levantando el extremo del hierro. La viga, evidentemente sujeta a este por un tornillo había seguido al raíl, dejando un hueco que pronto se había rellenado de arena y hojarasca; y ahora el madero desgajado y carcomido ofrecía un aspecto curioso. A pesar del tiempo transcurrido se advertía que la vía había sido de un solo raíl.

Por este sendero caminaban un anciano y un muchacho. Andaban despacio, pues el primero, que era muy viejo y de temblorosos movimientos de epiléptico, se apoyaba pesadamente en un bastón. Protegía su cabeza de los rayos del sol con un gorro burdo de piel de cabra bajo el cual asomaba una franja de pelo blanco escaso y sucio. Una visera confeccionada ingeniosamente con una gran hoja le resguardaba los ojos, y por debajo miraba el viejo con sumo cuidado dónde ponía los pies. La barba, que debiera haber sido de blancura nívea, pero que denotaba la misma falta de agua y abandono que el cabello, le cubría hasta casi la cintura como una gran masa enmarañada. Cubría los hombros y el pecho solo con una zamarra estropeadísima de piel de cabra. Los brazos y piernas flacos y marchitos indicaban una edad muy avanzada; por los atezados, por las muchas cicatrices y rasguños de que estaban cubiertos se adivinaba que llevaban largos años expuestos a los elementos.

El muchacho, que andaba delante moderando el ímpetu de sus músculos para ajustar su paso al del anciano, vestía también una prenda consistente en un trozo deshilachado de piel de oso con un agujero en el centro por el que había pasado la cabeza. No aparentaba más de doce años. Sobre la oreja llevaba con mucha coquetería un rabo de cerdo recién cortado. En una mano sostenía un arco

no muy grande y una flecha, de las que traía una aljaba llena colgando a la espalda. Llevaba una correa alrededor del cuello, y colgando de ella una vaina por la que asomaba el mango abollado de un cuchillo de caza. Su piel era del color de la baya y caminaba lentamente con movimientos felinos. Contrastaban notablemente con su cutis atezado sus ojos azules, de un azul profundo pero agudos y penetrantes como puñales y que parecían explorar todo cuanto les rodeaba. Mientras andaba olfateaba las cosas llevando así al cerebro, a través de la nariz dilatada y palpitante, una serie infinita de señales del mundo exterior. El oído estaba también tan adiestrado, que actuaba automáticamente. Sin esfuerzo consciente, en medio de la aparente quietud, percibía los sonidos más sutiles, y no solo los percibía, sino que los distinguía y clasificaba: lo mismo el rozar del viento al deslizarse entre las hojas, que los zumbidos de abejas y mosquitos; el rumor lejano del mar, que llegaba hasta él como un murmullo, y el gruñido del *gopher* oculto bajo sus pies y cuya madriguera se adivinaba únicamente por un montículo de tierra junto a la entrada.

De pronto, se alertó poniendo en tensión todos sus sentidos. El oído, la vista y el olfato le habían advertido simultáneamente. Su mano retrocedió hacia el anciano y ambos se detuvieron. Frente a ellos, a un lado de la cima del terraplén, se oyó un crujido, y la mirada del muchacho quedó fija en los matorrales. Entonces apareció ante sus ojos un gran oso pardo que también se detuvo súbitamente a la vista de los hombres. No debió agradaarle este encuentro porque los acogió con un largo gruñido. Lentamente puso el muchacho la flecha en el arco y, sin apartar los ojos del oso, con igual lentitud tendió la cuerda. El viejo miraba el peligro por debajo de la hoja verde y permanecía tan quieto como el niño. Se observaron mutuamente durante unos segundos y después, viendo la creciente irritación del oso, el muchacho, con un movimiento de cabeza, indicó al viejo que debía apartarse del camino y bajar al otro lado del terraplén. Él le siguió andando hacia atrás y con el arco siempre tendido y dispuesto. Así permanecieron, hasta que un crujido en el lado opuesto les advirtió que el oso había pasado de largo. Cuando volvieron a caminar, el chico refunfuñó:

—Un oso muy grande, abuelo.

El viejo asentía con la cabeza.

—Cada día hay más —se lamentó con voz débil y apenas perceptible—. ¡Quién hubiese pensado que había de llegar el tiempo en que un hombre correría peligro en el camino de Cliff-House! Cuando yo era pequeño, Edwin, hombres y mujeres y hasta niños solían venir aquí a millares, desde San Francisco, si hacía

buen tiempo. Y entonces no había osos. No, señor. Se pagaba dinero por verlos encerrados en jaulas, tan escasos eran.

—¿Qué es dinero, abuelo?

Antes de que el viejo pudiese contestar, el muchacho, recordando de pronto, metió triunfante la mano en la bolsa que llevaba debajo de la piel de oso y sacó un dólar de plata, deslucido y abollado. Los ojos del anciano brillaron al acercarse a ellos la moneda.

—No puedo ver —murmuró—. Mira si puedes distinguir la fecha, Edwin.

El chico se reía.

—¿Qué cosas tienes, abuelo, queriendo hacerme creer que estas pequeñas marcas indican algo.

Mostró el anciano su acostumbrada tristeza al acercarse de nuevo la moneda a los ojos.

—2012 —chilló al fin de un modo grotesco—. Este es el año en que Morgan V fue nombrado presidente de los Estados Unidos por el Consejo de Magnates. Debió de ser una de las últimas monedas que se acuñaron, porque la Peste Escarlata ocurrió en 2013. ¡Señor! ¡Señor! ¡Quién lo hubiera pensado! ¡Solo hace sesenta años, y soy el único superviviente de aquellos tiempos! ¿Dónde la encontraste, Edwin?

El muchacho, que lo estaba escuchando con esa tolerante curiosidad que se concede a la charla de los pobres de espíritu, respondió rápidamente:

—Hoo-hoo me la dio. La encontró cerca de San José, cuando cuidaba las cabras, la primavera pasada. Hoo-hoo dijo que era «dinero». ¿Tienes hambre, abuelo?

El viejo empuñó el bastón con más fuerza y apresuró el paso, con los ojos brillantes de avidez.

—Espero que Hare-Lip haya encontrado un cangrejo... o dos —murmuró—. Saben bien los cangrejos, sobre todo cuando faltan los dientes y se tienen nietos que quieren a su abuelo y se esfuerzan por cogerle cangrejos. Cuando yo era pequeño...

Pero Edwin se detuvo súbitamente ante algo que le llamó la atención, tendiendo la cuerda del arco, dispuesto ya con la flecha. Se había detenido junto a una hendidura del terraplén. Había allí una antigua zanja, y el río, sin nada que lo interceptara, se había abierto paso por la cavidad. En la otra orilla colgaba el extremo de un raíl. Se le veía enmohecido a través de las plantas trepadoras que lo cubrían. Más allá, agazapado junto a una mata, le observaba un conejo con temblorosa incertidumbre. La distancia era de cincuenta metros, pero la flecha voló certera, y el conejo, herido, chillando de miedo y de dolor, se internó penosamente en el bosque. Al bajar de un salto el áspero muro de la hendidura y subir por el lado opuesto, el muchacho no parecía sino una mancha de tostada epidermis envuelta en una piel flotante. Sus finos músculos eran cuerdas de acero que se distendían en movimientos gráciles y eficientes. Cien pasos más lejos, entre los matojos, descubrió al animal herido, le golpeó la cabeza contra un tronco y regresó para llevárselo al abuelo.

—El conejo es bueno, muy bueno —exclamó el anciano—, pero el cangrejo es un manjar mucho más delicado y sabroso. Cuando yo era pequeño...

—¿Por qué dices tantas tonterías? —interrumpió Edwin, impaciente por cortar la locuacidad que le amenazaba.

El muchacho no dijo eso exactamente, sino algo que se le parecía, más gutural y explosivo, más parco en frases idóneas. Su lenguaje tenía alguna conexión con el del viejo, un inglés bastante degenerado.

—Lo que yo quiero saber —continuó Edwin—, es por qué llamas al cangrejo «un manjar sabroso y delicado». Cangrejo es cangrejo, ¿verdad? No he oído a nadie que lo llamara cosas tan graciosas.

El anciano suspiró, pero sin contestar, y siguieron caminando en silencio. El ruido de la resaca se hizo más perceptible cuando, saliendo del bosque, se encontraron en una llanura separada del mar por una serie de dunas. Entre los montículos de arena pacían algunas cabras que guardaba un muchacho vestido de pieles, ayudado de un perro con aspecto de lobo, que recordaba vagamente al perro pastor escocés. Junto con el rumor de la resaca se oía sin cesar un profundo rugido que procedía de un grupo de rocas recortadas, situadas a unos cien metros de la costa. Hasta allí se arrastraban enormes caballos marinos para tumbarse al sol o luchar unos con otros.

En primer término se elevaba el humo de una hoguera que atizaba un

muchacho de apariencia salvaje. Acurrucados junto a él había varios perros lobos parecidos al que guardaba las cabras.

El viejo aceleró el paso, haciendo profundas aspiraciones según se acercaba al fuego.

—¡Almejas! —murmuró extasiado—. ¿Y no hay cangrejos, Hoo-hoo? Hijos míos, sois muy buenos con vuestro abuelo.

Hoo-hoo, que aparentaba la misma edad que Edwin, rezongó:

—Todos los que quieras, abuelo; cogí cuatro.

La impaciencia del anciano inspiraba compasión. Sentándose en la arena con toda la rapidez que le permitían sus entumecidas piernas, apartó a tientas una gran almeja del fuego. El calor había separado las valvas, y la carne de color salmón estaba bien cocida. Cogió el bocado entre el pulgar y el índice, y temblando de avidez se lo llevó a la boca. Pero estaba demasiado caliente, y un instante después lo escupía con violencia. El dolor le hizo mascullar algunas palabras y de sus ojos brotaron lágrimas que se deslizaron mejillas abajo.

Los chicos eran verdaderos salvajes y no conocían sino el humorismo cruel de los bárbaros. Para ellos este incidente era extremadamente gracioso, y estallaron en ruidosas carcajadas. Hoo-hoo bailaba arriba y abajo, mientras Edwin rodaba por tierra alegremente. El muchacho de las cabras llegó corriendo para participar de la fiesta.

—Deja que se enfríen, Edwin, deja que se enfríen —suplicaba el viejo en medio de su aflicción, sin intentar secarse las lágrimas que seguían manando de sus ojos—. Enfría un cangrejo, Edwin. Ya sabes que a tu abuelo le gustan los cangrejos.

Las ascuas empezaron a chirriar, debido a las muchas almejas que se abrían derramando su líquido. Había grandes moluscos, cuya longitud variaba entre tres y seis centímetros. Los chicos las apartaban con unos palos, y para que se enfriaran las colocaban sobre grandes tablas acarreadas por el agua.

—Cuando yo era pequeño no nos burlábamos de nuestros mayores, sino que los respetábamos.

Los muchachos no se dieron por aludidos, y el abuelo siguió mezclando sin

coherencia lamentos y censuras. Pero esta vez tuvo más cuidado y no se quemó. Todos empezaron a comer, no usando para ello más que las manos, masticando y sorbiendo ruidosamente. El tercer muchacho, llamado Hare-Lip, puso con disimulo un puñado de arena en la almeja que el abuelo iba a llevarse a la boca, y cuando el extraño aliño estuvo en contacto con las mucosas y encías del anciano, estallaron en una risa estruendosa. Este no se dio cuenta de la broma, tosió y carraspeó hasta que Edwin, compadecido, le alargó una calabaza llena de agua fresca para que se lavara la boca.

—¿Dónde están los cangrejos, Hoo-hoo? —preguntó Edwin—. Abuelo quiere probarlos.

Los ojos del anciano volvieron a brillar de glotonería cuando le enseñaron un enorme cangrejo. No era más que un caparazón con las patas, pues la carne hacía mucho que había desaparecido. Con mano temblorosa y alegrándose de antemano de la golosina, el viejo rompió una pata y la encontró vacía.

—¿Y los cangrejos, Hoo-hoo? —suspiró—. ¿Los cangrejos?

—Fue una broma, abuelo. No hay cangrejos. No encontré ni uno.

Los chicos se divertían enormemente viendo aquellas lágrimas de aflicción senil resbalar por las mejillas del viejo. Después, cautelosamente, Hoo-hoo llenó el caparazón con un cangrejo recién asado. La carne blanca separada de las patas despedía una nubecilla de sabroso olor a humo que cosquilleó el olfato del anciano, quien, extrañado, miró hacia abajo. Inmediatamente su pena se cambió por alegría. Se puso a resoplar y a charlar de tal modo, que al empezar a comer parecía aquello un monótono canto de deleite. De esto hicieron poco caso los chicos, pues estaban acostumbrados a semejante espectáculo. Tampoco se fijaban en las frases y exclamaciones que de vez en cuando pronunciaba relamiéndose, tales como: «¡Mayonesa! ¡Qué rica... mayonesa! ¡Y hace sesenta años que se hizo por última vez! ¡Ni olerla siquiera durante dos generaciones! ¡En aquellos tiempos se servía en todos los restaurantes acompañando a los cangrejos!».

Cuando ya estuvo harto, suspiró complacido, se limpió las manos en las piernas desnudas, y se quedó contemplando el mar. Con la satisfacción del estómago lleno, empezó a recordar.

—¡Solo de pensarlo! He visto este mar, en un hermoso domingo, animado con la presencia de hombres, mujeres y niños. Entonces no había osos que

podieran atacarles. Precisamente en estas rocas había un gran restaurante, donde servían todo lo imaginable. San Francisco tenía entonces cuatro millones de habitantes, mientras ahora apenas pueden contarse cuatrocientos en toda la región. En el mar se veían barcos y más barcos saliendo y entrando por la Puerta de Oro. Y en el cielo aeronaves, dirigibles y máquinas volantes que podían recorrer cuatrocientos kilómetros por hora. Así lo exigían los convenios postales con la *New York and San Francisco Limited*. Hubo incluso un muchacho francés, cuyo nombre no consigo recordar, que logró los quinientos; pero eso era demasiado arriesgado para ciertas personas. Sin embargo, este iba por buen camino y se hubiese salido con la suya a no ser por la Gran Peste. Cuando yo era pequeño vivían aún hombres que se acordaban de la aparición de los primeros aeroplanos, y yo he vivido para ver el último. Hace sesenta años de esto.

El anciano dejó de hablar, desatendido por los chicos, acostumbrados desde largo tiempo a sus charlas y cuyos vocabularios, además, carecían de la mayor parte de las palabras que aquel usaba. Durante estos soliloquios inconexos, su inglés mejoraba en construcción y fraseología. Pero cuando hablaba con los muchachos, adoptaba completamente sus expresiones sencillas y vulgares.

—Pero entonces no abundaban los cangrejos —siguió diciendo el anciano—. Había que buscarlos, y constituían una verdadera golosina. Solo se podían comer durante un mes, y ahora los hay en todas las épocas del año. ¡Poder coger todos los que se quiera, durante la pleamar, en la misma playa de Cliff-House!

Una súbita agitación entre las cabras hizo poner de pie a los muchachos. Los perros se levantaron rápidamente de junto al fuego para reunirse con el compañero que guardaba las cabras, mientras estas, a su vez, salían disparadas hacia donde se hallaban sus protectores humanos. Media docena de siluetas de lobos grises y descarnados se deslizaban entre los montículos de arena, o bien hacían frente a los perros erizados. Edwin disparó una flecha, que no dio en el blanco. Pero Hare-Lip, con una honda como la que David llevaba en el combate contra Goliat, lanzó una piedra que rasgó los aires con un silbido. Cayó justamente en medio de los lobos y les hizo huir a las negras profundidades del bosque de eucaliptos.

Los muchachos volvieron a tumbarse en la arena riendo, mientras el abuelo suspiraba tristemente. Había comido demasiado, y continuó con las manos cruzadas sobre el vientre, la serie interrumpida de lamentos.

—La aviación desapareció como la espuma —murmuró al reanudar su relato—. Eso es... espuma y aviación. Toda la obra del hombre sobre el planeta era

igualmente espuma. Había domesticado a los animales útiles, destruido los dañinos y limpiado la tierra de la vegetación silvestre. Después todo esto desapareció y el torrente de vida primitiva volvió a invadirlo todo, borrando su obra... La selva y las malas hierbas inundaron sus campos, las fieras rondaron sus rebaños, y ahora hay lobos en la playa de Cliff-House —le aterró su propio pensamiento—. Donde en otro tiempo se divertían cuatro millones de personas se pasean hoy los lobos, y la salvaje familia de los leones de nuestros históricos escudos de armas se ve obligada a defenderse de los colmillos de los animales de presa. ¡Quién lo había de decir! Y todo por culpa de la peste escarlata.

El adjetivo hirió el oído de Hare-Lip.

—Siempre está diciendo lo mismo —advirtió a Edwin—. ¿Qué es «escarlata»?

—El escarlata del arce me estremece como el grito de la corneja —afirmó el anciano.

—Es rojo —repuso Edwin contestando a la pregunta—. Tú no lo sabes porque procedes de la tribu de los chóferes, y esos nunca supieron nada, ninguno de ellos. Escarlata es rojo... yo lo sé.

—Rojo es rojo, ¿verdad? —refunfuñó Hare-Lip—. Entonces, ¿de qué sirve presumir siempre y llamarlo escarlata?

—Abuelo, ¿por qué dices siempre tantas cosas que nadie sabe? —siguió preguntando—. Escarlata no es nada, pero rojo es rojo. ¿Por qué no dices rojo, entonces?

—Rojo no es la palabra exacta —fue la respuesta—. La peste era escarlata. Toda la cara y el cuerpo se ponían escarlata en menos de una hora. ¿Lo sabré yo? ¿Acaso no vi bastantes atacados? Y os digo que era escarlata porque... bueno, porque era escarlata. No hay otra palabra.

—A mí me basta con rojo —murmuró Hare-Lip con rabia—. Mi padre llama rojo al rojo y él debe saberlo bien. Dice que todos murieron de la peste roja.

—Tu padre es un ser vulgar, descendiente a su vez de otro ser vulgar —replicó el abuelo, excitado—. ¡Como si no conociera yo el origen de los chóferes! Tu abuelo fue un chófer, un criado y sin educación. Trabajaba para otros. Pero tu abuela era de buena raza, solo que los hijos no se le parecen en nada. Dónde los

encontré por primera vez, no puedo recordarlo. Quizá pescando en el lago Temescal.

—¿Qué es «educación»? —preguntó Edwin.

—Llamar escarlata al rojo —dijo burlonamente Hare-Lip; y después continuó atacando al abuelo—. Mi padre me ha dicho, y esto lo supo por su padre antes de morir, que tu mujer pertenecía a los Santa Rosan y que antes de la peste roja era una «cortasalsas», aunque yo no sé lo que es una «cortasalsas». ¿Puedes decírmelo, Edwin?

Pero Edwin movió la cabeza negativamente para probar su ignorancia.

—Es verdad, era sirvienta —confesó el abuelo—. Pero era una mujer estupenda, y tu madre era hija suya. Después de la peste las mujeres andaban muy escasas. Fue la única esposa que pude encontrar a pesar de ser una «cortasalsas», como dice tu padre. Pero no está bien hablar así de nuestros progenitores.

—La esposa del primer chófer fue una «dama» —dice mi padre.

—¿Qué es una «dama»? —preguntó Hoo-hoo.

—Una «dama» es la mujer de un chófer —respondió rápidamente Hare-Lip.

—El primer chófer fue Bill, un ser vulgar, como antes dije —explicó el viejo—, pero su esposa era una dama, una gran dama. Antes de la peste escarlata fue la esposa de Van Warde, presidente de la Junta de Magnates de la Industria y uno de los doce hombres que gobernaban América. Valía un billón, ochocientos millones de dólares... monedas como la que tienes en el bolsillo, Edwin. Y entonces vino la peste escarlata, y su esposa fue la esposa de Bill, el primer chófer. Solía pegarle además. Esto lo vi con mis propios ojos.

Hoo-hoo, que estaba tumbado boca abajo y escarbando perezosamente la arena con los dedos de los pies, gritó de pronto mirándose primero la uña del pie y luego el pequeño hueco que había cavado. Se le acercaron los otros dos muchachos y empezaron a cavar rápidamente la arena con las manos, hasta que dieron con tres esqueletos ante sus ojos. Dos de ellos eran de adultos y el tercero el de un niño. Se echó el anciano en el suelo y contempló el hallazgo.

—Víctimas de la peste —anunció—. Así es cómo morían por todas partes durante los últimos días. Esto posiblemente debió ser una familia que huyendo del

contagio pereció aquí, en la playa de Cliff-House. Pero... ¿qué estás haciendo, Edwin?

Preguntó esto horrorizado, mientras veía cómo Edwin, sirviéndose del mango de su cuchillo, arrancaba los dientes de un cráneo.

—Para ensartarlos —respondió Edwin.

Los tres muchachos trabajaban afanosamente en lo mismo y ya no se oyeron más que golpes y martillazos entre los que se perdía la charla del abuelo que decía indignado:

—Sois unos auténticos salvajes. Ya ha vuelto la costumbre de adornarse con dientes humanos. En la siguiente generación se perforará las narices y las orejas para colgarse de ellas objetos de hueso y concha. Sé que el linaje humano está destinado a retroceder más y más en la noche de los tiempos primitivos antes de que vuelva a iniciarse la ascensión sangrienta hacia la civilización. Cuando aumentemos en número y advirtamos la falta de espacio, empezaremos a matarnos unos a otros. Y entonces es de suponer que os colguéis en la cintura escalpelos humanos, lo mismo que tú, Edwin, el más gentil de mis nietos, hiciste con ese asqueroso rabo de cerdo. ¡Tíralo, Edwin; muchacho, tíralo!

—¡Qué ruido arma el viejo! —dijo Hare-Lip cuando hubieron extraído todos los dientes y empezaron a repartírselos.

Los gestos de aquellos muchachos eran breves y rudos, y su lenguaje, en los momentos de discusión acalorada sobre el número de dientes que correspondía como lote a cada uno, resultaba una verdadera algarabía. Hablaban con monosílabos, y sus frases rápidas y entrecortadas eran más bien una jerga que una lengua.

Pero aún se descubría en ellos algún resabio de construcción gramatical y aparecían vestigios de conjugaciones de cierta cultura superior. Hasta el habla del abuelo era tan corrompida, que de transcribirla literalmente sería ininteligible para el lector actual. Pero ya hemos dicho que esto ocurría cuando hablaba con los chicos. Cuando se abstraía en sus soliloquios, sin darse cuenta le llevaban estos al inglés más refinado. Las frases se alargaban y las enunciaba con un ritmo y una facilidad que eran como una reminiscencia del estrado universitario.

—Cuéntanos algo de la peste roja, abuelo —pidió Hare-Lip cuando el reparto de los dientes se hubo resuelto a satisfacción.

—La peste escarlata —corrigió Edwin.

—Pero no emplees esas palabras tan graciosas —prosiguió Hare-Lip—. Habla como es debido, como debe hablar un Santa Rosan. Los otros Santa Rosan no hablan como tú.

II

El viejo pareció complacido al ser interpelado de aquel modo, y después de carraspear un poco empezó su relato.

—Hace veinte o treinta años, mi historia era muy solicitada; pero en estos días a nadie parece interesarle...

—¿Adónde vas a parar? —gritó con vehemencia Hare-Lip—. Suprime esas tonterías y habla como es debido. ¿Qué es «interesar»? Hablas como un niño que no sabe lo que dice.

—Déjalo —insistió Edwin—, o si no se volverá loco y no contará nada. Pasa por alto las tonterías. Ya entenderemos algunas de las que diga.

—No les hagas caso, abuelo —le animó Hoo-hoo, viendo que el viejo ya estaba refunfuñando acerca de la falta de respeto para con los mayores y del retroceso del hombre hacia la crueldad, después de haber caído desde la altura más elevada para volver a su condición primitiva.

El anciano prestó de nuevo atención a su historia.

—En aquel tiempo había mucha, muchísima gente en el mundo. Solamente en San Francisco vivían cuatro millones de personas...

—¿Qué son millones? —interrumpió Edwin.

El abuelo le miró con cariño.

—Como no sabes contar más allá de diez..., te lo explicaré. Levanta las manos. Entre las dos tienes diez dedos. Muy bien. Ahora yo cojo este grano de arena... guárdalo, Hoo-hoo.

Puso el grano de arena en la mano del muchacho y continuó:

—Ahora este grano de arena está en lugar de los diez dedos de Edwin. Añado otro grano y otro y otro hasta haber añadido tantos como dedos tiene

Edwin. Esto forma lo que se llama cien. Recordad bien esta palabra, cien. Ahora pongo este guijarro en la mano de Hare-Lip. Está en lugar de diez granos de arena, o diez veces diez dedos, o sea, cien dedos. Pongo diez guijarros y representan mil dedos. Cojo una concha y esta en lugar de diez guijarros, o cien granos de arena, o mil dedos...

De esta manera, trabajosamente y repitiendo mucho, continuó esforzándose por inculcar en aquellas cabecitas una idea rudimentaria de la numeración. Según iban aumentando las cantidades hacía que los chicos guardaran en las manos las diferentes magnitudes. Para sumas mayores colocaba los símbolos sobre tablas; y cuando se agotaron los símbolos se vio obligado a usar los dientes de los cráneos, que representaron los millones, y los caparazones de los cangrejos, los billones. Y entonces se detuvo, porque los chicos empezaban a dar muestras de cansancio.

—En San Francisco había cuatro millones de habitantes... cuatro dientes.

Los ojos de los pequeños recorrieron todo el trayecto, desde los dientes hasta los guijarros y los granos de arena, para llegar, finalmente, a los dedos de Edwin. Y otra vez volviendo por las series de manera ascendente, haciendo un esfuerzo por abarcar cantidades tan inconcebibles.

—Eso era mucha gente, abuelo —se atrevió a decir Edwin.

—Como las arenas del mar, como si cada grano de arena fuese un hombre, una mujer o un niño. Sí, hijo mío, toda esa gente vivía aquí en San Francisco. Y alguna que otra vez toda esta gente venía a esta misma playa... más gente que granos de arena hay aquí. San Francisco era una ciudad muy importante. Al otro lado de la bahía, fuera de Point Richmond, donde acampamos el año pasado, en el llano, en las colinas y a lo largo del camino de San Leandro, vivía más gente todavía. San Leandro... una gran ciudad de siete millones de habitantes. Siete dientes... eso es, siete millones.

De nuevo los ojos de los muchachos corrieron desde los dedos de Edwin hasta los dientes puestos sobre las tablas.

—El mundo estaba pobladísimo. El censo de 2010 dio ocho billones... ocho caparazones de cangrejo. Sí, ocho billones. No era como hoy. La Humanidad sabía obtener la mayor cantidad posible de alimentos. Y cuanto más comida había más aumentaba la gente. En el año 1800, solo en Europa había ciento sesenta millones. Cien años más tarde... un grano de arena. Hoo-hoo. Cien años más tarde, en 1900,

había quinientos millones en Europa... cinco granos de arena, Hoo-hoo, y un diente. Esto explica lo fácil que era obtener los alimentos y cómo aumentaba la gente. Y en el año 2000 había mil quinientos millones de habitantes en Europa. Lo mismo ocurría en el resto del mundo. Ocho caparazones de cangrejo, eso es, ocho billones de seres humanos, vivían sobre la tierra al iniciarse la peste escarlata.

Yo era muy joven entonces... tenía veintisiete años y vivía al otro lado de la bahía de San Francisco, en Berkeley. ¿Te acuerdas de aquellas grandes casas de piedra, Edwin, cuando bajamos las colinas de Contra Costa? Allí vivía yo. Era profesor de literatura inglesa.

Muchas de estas cosas eran superiores al entendimiento de los niños, aunque se esforzaban por comprender de una manera vaga aquella historia del pasado.

—¿Para qué servían entonces las casas de piedra? —preguntó Hare-Lip.

—¿Os acordáis de cuando vuestro padre os enseñó a nadar? —El muchacho asintió—. Bueno; en la Universidad de California (este es el nombre que dábamos a aquellas casas) nosotros enseñábamos a los jóvenes a pensar, lo mismo que ahora os he enseñado yo, con arena, guijarros y conchas, a conocer a la gente que vivía en aquel tiempo. Había mucho que enseñar. Los jóvenes a quienes enseñábamos se llamaban estudiantes. Nos reuníamos en grandes salones. Yo hablaba a cuarenta o cincuenta de aquellos jóvenes, como os estoy hablando a vosotros. Les hablaba de los libros que otros hombres habían escrito en otras épocas y, hasta algunas veces, en su propia época.

—¿Esto es todo lo que hacías? ¿Hablar, hablar y hablar? —preguntó Hoo-hoo—. ¿Quién cazaba, entonces, carne para ti y ordeñaba las cabras y pescaba?

—Una pregunta muy juiciosa, Hoo-hoo, muy juiciosa. Como ya os he dicho, en aquel tiempo era muy fácil obtener los alimentos. Unos pocos hombres procuraban la comida a todos los demás. Los otros hacían diferentes cosas. Como has dicho muy bien, yo hablaba. Hablaba continuamente, y a cambio de ello me daban la comida, mucha comida, buena y rica, comida como no he vuelto a probarla en sesenta años y como ya no probaré jamás. Muchas veces pienso que el progreso más admirable de nuestra inmensa civilización fue la comida, su inconcebible abundancia, su infinita variedad, su delicadeza maravillosa. ¡Oh, hijos míos, aquello era vivir, teniendo para comer cosas tan extraordinarias!

Los muchachos le dejaban hablar, tomando como una broma del abuelo aquellos pormenores que no entendían, por ser cosa superior a su inteligencia.

—Nuestros proveedores de alimentos se llamaban «hombres libres», nombre que más bien parecía una burla. Nosotros, las clases dirigentes, éramos dueños de las tierras, de las máquinas y de todo. Estos proveedores eran nuestros esclavos. Les tomábamos casi todas las subsistencias que producían y les dejábamos lo preciso para que comieran, trabajaran y pudieran producir más...

—Yo habría ido a buscarme mi propio alimento en el bosque —interrumpió Hare-Lip—, y si alguien intentaba arrebátarmelo, le hubiese matado.

El viejo se rio.

—¿No te he dicho que nosotros, los de las clases dirigentes, éramos los dueños de las tierras, de los bosques y de todo? Si algún proveedor se resistía a trabajar para nosotros, le castigábamos o le dejábamos morir de hambre. Muy pocos se rebelaban. Preferían trabajar para nosotros, confeccionar nuestros vestidos y procurarnos mil (un escudo de cangrejo, Hoo-hoo), mil satisfacciones y placeres. Por aquel entonces era yo el profesor Smith, el profesor James Howard Smith, y mis cursos de literatura eran muy populares, esto es, que a muchos chicos y chicas les gustaba oírme hablar de los libros que habían escrito otros hombres.

Yo era muy feliz: tenía cosas muy ricas para comer, mis manos eran suaves, porque no trabajaba con ellas, y llevaba el cuerpo limpio y cubierto con las telas más finas... —dijo esto contemplando con repugnancia la piel de cabra sarnosa—. En aquel tiempo no llevábamos estas cosas. Hasta los esclavos vestían mejor. Y éramos más aseados; nos lavábamos las manos y la cara varias veces al día. Vosotros no os laváis si no caéis en el agua u os echáis a nadar.

—Tú ni siquiera haces eso, abuelo —replicó Hoo-hoo.

—Ya lo sé, ya lo sé. Soy un viejo sucio. Pero los tiempos han cambiado; ahora nadie se lava, y además no es fácil hacerlo. Hará como sesenta años que no he visto un trozo de jabón. Vosotros no sabéis lo que es jabón, y no os lo diré porque os estoy contando la historia de la peste escarlata. Ya sabéis lo que es enfermedad; nosotros la llamábamos dolencia. Muchas dolencias procedían de lo que llamábamos gérmenes. Recordad esta palabra, gérmenes. Un germen es una cosa muy pequeñita parecida a una garrapata; como esas que encontráis en los perros durante la primavera, cuando se van al bosque. Solo que los gérmenes son

muy pequeños, tan pequeños que no se pueden ver...

Hoo-hoo empezó a reír.

—Eres muy raro, abuelo. Hablar de cosas que no se pueden ver. Entonces, si no se pueden ver, ¿cómo sabes que existen?

—Está muy bien la pregunta, muy bien, Hoo-hoo. Pero nosotros los veíamos... por lo menos algunos. Teníamos lo que llamábamos microscopios y ultramicroscopios, y los poníamos delante de los ojos y mirábamos a través de ellos para ver las cosas mayores de lo que realmente eran, y muchos no se podían ver sin la ayuda de estos aparatos. Nuestros mejores ultramicroscopios nos permitían ver los gérmenes aumentados cuarenta mil veces. Una concha representa mil dedos como los de Edwin; coged cuarenta conchas y todas estas veces era mayor el germen cuando lo mirábamos por el microscopio. Además teníamos otros sistemas: usando lo que llamábamos el cinematógrafo hacíamos a este germen (ya aumentado cuarenta mil veces) cuarenta mil veces mayor. Y así veíamos todas estas cosas que nunca habríamos distinguido simplemente con nuestros ojos. Coged un grano de arena, partidlo en diez pedazos. Tomad una piedra y partidla en otros diez. Romped uno de estos trozos en diez, y otros de estos en diez, y uno de estos en diez, y así sucesivamente durante todo el día, y es posible que al ponerse el sol tengáis un pedazo tan pequeño como uno de los gérmenes.

Los chicos no ocultaban su incredulidad. Hare-Lip hacía muecas y se burlaba, y Hoo-hoo reía con disimulo, mientras Edwin les tocaba con el codo para que se estuviesen quietos.

—La garrapatas chupa la sangre del perro, pero el germen, al ser tan pequeño, entra directamente en la sangre y allí tiene muchos hijos. A los gérmenes les llamábamos microorganismos. Cuando había varios millones o un billón en la sangre de un hombre, este enfermaba. Estos gérmenes eran una enfermedad. Había de muchas clases, más que granos de arena hay en el mar. El *Bacillus anthracis*; el *Microoccus*; el *Bacterium termo* y el *Bacterium lactis* (este es el que hace agriar la leche de las cabras, aun hoy en día, Hare-Lip); y había *Schizomycetes* sin fin. Y otros muchos...

Aquí el anciano se lanzó a una serie de disquisiciones sobre los gérmenes y su naturaleza, usando palabras de tan extraordinaria longitud y tan faltas de sentido, que los muchachos empezaron a hacerse muecas y a mirar al océano

olvidándose del abuelo y de su charla.

—Pero la peste escarlata, abuelo... —interrumpió, al fin, Edwin.

El viejo volvió a la realidad, con un gran esfuerzo se alejó de la tribuna de su clase donde sesenta años atrás, ante un auditorio del mundo desaparecido, había expuesto la última teoría sobre los gérmenes y las enfermedades que originaban.

—Sí, sí, Edwin, me había olvidado. Hay veces que la memoria del pasado obra con tanta fuerza sobre mí que me olvido de que solo soy un viejo sucio, vestido de piel de cabra, errando por un desierto primitivo con mis nietos salvajes que son cabreros. La aviación desapareció como la espuma, eso es, así se perdió nuestra gloriosa civilización. Soy vuestro abuelo, y pertenezco a la tribu de los Santa Rosan, por haberme casado en ella. Mis hijos e hijas se casaron en las de los chóferes, sacramentos y palo alto. Tú, Hare-Lip, descienes de los chóferes. Tú, Edwin, de los sacramentos. Y tú, Hoo-hoo, de los palo alto. Tu tribu tiene el mismo nombre de una ciudad que se hallaba cerca del emplazamiento de otra gran institución científica: la Universidad de Stanford. Sí, ahora recuerdo. Pero volvamos a lo de la peste escarlata. ¿Dónde estaba mi historia?

—Estabas hablando de los gérmenes, esas cosas que no se pueden ver, pero que hacen enfermar a los hombres —dijo Edwin.

—Eso es. Al principio, cuando solo se habían introducido algunos de estos gérmenes en el cuerpo, el hombre no lo notaba. Pero cada germen se dividía y se convertía en dos, y eso lo hacía tan rápidamente, que al poco tiempo había millones de ellos en la sangre. Entonces el hombre estaba enfermo. Tenía una enfermedad clasificada según la clase de gérmenes que la habían producido. Podía ser sarampión, influenza, fiebre amarilla, una cualquiera de las mil clases de enfermedades.

Cada vez había nuevas variedades de gérmenes. Mucho tiempo antes, cuando había aún pocos hombres en el mundo, había también pocas enfermedades. Pero según iban aumentando aquellos y vivían aglomerados en grandes ciudades y civilizaciones, surgían nuevas enfermedades y penetraban en sus cuerpos nuevas clases de gérmenes. Así morían infinidad de millones de seres humanos, y cuanto más aglomerados vivían más terribles eran sus nuevas enfermedades. En la Edad Media, mucho antes de venir yo al mundo, asoló a Europa la peste negra varias veces. En los grandes núcleos urbanos se extendió después la tuberculosis. Cien años antes de nacer yo existía la peste bubónica y en

África la enfermedad del sueño. Los bacteriólogos luchaban contra todas estas epidemias y las destruían lo mismo que vosotros lucháis contra los lobos para defender vuestras cabras, o aplastáis a los mosquitos que se posan sobre vosotros. Los bacteriólogos...

—Pero abuelo, ¿qué es... eso? —interrumpió Edwin.

—Edwin, tú eres un cabrero. Tu misión es guardar las cabras y saber muchas cosas acerca de ellas. Un bacteriólogo guarda los gérmenes, porque es su misión y sabe también muchas cosas sobre ellos... Como iba diciendo, los bacteriólogos luchaban con los gérmenes y los destruían... a veces. Había la lepra, una enfermedad horrible. Mucho antes de nacer yo, los bacteriólogos descubrieron su germen; no ignoraban nada de él y lo mostraban en películas; pero nunca encontraban la manera de matarlo. En 1984 hubo la peste exterminadora, una enfermedad que empezó en un país llamado Brasil y que mató a millones de hombres. Los bacteriólogos encontraron su germen, así como la manera de destruirlo, y la peste exterminadora ya no progresó. Hicieron lo que ellos llamaban un suero que se introducía en el cuerpo del hombre y mataba a los gérmenes, sin matar al hombre. En 1910 hubo la rubéola y la tenía. Los bacteriólogos acabaron con ellas fácilmente. Pero en 1947 surgió una nueva enfermedad, jamás vista hasta entonces. Hacía presa en los niños menores de diez meses y les incapacitaba para mover las manos y los pies, para comer o lo que fuera, y los bacteriólogos tardaron once años en descubrir la manera de matar a tan extraño germen y salvar a los niños.

A pesar de todas estas enfermedades y de las que iban apareciendo, los hombres aumentaban más y más. Esto, como os he dicho, era debido a la abundancia de alimentos. Cuantas más facilidades para procurarse el sustento, mayor era el número de hombres; cuantos más hombres había, más aglomerados vivían y mayor era el número de gérmenes que se convertían en enfermedades. No faltaron amenazas entonces. En 1929, Soldervetzsky dijo a los bacteriólogos que no tendrían defensa contra algunas enfermedades nuevas, mil veces más mortíferas que las conocidas, que surgirían matando a cientos de millones y quizás a un billón de hombres. Como veis, el mundo microorgánico seguía siendo un misterio. Se conocía su existencia y se sabía que de vez en cuando se levantaban ejércitos de gérmenes nuevos para matar a los hombres; pero ya no se sabía más acerca de ellos. Podía ocurrir fácilmente que en este mundo invisible se produjeran nuevas especies de gérmenes, y que la vida originara allí la «fauna abisal»; Soldervetzsky la nombraba usando palabras de otros que habían escrito antes que él...

En este instante Hare-Lip se puso de pie, revelando su semblante un gran despecho.

—Abuelo —dijo—, me pones enfermo con tu charla. ¿Por qué no me hablas ya de la peste roja? Si no lo haces así, nos levantamos y nos vamos enseguida.

El anciano comenzó a llorar silenciosamente. Por sus mejillas rodaban las lágrimas de la vejez y en su semblante gravemente ofendido se mostraba todo el agotamiento de sus ochenta y siete años.

—Siéntate —aconsejó conciliador Edwin—. El abuelo tiene razón. Si precisamente iba a hablarnos de la peste escarlata. ¿Verdad, abuelo? Sí, iba a hablarnos de ello ahora precisamente. Siéntate, Hare-Lip. Continúa, abuelo.

III

El viejo se secó las lágrimas con los sucios nudillos y reanudó la historia empezada. Su voz débil y temblorosa se iba robusteciendo a medida que la narración avanzaba.

—Fue en el verano de 2013 cuando surgió la peste escarlata. Yo tenía veintisiete años y lo recuerdo muy bien. Radiogramas...

Hare-Lip expresó su disgusto, y el abuelo se apresuró a explicar.

—En aquellos días hablábamos a través del aire a distancias enormes. Y llegó la noticia de una extraña enfermedad que había hecho su aparición en Nueva York. En esta nobilísima ciudad de América había entonces diecisiete millones de habitantes. Nadie dio importancia a la noticia. Era una cosa sin importancia, pues solo habían ocurrido algunas defunciones. No obstante, parecía que se sucedieron con mucha rapidez. Uno de los primeros síntomas de la tal enfermedad era que el rostro y todo el cuerpo se teñían de rojo. Veinticuatro horas más tarde llegó el aviso del primer caso en Chicago. Y en el mismo día se supo que Londres, la mayor ciudad del mundo después de Chicago, había estado luchando secretamente con la epidemia durante dos semanas, procurando que el resto del mundo no se enterara de que allí había peste.

Aquello parecía serio; pero nosotros, en California, lo mismo que todos los demás, no estábamos asustados. Estábamos seguros de que los bacteriólogos encontrarían el medio de dominar este nuevo germen, como habían hecho en otras ocasiones. Lo inquietante era la pasmosa rapidez con que estos gérmenes exterminaban a los seres humanos y el hecho de que mataban inevitablemente el cuerpo en que se introducían. Ni uno solo se salvaba. En la época del antiguo cólera asiático, uno comía con un amigo pletórico de salud, y a la mañana siguiente veía pasar su entierro por delante de la ventana; pero esta nueva epidemia era aún más rápida, mucho más rápida que todas. Desde el momento en que se sentían los primeros síntomas, apenas si se tardaba en morir. Algunos duraban unas horas; pero casi todos morían a los diez o quince minutos.

El corazón empezaba a latir con fuerza, la cabeza se hinchaba, y entonces

sobrevenía la erupción escarlata, extendiéndose como una granizada sobre la piel. Muchas personas no notaban el aumento de la cabeza ni las palpitaciones, y lo primero de que se daban cuenta era de la erupción. Normalmente sufrían convulsiones en el momento de su aparición, aunque estas convulsiones no duraban mucho, ni eran muy fuertes. Si uno sobrevivía a ellas, se quedaba perfectamente tranquilo y solo sentía un envaramiento en todo el cuerpo, empezando por los pies. Se agarrotaban primero los talones, luego las piernas, y cuando llegaba a la altura del corazón, sobrevenía la muerte. Los afectados no dormían ni deliraban, pues permanecían lúcidos y tranquilos hasta que el corazón se entorpecía, se paraba y sobrevenía la muerte. Otra cosa extraña era la rapidez con que se descomponían los cadáveres. Apenas moría una persona, ya el cuerpo parecía deshacerse, como si se disolviese mientras se le estaba mirando. Esa era una de las causas de que la peste se propagara con tanta rapidez. Todos estos billones de gérmenes de un cadáver quedaban inmediatamente en libertad para atacar a otras personas.

Y por ese motivo los bacteriólogos tenían tan poca fortuna en su lucha contra aquellos gérmenes. Morían en sus propios laboratorios mientras estudiaban el bacilo de la peste escarlata. Eran verdaderos héroes, pues tan pronto como morían unos, otros se apresuraban a ocupar su puesto. Fue en Londres donde se consiguió aislarla por primera vez. La noticia se telegrafió a todas partes. El hombre que lo logró se llamaba Trask, pero a las treinta horas ya había perecido. Luego, en todos los laboratorios se empezó a trabajar desesperadamente para encontrar algo que pudiese destruir los gérmenes de la terrible enfermedad...

—Abuelo —replicó Hare-Lip—, no paras de hablar de esos gérmenes, como si fuesen algo importante, y no son nada. Lo que no se puede ver no es nada. Debían estar todos locos en aquel tiempo. Por eso murieron. Te digo que no puedo creer en tal enfermedad, eso es.

Prorrumpió en lamentaciones el abuelo, mientras Edwin tomaba con ardor su defensa.

—Mira, Hare-Lip, tú también crees en muchas cosas que no puedes ver.

Hare-Lip movió la cabeza denegando.

—Crees que rondan los muertos, pero nunca los viste andar.

—Los vi este invierno último, cazando lobos con mi padre.

—Bueno, cuando cruzas un río siempre escupes —prosiguió Edwin.

—Es para alejar el mal de ojo —afirmó Hare-Lip.

—¿Luego crees en el mal de ojo?

—Naturalmente.

—Pues nunca lo has visto —concluyó Edwin triunfante—. Igual eres tú que el abuelo con sus gérmes. Creéis en lo que no veis. Sigue, abuelo.

Hare-Lip, anonadado después de esta derrota, permaneció silencioso, y el anciano continuó su historia. Aunque no vamos a prolongar esta narración con un exceso de detalles, es fácil comprender que la historia del abuelo se vio interrumpida con frecuencia por las observaciones de los muchachos. Además, en su afán por seguirle en aquel mundo ignorado y desaparecido, cambiaban entre ellos, en voz baja, explicaciones y conjeturas.

—La peste escarlata —decía el abuelo— apareció en San Francisco. La primera defunción ocurrió un domingo por la mañana. El jueves siguiente ya morían como moscas en Oakland y en San Francisco. Morían en todas partes: en la cama, en el trabajo, andando por las calles. El jueves presencié la primera defunción. Fue una de mis discípulas, *miss* Collbran, estando sentada delante de mí, en mi clase de literatura. Observé su rostro y, al ver que de pronto se iba enrojeciendo, cesé de hablar sin poder apartar de ella los ojos, porque el terror de la peste, que ya había hecho su aparición entre nosotros, pesaba en nuestros ánimos. Las chicas, al darse cuenta de lo que ocurría, salieron chillando de la clase. Otro tanto hicieron los muchachos, a excepción de dos. Las convulsiones de *miss* Collbran fueron muy débiles y no duraron más de un minuto. Los dos jóvenes que se habían quedado le trajeron un vaso de agua. Solo bebió un poco y gritó:

—¡Mis pies! He perdido la sensación en ellos, como si no los tuviera.

Un minuto después dijo:

—Mis rodillas se enfrían. Casi no las siento.

Se echó en el suelo apoyando la cabeza en un paquete de libros. Y no podíamos hacer nada. El frío y la insensibilidad iban ascendiendo hasta el corazón, y cuando lo alcanzaron dejó de existir. Era una hermosa muchacha muy sana y muy robusta. Desde el primer síntoma de la enfermedad hasta el momento de su

muerte, habían transcurrido quince minutos, los conté reloj en mano. Esto os probará cuán rápidamente mataba la peste escarlata.

Me había quedado solo en la clase con la moribunda, pues la alarma había cundido por toda la Universidad, y los estudiantes, a millares, habían abandonado las aulas y los laboratorios. Cuando salí para informar de lo ocurrido al presidente de la facultad, encontré el edificio completamente desierto. Varios rezagados regresaban a sus casas a campo traviesa. Dos de ellos corrían como locos.

El presidente Hoag estaba solo en su despacho, muy envejecido, con el pelo gris y la cara más llena de arrugas que nunca. Al verme se puso rápidamente de pie y tambaleándose huyó hacia un gabinete interior, dando un portazo y cerrando con llave la puerta. Sabía que yo había estado expuesto al contagio y tenía miedo. A través de la puerta me gritó que me marchara.

Nunca podré olvidar mi emoción al pasar por aquellos corredores silenciosos y al salir de aquel recinto abandonado. No estaba asustado aunque hubiese estado en contacto con la terrible enfermedad y me hallase, por consiguiente, en inminente peligro de muerte. Lo que me impresionaba era la terrible depresión que se había apoderado de mí al ver que todo allí estaba paralizado. Para mí era aquello el fin del mundo, de mi mundo. Yo había nacido en la misma Universidad y estaba predestinado para mi carrera. Mi padre ya había sido profesor y mi abuelo también. Durante siglo y medio aquella Universidad, cual máquina espléndida, había funcionado con una regularidad absoluta. Y ahora, de pronto, se había parado totalmente. Era como ver extinguirse la llama de un altar tres veces sagrado. Estaba conmovido, horriblemente conmovido.

Cuando llegué a casa mi criado, al verme entrar, comenzó a dar voces y salió escapado. Lo mismo ocurrió al llamar a la doncella. Registré la casa, en la cocina encontré a la cocinera dispuesta a escaparse que con las prisas dejó caer su maleta y salió chillando a través de los campos como una desesperada. Aún me parece estar oyendo sus gritos. Y advertid que cuando nos sentíamos atacados de otras enfermedades que eran corrientes no nos comportábamos de este modo, pues conservábamos siempre la calma y mandábamos llamar a los médicos y a los enfermeros, quienes sabían lo que se debía hacer. Pero esto era muy distinto. Hería súbitamente, mataba con horrible rapidez, y nunca fallaba el golpe. Cuando la erupción escarlata aparecía en el rostro era la señal segura de muerte. No se sabía de un solo caso que se hubiese salvado.

Me encontraba solo en mi caserón. Como ya os he dicho en otras ocasiones,

en aquellos días podíamos hablar con otra persona a través del espacio, por medio de hilos. Sonó el timbre del teléfono; era mi hermano que me llamaba para decirme que no venía a mi casa por miedo al contagio y que, junto con mis hermanas, se había instalado en casa del profesor Bacón. Me aconsejaba que permaneciese aislado y esperara hasta saber si estaba o no contaminado de la terrible peste.

Asentí; me quedé en casa, e intenté guisar por primera vez en mi vida. Afortunadamente, la epidemia no parecía haberme atacado. Además del teléfono, que me permitía hablar con quien quisiera y adquirir noticias, leía los periódicos, y di orden de que me fueran echados por debajo de la puerta a fin de enterarme de lo que ocurría en el resto del mundo.

Nueva York y Chicago estaban invadidas, y lo mismo sucedía en todas las grandes ciudades. Una tercera parte de la policía de Nueva York había muerto, su jefe había fallecido también, e igualmente el alcalde. Por las calles yacían los cadáveres sin enterrar. Todos los ferrocarriles y buques que transportaban víveres y otras mercancías habían cesado su tráfico, y oleadas de pobres, hambrientos, saqueaban los depósitos y almacenes. El asesinato, el robo y la embriaguez aumentaban por todas partes. La gente había huido a bandadas de la ciudad; primero los ricos, en sus automóviles y avionetas, y después la gran masa del pueblo, a pie, llevando con ellos la peste, muriendo de hambre y saqueando las granjas, los pueblos y las aldeas que encontraban al paso.

El hombre que transmitía estas noticias, el radiotelegrafista, estaba solo con su aparato en la azotea de un altísimo edificio. Suponía que la gente que permanecía en la ciudad solo ascendería a unos centenares de miles, y muchos habían enloquecido a causa del miedo y de la embriaguez; y por todas partes se levantaban grandes incendios. Era un héroe este hombre que no abandonaba su puesto a pesar del peligro, tal vez algún periodista ignorado.

Decía que durante las últimas veinticuatro horas no habían llegado aeronaves transatlánticas, ni llegado mensajes de Inglaterra. Sin embargo, comunicó que una parte de Berlín (en Alemania) anunciaba que un bacteriólogo de la Escuela Metchnikoff, llamado Hoffmeyer, había descubierto el suero contra la peste. Esta fue la última noticia que los americanos recibimos de Europa. Si Hoffmeyer había descubierto ya aquel suero, sería demasiado tarde para nosotros. Únicamente podíamos deducir que en Europa ocurría lo mismo que en América y que, en el mejor de los casos, solo muy pocos podrían salvarse de la peste escarlata en aquel continente.

Aún siguieron llegando durante otro día los despachos de Nueva York. Después, también cesaron. El hombre que los mandaba, o bien había muerto a consecuencia de la peste o perecería consumido por los grandes incendios que, según había dicho, ardían a su alrededor. Lo mismo que había ocurrido en Nueva York pasaba en San Francisco, Oakland, Berkeley. Moría la gente con tal rapidez, que los cadáveres, no pudiendo ser recogidos, yacían por todas partes. La multitud, desesperada, huía al campo. Imaginad, hijos míos, a la gente, más apiñada que los salmones que visteis en el río Sacramento, saliendo a millones de las ciudades hacia el campo, loca, intentando sin remedio escapar a la muerte que por todas partes acechaba. Ya veis, llevaban los gérmenes en ellos, y hasta las aeronaves de los ricos, huyendo hacia las montañas y refugios desiertos, llevaban consigo la enfermedad.

Centenares de estas aeronaves huyeron a Hawái, y no solo aportaron con ellos la peste, sino que la hallaron allí, habiéndoles tomado la delantera. Esto lo supimos por las noticias, hasta que desapareció toda organización en San Francisco, y ya no quedaron telegrafistas en sus puestos para mandar y recibir partes. Era asombrosa esta pérdida de comunicaciones con el mundo. Era igual que si hubiese dejado de existir o hubiese sido borrado. Hace sesenta años que aquel mundo cesó para mí. Bien sé que debe haber lugares como Nueva York, Europa, Asia y África; pero nada he vuelto a saber de ellos. Con la aparición de la peste escarlata la gente quedó aislada irremisiblemente. Tantos siglos de cultura y civilización desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos y «se desvanecieron como la espuma».

Os he contado cómo eran las aeronaves de los ricos, que llevaban consigo la epidemia y morían dondequiera que huyesen. De estos hombres no encontré más que un solo superviviente, Mungerson, que más tarde fue un Santa Rosan y se casó con mi hija mayor. Entró a formar parte de la tribu ocho años después de la peste. Tenía entonces diecinueve años, y tuvo que esperar doce más para poder casarse. Como no había mujeres solteras y algunas de las hijas mayores de los Santa Rosan ya estaban prometidas, tuvo que aguardar a que mi Mary cumpliera dieciséis años. Gimp-Leg, el que mató el león de la montaña el año pasado, era hijo suyo.

En la época de la epidemia, Mungerson tenía once años. Su padre era uno de los magnates de la industria, hombre muy rico y poderoso. En su aeronave el *Cóndor* huyeron, con toda la familia, hacia los desiertos de la Columbia británica, un lugar muy apartado hacia el norte; pero debió ocurrirles algún accidente y naufragaron cerca del monte Shasta. Ya habéis oído hablar de esta montaña, que se encuentra hacia el norte. La peste estalló entre aquellos fugitivos, y el único que

sobrevivió fue este niño de once años. Anduvo errante por tierras desiertas, buscando a sus parientes durante ocho años, y cuando descendió hacia el sur se halló con nosotros, los Santa Rosan.

Pero aún estoy en el comienzo de mi historia. Al empezar el gran éxodo de las ciudades de los alrededores de la bahía de San Francisco, y mientras funcionaban todavía los teléfonos, pude hablar con mi hermano. Le dije que era una locura huir de mí, pues no sentía ningún síntoma de la peste, y que lo que debíamos hacer era aislarnos con toda nuestra familia en algún sitio seguro. Finalmente optamos por el Palacio de la Química, en la Universidad, y proyectamos hacer buen acopio de provisiones y evitar por la fuerza de las armas que nadie pudiera mezclarse con nosotros, una vez retirados en nuestro refugio.

Aun cuando todo estuvo dispuesto, me suplicó mi hermano que permaneciese veinticuatro horas más en mi casa, por si la peste estuviese todavía en el periodo de incubación. Accedí a ello, y él prometió venir a buscarme al día siguiente. Seguimos hablando de nuestros proyectos sobre el aprovisionamiento y defensa del Palacio de la Química, hasta que el teléfono dejó de funcionar. Aquella noche no hubo luz eléctrica y estuve completamente a oscuras en mi casa. Ya no se editaban periódicos, y por lo tanto no podía tener noticias de lo que ocurría fuera. Oía el estrépito de las revueltas, los disparos de pistola, y veía desde mi ventana reflejarse en el cielo el resplandor de los incendios en dirección de Oakland. Fue una noche terrorífica, durante la cual no pude dormir ni un momento. En la acera de enfrente mataron a un hombre. Oí los rápidos disparos de una pistola automática, y minutos más tarde, aquel hombre herido se arrastraba hacia mi puerta pidiendo auxilio. Avancé armado de dos pistolas automáticas y pude cerciorarme a la luz de una cerilla de que al mismo tiempo que moría de sus heridas tenía también la epidemia. Me metí corriendo en mi casa, desde donde durante media hora oí todavía sus gritos y lamentos.

Por la mañana llegó mi hermano. Yo había recogido en una maleta los objetos de valor que pensaba llevarme, pero al ver su rostro comprendí que ya no me acompañaría al Palacio de la Química. Tenía la peste. Intentó estrecharme la mano, pero retrocedí enseguida.

—¡Mírate al espejo! —le dije.

Lo hizo así, y a la vista de su rostro enrojecido, que iba oscureciéndose por momentos, se dejó caer, sin fuerzas, en una silla.

—¡Dios mío! —exclamaba—. No te acerques.

Poco después empezaron las convulsiones. Tardó en morir dos horas. Conservó hasta el fin la lucidez, quejándose del frío y de la pérdida de sensibilidad en los pies, en las piernas, en los costados, hasta que llegó al corazón y murió.

Así destruía la peste escarlata. Cogí la maleta y hui. El aspecto de las calles era aterrador. Por todas partes se tropezaba con apestados; algunos no habían muerto todavía. Y mientras iba avanzando, veía caer a los hombres presa de la muerte. En Berkeley ardían numerosas hogueras, en tanto que Oakland y San Francisco parecía que hubiesen desaparecido en medio de vastos incendios. El humo llenaba de tal modo el firmamento, que el mediodía era como un atardecer triste, y en los cambios de viento, el sol, brillando a través de aquellas penumbra, aparecía como un disco de un rojo sombrío. En verdad, hijos míos, que aquello parecía el fin del mundo.

Se veían muchísimos automóviles abandonados, porque en los garajes la gasolina y las piezas de recambio se habían terminado. Recuerdo uno de aquellos coches. Un hombre y una mujer yacían muertos en los asientos, y en el suelo, no lejos de allí, se hallaban los cadáveres de otras dos mujeres y un niño. A cada paso se encontraba uno con extrañas y horribles escenas. La gente se deslizaba silenciosa y furtivamente, igual que si fueran fantasmas; mujeres pálidas con niños en brazos; padres llevando a sus hijos de la mano; unos completamente solos, otros por parejas o agrupados en familias, huyendo todos de la ciudad de la muerte. Algunos llevaban consigo provisión de alimentos, otros mantas y valores, y muchos no llevaban nada.

Un almacén de comestibles, que era el sitio en donde se vendía la comida, estaba defendido por su dueño, a quien yo conocía mucho, hombre tranquilo y sobrio, pero estúpido y obstinado. Habían sido destrozadas ya puertas y ventanas, pero él desde dentro y oculto tras el mostrador, disparaba su pistola contra un grupo de hombres que pretendían entrar. En la puerta había varios cadáveres. Mientras yo estaba mirando desde lejos y vi a uno de los ladrones romper los cristales de un almacén inmediato, donde se vendía calzado, y deliberadamente prenderle fuego. No acudí en ayuda del tendero. Porque el tiempo de tales actos ya había pasado. La civilización se hundía, y cada cual procuraba para sí.

IV

—Me retiré rápidamente, crucé por una calle transversal, y en la primera esquina presencié otra tragedia. Dos hombres que parecían jornaleros habían cogido a un hombre y a una mujer que iban con dos niños y les estaban robando. A él le conocía yo de vista. Era un poeta, cuyos versos había admirado mucho. Sin embargo, no pude hacer nada por él, pues en el preciso instante de llegar al lugar de la escena, oí el disparo de una pistola y le vi caer al suelo. La mujer chilló, y de un puñetazo fue derribada por uno de aquellos brutos. Yo les amenacé a gritos y entonces dispararon contra mí, visto lo cual doblé corriendo la esquina. El incendio detuvo mi carrera. La calle estaba llena de humo y llamas, los edificios ardían a ambos lados. En medio de todo aquello oí una voz de mujer que pedía auxilio; pero no acudí. El corazón se volvía de acero ante tales escenas, y además se oían demasiadas voces de socorro.

Volví sobre mis pasos, y al llegar de nuevo a la esquina, los ladrones ya se habían marchado. El poeta y su esposa yacían muertos sobre el pavimento. Era una visión horrible. Los dos niños habían desaparecido sin saber adónde. Ahora ya comprendía por qué las personas que hallaba huyendo a mi paso se deslizaban con miedo. En medio de nuestra civilización, en los barrios de gente maleante, habíamos incubado una raza de bárbaros y salvajes; y ahora, aprovechando nuestra desgracia, se volvían contra nosotros, como fieras que eran, y nos despedazaban. También de la misma manera se despedazaban entre ellos. Se excitaban con bebidas fuertes y cometían mil atrocidades, riñendo y matándose en medio de aquella locura general.

Después vi un grupo de obreros que, llevando en medio a sus mujeres y niños y transportando en unas camillas a los ancianos y enfermos, se abrían paso hacia las afueras de la ciudad. Les seguía un furgón cargado de provisiones arrastrado por caballos. Era un hermoso espectáculo ver bajar a aquellos hombres por las calles entre torbellinos de humo, pero estuvieron a punto de disparar contra mí al cruzarme en su camino. Cuando hubieron pasado, uno de los que dirigían el grupo dijo algo en voz alta a guisa de disculpa, explicando que mataban a los ladrones que les salían al paso, y que se habían reunido como único medio para librarse de los malhechores.

Aquí fue donde vi por primera vez lo que luego fui viendo con tanta frecuencia. Un hombre de los del grupo presentó de pronto la señal inconfundible de la peste. Inmediatamente, los que se hallaban a su lado se separaron, y él, sin hacer la menor resistencia, se apartó a un lado y les dejó pasar. Una mujer, probablemente su esposa, intentó seguirle llevando a un niño de la mano. Pero el marido le mandó enérgicamente que continuara su camino mientras los otros la sujetaban impidiéndole que se acercara. Mientras, el hombre, con su rostro encendido, se había metido en un portal de la acera opuesta. Oí un disparo de pistola y le vi caer en tierra, sin vida.

Después de haberme visto obligado a retroceder dos veces ante el incendio, que iba aumentando, conseguí llegar a la Universidad. En la esquina del campo de deportes encontré a un grupo de universitarios que se dirigían al Palacio de la Química. Eran padres de familia y llevaban con ellos a todos los suyos, incluso niñeras y criados. El profesor Badminton me saludó, pero me fue difícil reconocerle, pues sin duda había atravesado por entre las llamas de algún incendio y tenía la barba completamente chamuscada. Alrededor de la cabeza llevaba un vendaje ensangrentado y las ropas sucias. Me dijo que había sido cruelmente apaleado por unos ladrones y que a su hermano lo habían matado la noche anterior defendiendo su vivienda.

Mientras cruzábamos el campo de deportes, me señaló de pronto el rostro de la señora Swinton. Allí estaba la inconfundible escarlata. Al instante todas las otras mujeres se pusieron a gritar y huyeron asustadas. Sus dos hijas también empezaron a correr con la niñera; pero su esposo, el doctor Swinton, no se movió de su lado.

—Siga adelante, Smith —me dijo—, y cuide de mis niños. Yo me quedo con mi mujer. Ya sé que se muere, pero no quiero abandonarla. Luego, si tengo la fortuna de vivir, iré al Palacio de la Química. Espérenme.

Le dejé inclinado sobre ella, consolándola en sus últimos momentos, y corrí a reunirme con los otros. Fuimos los últimos en ser admitidos en el Palacio de la Química, que después mantuvimos incomunicado gracias a los rifles automáticos. Según nuestros planes, cabríamos hasta sesenta en aquel refugio; pero como todos trajeron parientes y amigos, llegamos a reunirnos cuatrocientas almas. No obstante, el Palacio era grande, y al estar aislado, no había peligro de que se incendiara con las imponentes hogueras que devastaban la ciudad.

Habíase almacenado una gran cantidad de provisiones, y la comisión

encargada de los abastecimientos los distribuía diariamente a cada familia y a los diferentes grupos que se habían formado para comer juntos. Se designaron varias comisiones y obtuvimos con esto una organización muy eficaz. Yo formaba parte del comité de defensa, pero afortunadamente nunca se acercaron los merodeadores. No obstante, les veíamos a lo lejos, y por el humo de sus hogueras sabíamos que sus campamentos ocupaban el límite más apartado de nuestro campo de deportes. La embriaguez se había apoderado de todos ellos y a menudo les oíamos entonar canciones horribles y gritar desaforadamente, Mientras el mundo se derrumbaba a su alrededor y todo se llenaba del humo de los incendios, estos seres degradados daban rienda suelta a sus bestiales instintos y reñían, bebían y morían. Después de todo, ¿qué importaba? Fuese como fuese, habían de morir todos, los que amaban la vida y los que se reían de ella. Todos morían; todo desaparecía.

Cuando hubieron transcurrido veinticuatro horas sin que se hubiese manifestado entre nosotros ningún síntoma de la epidemia, nos felicitamos. Después, como temíamos quedarnos sin agua, decidimos hacer un pozo. Ya habéis visto las grandes cañerías que en aquellos tiempos llevaban el agua para los habitantes. Temíamos que el fuego las quemara y que se vaciaran totalmente los depósitos. Por lo tanto, rompimos el pavimento del patio central y empezamos a cavar el pozo, ayudándonos muchos jóvenes estudiantes y trabajando día y noche para apresurar la obra. No tardaron en confirmarse nuestros temores, pues tres horas antes de terminarse el pozo se habían secado las cañerías.

Pasaron otras veinticuatro horas sin que la peste nos afectase: creímos habernos salvado; pero ignorábamos lo que después tuve ocasión de comprobar; esto es: que el periodo de incubación de los gérmenes duraba una infinidad de días. Como la enfermedad se desarrollaba tan rápidamente, creíamos que el periodo de incubación era igualmente rápido, y por eso, al ver que durante dos días no ocurría ninguna novedad, nos entusiasmamos con la idea de habernos librado del contagio.

Pero al tercer día vino la desilusión más dolorosa. Jamás olvidaré la noche que le precedió. Yo estaba encargado de la guardia nocturna en la azotea, desde las ocho hasta las doce. Contemplaba horrorizado cómo desaparecía en llamas la gloriosa obra de la Humanidad. Al rojo resplandor del fuego se hubiese podido leer cualquier escritura por pequeña que fuese. Todo el universo estaba envuelto en llamas. San Francisco lanzaba humo y fuego por sus vastísimos incendios, que semejaban otros tantos volcanes en erupción. Oakland, San Leandro, Haywards, todo ardía, y hacia el norte, en dirección de Point Richmond, se veían claramente

los progresos de las llamas. Era un espectáculo horrible. La civilización, hijos míos, se consumía en una ola de fuego y entre hálitos de muerte. Aquella noche explotaron los grandes almacenes de pólvora de Point Pinole, y las sacudidas fueron tan terribles, que el sólido Palacio de la Química se bamboleó como en un terremoto y todos los cristales se rompieron. Cuando esto ocurrió, abandoné precipitadamente la azotea y bajé por los largos corredores, de habitación en habitación, tranquilizando a las mujeres alarmadas y explicándoles lo ocurrido.

Una hora más tarde, desde una ventana de la planta baja oí un desenfrenado griterío en el campamento de los vagabundos. Las quejas y los chillidos se confundían con los disparos de las pistolas. Según dedujimos después, esta lucha tenía por causa el haber querido expulsar de allí a los enfermos. Un buen número de estos desdichados, víctimas de la epidemia, atravesaron el campo de deportes y a toda costa querían forzar nuestras puertas. Les conminamos a que se marcharan, pero nos cubrieron de improperios e hicieron una descarga con sus pistolas. El profesor Marryweather, que se hallaba en una ventana, fue alcanzado por una bala que le penetró entre los ojos. Hicimos fuego y todos los merodeadores huyeron, a excepción de tres de ellos, entre quienes había una mujer. Estaban contaminados los tres y seguían blasfemando y disparando. Al rojo resplandor de los incendios parecían demonios con sus rostros encendidos. Maté con mi propia mano a uno de aquellos hombres. El otro y la mujer, sin cesar ni un momento de maldecirnos, se dejaron caer debajo de nuestras ventanas, no quedándonos otro recurso que esperar a que murieran.

La situación se había agravado mucho. Como las explosiones de los depósitos de pólvora rompieron todos los cristales del Palacio de la Química, nos hallábamos expuestos a los gérmenes de aquellos cadáveres. Llamamos rápidamente a la comisión de sanidad y se solicitaron dos hombres para que salieran a quitarlos de allí. Esto significaba el probable sacrificio de sus vidas, pues luego de haber llevado a cabo su misión no se les permitiría volver a entrar en el edificio. Se ofrecieron voluntariamente un profesor que era soltero y un estudiante, los cuales se despidieron de nosotros y salieron heroicamente a sacrificar sus vidas para que los cuatrocientos restantes pudiéramos seguir viviendo. Cuando hubieron cumplido con su deber se quedaron mirándonos tristemente unos momentos y después nos dijeron adiós con las manos por última vez. Se fueron lentamente, a través del campo de deportes, en dirección a la ciudad en llamas.

Y sin embargo, todo fue inútil. A la mañana siguiente, uno de los nuestros caía víctima de la peste. Era una niñera de la familia del profesor Stout, una jovencita; pero como no estaba el tiempo para sentimentalismos, la obligamos a

abandonar el edificio por si era la única atacada. Se alejó muy despacio, retorciéndose las manos. Nosotros nos dábamos cuenta de nuestra brutalidad, pero ¿qué podíamos hacer? Éramos cuatrocientos y debíamos sacrificar al individuo.

Pero en uno de los laboratorios, donde se habían instalado tres familias, encontramos aquella tarde en los distintos pisos nada menos que cuatro cadáveres y siete casos de epidemia.

Entonces fue cuando empezó la alarma. Dejando a los muertos en el mismo lugar donde caían, obligábamos a los sanos a mudarse a otra habitación. La peste empezó a manifestarse entre los restantes, y tan pronto como aparecían los síntomas, enviábamos a los atacados a las habitaciones abandonadas, obligándoles a ir por su pie, a fin de evitar el tener que tocarles luego que muriesen. Esto era muy doloroso. La peste seguía ensañándose sin tregua, y las habitaciones, una tras otra, fueron llenándose de cadáveres y moribundos. Y así, los que continuábamos inmunes, nos íbamos retirando de un piso al otro, ante esta ola de muerte que inundaba el edificio.

Bien pronto aquel lugar se convirtió en un cementerio. A medianoche huimos los que todavía estábamos vivos, no llevando más que armas, municiones y una buena provisión de conservas. Nos instalamos en el campo de deportes, en el lado opuesto al que habían ocupado los vagabundos, y mientras algunos de nosotros quedaron montando la guardia, otros se ofrecieron voluntariamente para ir a la ciudad en busca de caballos, automóviles, camiones o algo que sirviera para transportar nuestras vituallas y nos permitiera marchar como aquellos obreros que habíamos visto abriéndose paso hacia el campo.

Yo fui uno de estos exploradores. El doctor Hoyle, recordando que su coche había quedado en el garaje de su casa, me dijo que fuera a buscarlo. Salimos de dos en dos, me correspondió ir en compañía de un estudiante llamado Dombey. Debíamos recorrer media milla para llegar a la casa del doctor Hoyle. Allí los edificios estaban aislados, independientes, rodeados de árboles y de praderas cubiertas de hierba. El fuego, como jugueteando, había quemado manzanas enteras respetando otras y dejando a menudo una sola casa en pie en toda una manzana. Los ladrones seguían en sus asaltos. Llevábamos nuestras pistolas automáticas en la mano, bien a la vista, y nuestro aspecto era lo bastante decidido y desesperado para que nadie se atreviera a atacarnos. Pero al llegar a la casa del doctor Hoyle ocurrió lo que me temía. Respetado hasta entonces por el fuego el hotel, empezaba a arder en el preciso instante de presentarnos nosotros.

El criminal que acababa de incendiarlo bajaba entonces la escalera dando traspiés y llegó al camino. De entre los bolsillos de la chaqueta se veían asomar sendas botellas de *whisky*. Estaba ebrio. Mi primera intención fue matarle, y nunca he dejado de arrepentirme por no haberlo hecho a tiempo. Tambaleándose, con los ojos turbios, manando sangre de un corte abierto en su cara patilluda, era el prototipo más nauseabundo de degradación que jamás había visto. Sujetándose en un árbol nos dejó pasar. Apenas hubimos cruzado ante él, sacó una pistola, y de un balazo le atravesó la cabeza a Dombey. Fue un crimen de los más cínicos. Un instante más tarde le había matado yo, pero ya era demasiado tarde. Dombey había expirado sin una queja. Creo que no llegó a darse cuenta de nada.

Abandonando los dos cadáveres, recorrí el hotel en llamas hasta llegar al garaje, donde tuve la suerte de encontrar el automóvil del doctor. Los depósitos estaban llenos de gasolina y todo a punto para ponerse en marcha. En él atravesé la ciudad en ruinas y regresé al campo de deportes. Volvieron los demás expedicionarios, pero ninguno había sido tan afortunado como yo. El profesor Fairmead encontró un *pony* de Shetland, pero el pobre animal, atado en una cuadra y abandonado allí varios días, sin comer ni beber, estaba tan débil que no servía para llevar ninguna carga. Algunos opinaban que debíamos dejarlo en libertad, pero yo insistí en que lo conserváramos, pues si llegábamos a quedarnos sin provisiones, podía servirnos de alimento.

La expedición se dispuso a partir. Éramos cuarenta y siete, entre ellos muchas mujeres y niños. El presidente de la Facultad, viejo, enfermizo y agotado por los horribles acontecimientos de la última semana, iba en el automóvil con varios niños y la anciana madre del profesor Fairmead. Wathope, un joven profesor de inglés, gravemente herido de un balazo en una pierna, conducía el coche. Los demás íbamos a pie y el profesor Fairmead llevaba el *pony*.

El día hubiera sido de los más espléndidos de verano a no ser por el humo que cubría el cielo, y a través del cual asomaba pálido un sol sombrío como un disco siniestro. Pero nos habíamos acostumbrado a este sol de color de sangre. Pero el humo era lo peor. Nos irritaba la nariz y los ojos, que teníamos enrojecidos. Dirigimos nuestros pasos hacia el sudoeste, a través de las interminables calles suburbanas, para alcanzar las primeras colinas que limitaban la llanura donde se encontraba enclavada la ciudad. Únicamente por este camino teníamos la esperanza de llegar al campo libre.

Avanzábamos muy poco. Las mujeres y los niños no podían acelerar el paso. Ni siquiera se soñaba entonces en caminar como lo hacemos hoy, hijos míos. En

realidad, no sabíamos andar ninguno de nosotros. Fue después de la peste cuando aprendí a caminar de veras. Por lo tanto, debíamos ajustar nuestro paso al de los más lentos, pues no nos atrevíamos a separarnos por miedo a los malhechores. Ya habían disminuido mucho estas fieras humanas, porque la peste los había diezmado, pero aún quedaban los suficientes para ser una amenaza constante. Muchos de los hermosos hoteles que allí se levantaban habían sido respetados por el fuego, aunque por todas partes se veían ruinas humeantes. Parecía que los criminales hubiesen saciado al fin su insensato deseo de quemar, pues cada vez era más raro ver casas recién incendiadas.

Muchos de nosotros íbamos buscando automóviles y gasolina en los garajes; pero la suerte no nos fue propicia, porque los primeros fugitivos se habían adueñado de todo. Perdimos en estos trabajos a Calgan, joven excelente, muerto por unos vagabundos al cruzar un prado. Fue esta la última agresión que nos privó de un compañero, a pesar de que más adelante uno de aquellos brutos, completamente borracho, empezó a disparar contra nosotros; pero por fortuna tiraba sin tino y pudimos matarlo antes de que pudiera causarnos más daño.

En Fruitvale, todavía en el corazón del barrio de las hermosas residencias, volvió a herirnos la peste. La víctima fue el profesor Fairmead. Nos indicó por señas que su madre no debía enterarse, y se internó en una de aquellas espléndidas mansiones. Fue a sentarse en los escalones de la terraza, y yo, emocionado, le dije adiós por última vez. Aquella noche acampamos algunas millas más allá de Fruitvale, todavía en la ciudad, y tuvimos que levantar dos veces el campamento huyendo de la muerte. Por la mañana solo éramos treinta los que nos habíamos salvado.

A las pocas horas de habernos puesto en marcha, la esposa del presidente de la Facultad, que iba a pie, presentó los síntomas fatales, y al apartarse para que siguiéramos adelante, insistió el presidente en abandonar el automóvil y quedarse con ella. Hubo casi una discusión por esta causa, pero al fin tuvimos que acceder al deseo del presidente. Después de todo, daba lo mismo, pues no sabíamos quién de nosotros se salvaría últimamente, si es que se salvaba alguien.

Aquella noche, la segunda de nuestra marcha, acampamos más allá de Haywards, ya en pleno campo, y por la mañana solo quedábamos once con vida. Wathpe, el profesor herido en la pierna, se había escapado con el automóvil, llevando consigo a su madre, a sus hermanas y la mayor de nuestras provisiones. Al atardecer, habiendo hecho un alto en nuestra marcha, descansábamos junto al camino, y fue entonces cuando vimos el último aeroplano. El humo era menos

denso aquí en el campo, y fui yo el primero en ver el aparato, que evolucionaba sin rumbo ni dirección, a dos mil pies de altura. No pude adivinar lo que habría ocurrido, pero poco después le vimos inclinarse y descender rápidamente. Debieron explotar entonces los puntales de las diversas cámaras de gas, pues cayó a tierra casi perpendicularmente, como una plomada. Desde aquel día no he vuelto a ver ninguno. En los años que siguieron a todo esto miraba con frecuencia el cielo, por si veía algún aeroplano, esperando, contra toda esperanza, que en algún lugar del mundo hubiese sobrevivido la civilización. Pero no fue así. Lo que había sucedido con nosotros, debió suceder con todos y en todas partes.

Al día siguiente, al llegar a Niles, no éramos más que tres los supervivientes. Más allá de Niles encontramos al profesor Wathope muerto en medio de la carretera. El automóvil estaba destrozado, y sobre unas mantas que habían extendido en el suelo yacían los cadáveres de su hermana, de su madre y el suyo propio.

Aquella noche, extenuado por este continuo ejercicio al que no estaba acostumbrado, dormí pesadamente. Por la mañana estaba solo en el mundo. Parsons y Canfield, mis últimos compañeros habían muerto de la peste. De los cuatrocientos que nos refugiamos en el Palacio de la Química y de los cuarenta y siete que éramos al empezar la marcha, solo quedaba yo... y el *pony* de Shetland. Nunca he sabido explicarme por qué pudo suceder así. Yo no me contagié de la terrible peste, y eso es todo. Estaba inmunizado. Era el único superviviente entre un millón; lo mismo que cada otro superviviente era uno entre otro millón, o quizás entre varios millones, pues esa fue finalmente la proporción en que murieron.

V

—Durante dos días me escondí entre una arboleda, donde no había muerto nadie. Aunque muy deprimido de ánimo y esperando que de un momento a otro llegara mi turno, pude descansar y recobrar las fuerzas. El *pony* también recobró las suyas. Y al tercer día, colocando sobre el lomo del caballejo la escasa provisión de alimentos que me quedaba, emprendí el camino a través de una región completamente desierta. No encontré a ningún ser humano con vida; solo veía la muerte por todas partes. Sin embargo, los alimentos abundaban. La tierra no estaba entonces como ahora, sino limpia de bosques y malezas y muy bien cultivada. La comida destinada a millones de bocas crecía, maduraba y se echaba a perder. Yo iba recogiendo en los campos verduras y frutas. Hallé en las granjas huevos y pollos, y buena provisión de conservas en las despensas.

Con los animales iba ocurriendo una cosa muy extraña: todos poco a poco se volvían salvajes y se atacaban unos a otros. Fueron las primeras víctimas los pollos y patos, mientras que los primeros en volverse feroces fueron los cerdos y después los gatos. Tampoco los perros tardaron mucho en adaptarse a las nuevas circunstancias, llegando a constituir un verdadero peligro. Devoraban los cadáveres, aullaban durante la noche, y de día se ocultaban. Al principio vivían separados, recelosos y siempre dispuestos a reñir, pero poco a poco empezaron a juntarse y a ir en manadas. El perro había sido siempre un animal sociable aun antes de ser domesticado por el hombre. En los últimos tiempos que precedieron a la peste, había muchas variedades de ellos, unos sin lanas y otros con abundante pelaje; unos pequeños, tan pequeños que apenas hubieran constituido un bocado para otros del tamaño de leones. Y ocurrió que todos los perros pequeños y débiles fueron exterminados por los demás, y después los muy grandes, no pudiendo acostumbrarse a la vida salvaje, acabaron por extinguirse. Desaparecieron, pues, las diferentes razas y solo quedaron, viviendo en manadas, los perros lobos que ahora conocéis.

—Pero los gatos no van en manadas, abuelo —advirtió Hoo-hoo.

—El gato nunca fue un animal sociable. Como dijo un escritor del siglo XIX, «el gato pasea consigo mismo». Siempre ha ido solo: antes de ser domesticado por el hombre, después de tantas centurias de domesticidad, y ahora en que ha vuelto

a su estado primitivo.

Los caballos también se volvieron cerriles, y todas las buenas razas degeneraron en el pequeño caballo salvaje que conocemos hoy. También las vacas se volvieron bravas, como se volvieron silvestres las palomas y ariscas las ovejas. Ya sabéis que sobrevivieron algunas gallináceas; sin embargo, la gallina de hoy es completamente distinta de la de nuestros tiempos.

Pero volvamos a mi historia. Atravesé, como he dicho, una región desierta, y a medida que transcurría el tiempo aumentaban mis deseos de encontrarme con seres humanos; pero no veía a nadie y cada vez me sentía más abandonado. Crucé el valle de Livermore, atravesando las montañas que lo separan del gran valle de San Joaquín. Vosotros no lo conocéis; es muy extenso, y en él viven los caballos cerriles reunidos en grandes manadas que suman muchos cientos de miles. Os creéis que aquí en el litoral hay muchos caballos, pero esto no es nada comparado con lo de San Joaquín. Las vacas, al volver a su estado salvaje, se refugiaron en las montañas más retiradas, donde evidentemente podían defenderse mejor.

Los merodeadores no debieron llegar hasta los distritos del interior, porque encontré muchos pueblos y ciudades que se habían librado del fuego. Sin embargo, estaban llenos del hedor de la muerte y pasé de largo. Cerca de Lathrop, cansado de mi soledad, recogí dos perros escoceses, que instantáneamente consintieron en volver a someterse al hombre. Estos perros me acompañaron durante muchísimos años, y sus descendientes son esos mismos perros que tenéis ahora; pero en sesenta años la raza ha degenerado y casi más parecen lobos domesticados que otra cosa.

Hare-Lip se levantó, echó una ojeada a las cabras, por ver si ocurría algo, y observó la posición del sol en el cielo vespertino, dando muestras de una gran impaciencia ante la prolijidad del anciano. Instado por Edwin a darse prisa, el abuelo prosiguió:

—Ya queda poco que contar. Con mis dos perros y mi *pony*, y montado en un caballo que había podido capturar, crucé el San Joaquín y llegué a un valle maravilloso, enclavado en las sierras, llamado Yosemite. Había allí un hotel en el que hallé una inmensa provisión de conservas. Los pastos y la caza eran abundantes y además el río que atravesaba el valle estaba lleno de truchas. Tres años permanecí allí, en una soledad tan absoluta, que nadie, sino un hombre que ha vivido en una civilización superior, puede comprender. Transcurridos los tres años supuse que el país estaría saneado y habrían desaparecido los gérmenes de la epidemia.

Partí de nuevo con mi caballo, mis perros y mi *pony*. Volví a pasar por el valle de San Joaquín, crucé las montañas y bajé al valle de Livermore. El cambio producido en estos tres años era verdaderamente asombroso. Apenas si reconocía todas aquellas tierras antes tan bien cultivadas, y ahora invadidas por la ola de vegetación bravía que había cubierto las labores agrícolas del hombre. Antes de la peste, el trigo, las hortalizas y los frutales, siempre muy bien cuidados, eran suaves y tiernos, mientras que al contrario, las malas hierbas y las malezas, siempre combatidas, se habían hecho duras y resistentes. Como consecuencia de ello, al faltar la mano del hombre, la vegetación silvestre ahogó materialmente a la vegetación domesticada. Los coyotes habían aumentado extraordinariamente. Y fue entonces cuando encontré lobos por primera vez, bajando, de dos en dos, de tres en tres, o en pequeños grupos, de las regiones donde siempre habían habitado.

En el lago Temescal, no lejos de lo que en otro tiempo fue la ciudad de Dakland, di con la primera vivienda de seres humanos. ¡Oh, hijos míos!, cómo describir mi emoción cuando, montado en mi caballo, bajaba al lado por la ladera de la colina. A través de los árboles vi el humo de una hoguera. El corazón casi dejó de latirme. Creí que me volvía loco al oír llorar a un niño... ¡a un niño! Y ladraron unos perros y mis perros contestaron. Como había supuesto hasta entonces que era el único superviviente después de la peste, no podía esperar que allí hubiese otros hombres... y con ellos humo y el llanto de un niño.

Pero, a unas cien yardas de distancia, como si hubiese surgido del lago, vi a un hombre corpulento. Estaba sentado en lo más saliente de una roca, y pescaba. Me quedé sobrecogido al verle. Detuve el caballo y le hice una seña con la mano; pero aunque me pareció que me miraba, no correspondió a mi saludo. Entonces oculté la cabeza entre los brazos con temor de volver a mirar, porque sentía que todo aquello era una alucinación y que si miraba desaparecería enseguida. Tan deseada era la visión, que quise prolongarla unos segundos más.

Así estuve hasta que oí gruñir a mis perros y percibí después claramente la voz de un hombre. ¿Qué creéis que decía? Os lo voy a repetir. Me dijo:

—¿De dónde diablos viene usted?

Estas fueron exactamente las palabras. Esto fue lo que dijo a vuestro abuelo, aquel hombre, cuando me saludó a orillas del lago Temescal, hace cincuenta y siete años. Y para mí fueron las palabras más maravillosas que había oído en mi vida. Abrí los ojos y vi delante de mí a un hombre alto, moreno, peludo, de mandíbulas prominentes, cejas oblicuas y ojos fieros. No sé cómo bajé del caballo. Únicamente

me di cuenta de estar estrechando su mano entre las mías y llorando. Hubiese querido abrazarle, pero era un hombre desconfiado, y se apartó de mí. No obstante, yo no soltaba su mano y seguía llorando.

El abuelo titubeó a este punto del relato, se le quebró la voz, y por sus mejillas corrieron lágrimas, mientras que los chicos se reían de él.

—Sin embargo —prosiguió contando—, deseaba abrazarle, pero el chófer era un bruto, un perfecto bruto, el hombre más odioso que jamás he conocido. Su nombre era... raro, lo he olvidado. Todos le llamaban chófer, que era el nombre de su oficio, y este es el que ha perdurado. Por eso la tribu que fundó se llama la tribu de los chóferes.

Era violento e injusto. Nunca he podido explicarme por qué le perdonarían los gérmenes de la peste. A despecho de nuestras viejas nociones acerca de la justicia absoluta, creeríamos que no hay justicia en el universo. ¿Por qué viviría aquel monstruo, borrón de la Naturaleza, ser sin escrúpulos, inicuo y bestial? No sabía hablar sino de automóviles, maquinaria, gasolina y garajes, y especialmente, con gran deleite suyo, de sus raterías y sus estafas a las personas que le habían empleado antes de la peste. Y con todo, vivía este auténtico bruto, mientras cientos de millones, digo, billones de hombres mucho mejores que él habían desaparecido.

Fui con él a su campamento y allí encontré a Vesta, la única mujer. Aquello era admirable y... lastimoso. Allí estaba Vesta Van Warden, la joven esposa de John Van Warden, vestida de andrajos, con las manos cubiertas de cicatrices, inclinada sobre el fuego y efectuando los trabajos más humillantes; ella, nacida de la familia más noble y más poderosa que jamás se conociera. John Van Warden, su esposo, con una fortuna de un billón ochocientos millones, y presidente de la Junta de Magnates de la Industria, había sido el amo de América. Además, formando parte del Comité Internacional de Gobierno, fue uno de los siete hombres que rigieron el mundo. Ella, por su parte, procedía de un linaje igualmente noble. Su padre, Philip Saxon, al morir, era presidente de la Junta de Magnates de la Industria. Esta jerarquía estaba en vías de hacerse hereditaria, y si Philip Saxon hubiese tenido un hijo, él le hubiera sucedido en su cargo; pero solo tenía a Vesta, la flor más perfecta de las generaciones de elevada cultura que había producido este planeta. Hasta que no se hubieron prometido Vesta y Van Warden, Saxon no señaló a este como sucesor. Estoy seguro de que fue una boda política. Tengo mis razones para creer que Vesta no quiso nunca a su esposo con la locura apasionada que solían cantar los poetas. Parecía más bien uno de esos matrimonios que se efectuaban entre las antiguas cabezas coronadas, antes de que las destituyeran los

Magnates.

Y ahora estaba preparando un guiso de pescado en una olla cubierta de carbonilla, y con sus hermosos ojos inflamados por el humo del fuego. Era bien triste su historia. Había sobrevivido entre un millón, lo mismo que yo y que el chófer. Van Warden había construido una residencia de verano sobre una loma de las colinas de la Alameda que dominaban la bahía de San Francisco. Estaba rodeada de un parque de mil acres, y cuando estalló la peste, Van Warden la mandó allí. Centinelas armados custodiaban los límites del parque y no entraba nada, ni alimentos, ni siquiera el correo, que no fuese previamente fumigado. Y con todo, la peste entró, matando a los centinelas en sus puestos, a los criados en sus ocupaciones, exterminando a todo el ejército de servidores, y finalmente a cuantos no habían huido para ir a morir a cualquier otra parte. Así fue como Vesta se encontró siendo la única persona viva en aquel palacio, convertido en un cementerio.

El chófer era uno de los criados que habían huido al declararse la peste, y cuando regresó, dos meses después, descubrió a Vesta en un pequeño pabellón donde nadie había muerto y donde ella se había instalado. El chófer era un bruto. Vesta se asustó al verle y corrió enseguida a esconderse entre los árboles. Aquella misma noche huyó hacia la montaña; pero sus delicados pies no conocían el roce de las piedras ni los rasguños de las zarzas, y él la siguió y pudo alcanzarla sin esfuerzo alguno. La apaleó, ¿comprendéis? Le pegó con aquellos puños terribles y la hizo su esclava. Ella era quien debía buscar la leña para el fuego, encenderlo, guisar y hacer todos los trabajos más degradantes. La obligaba a esto mientras que él, como un verdadero salvaje, se tumbaba en el suelo para mirar cómo trabajaba. No hacía nada, absolutamente nada, excepto cazar y pescar.

—¡Bravo por el chófer! —comentó en voz baja Hare-Lip—. Era una mala bestia, pero hacía muchas cosas y todo iba adelante. Era un valiente. A nosotros nos hacía estar de pie en derredor suyo. Hasta cuando se encontraba en las últimas, me cogió una vez y me abrió la cabeza con ese bastón tan largo que llevaba siempre.

Hare-Lip se rascaba la cabeza al recordar lo ocurrido, y los muchachos se volvieron hacia el abuelo, que, habiéndose quedado extasiado, murmuraba algo acerca de Vesta, la mujer del fundador de la tribu de los chóferes.

—Por eso os digo que no podéis comprender el horror de aquella situación. El chófer era un criado, ¿entendéis?, un criado, y tenía que humillar la cabeza ante

seres como Vesta, que por su nacimiento y por su matrimonio era una verdadera aristócrata. En su mano sonrosada tenía ella los destinos de millones de hombres como aquel. Antes de que ocurriera la epidemia, el más ligero contacto con un tipo semejante hubiera sido una profanación. ¡Oh, esto lo he visto yo! Recuerdo que la señora Goldwin, esposa de uno de los grandes magnates, fue al embarcadero, y en el momento de montar en su dirigible se le cayó la sombrilla. Un criado cometió el error de entregársela directamente a ella, a una de las más grandes damas del mundo. La señora Goldwin se hizo atrás, como si se hubiese aproximado un leproso, e indicó a su secretario que recibiese la sombrilla, y al mismo tiempo dio orden para que aquel criado abandonara inmediatamente su servicio. Vesta Van Warden era una mujer de esta clase. Y a ella es a quien apaleó el chófer y convirtió en su esclava.

... Bill, eso es, Bill el chófer. Ese era su nombre. Era un salvaje, con los peores instintos, y no era justo que fuera agraciado con una locura de mujer como Vesta Van Warden. Vosotros, hijos míos, nunca comprenderéis la gravedad de todo esto; porque vosotros también sois unos pequeños salvajes que no sabéis nada que no sea la barbarie actual. ¿Por qué no pudo haber sido mía Vesta? Yo era un hombre culto y refinado, un profesor de Universidad. A pesar de esto, antes de la peste era tan elevada su posición, que no se hubiese dignado enterarse de que yo existía. Fijaos en qué abismo se hundió aquella dama al caer en las manos del chófer. Solamente la destrucción de toda la Humanidad hizo posible que yo la conociera, que estrechase su mano... ¡ay! Y la amase sabiendo que no era indiferente a mi cariño. Tengo buenas razones para creer que aun siendo quien era, hubiese llegado a amarme al no haber otro hombre en el mundo, excepción hecha del chófer. ¿Por qué la peste, que mató a ocho billones de seres, no mató a uno más, y no ser este el chófer?

Una mañana que este bárbaro salió a pescar, Vesta me suplicó que le matara; me lo rogaba con lágrimas en los ojos. Pero el chófer era más fuerte que yo y tuve miedo. Más tarde hablé con él. Le ofrecí mi caballo, mi *pony*, mis perros y todo cuanto poseía si me daba a Vesta. Él acercó su cara a la mía, rechinando los dientes y haciendo un gesto negativo. Me dijo, lleno de insolencia, que en otros tiempos había sido su criado, que le habían pisoteado gentes como ella y como yo, y que ahora la dama más encopetada del país le servía la comida y cuidaba de sus rapaces.

—Vosotros lo pasabais bien antes de la peste —afirmó—, pero ahora me toca a mí y he de darme una vida excelente. Por nada del mundo quisiera volver a aquellos tiempos.

Eso es lo que dijo, pero no con estas mismas palabras; él era un hombre demasiado ordinario, y de sus labios solo salían expresiones soeces.

Añadió, además, que si me sorprendía haciendo carantoñas a su mujer, me retorcería el pescuezo y a ella le daría una paliza. ¿Qué podía hacer? Estaba realmente asustado. ¡Era tan salvaje! La noche en que llegué al campamento, Vesta y yo departimos agradablemente de cosas de nuestro mundo desaparecido. Hablamos de arte, de libros, de poesía; y el chófer nos escuchaba refunfuñando y mofándose de nosotros. Le fastidiaba esta conversación, que no comprendía, y sin poder contenerse, me dijo:

—Vea, profesor Smith, esta Vesta Van Warden, que fue esposa del Magnate, esta buena moza es ahora mi mujer. ¡Eh, profesor, cómo han cambiado los tiempos! Tú, Vesta, quítame las sandalias. Quiero mostrar al profesor Smith lo bien que te he amaestrado.

Vi cómo ella apretaba los dientes y cómo brillaban sus ojos en un momento de rebelión; pero el chófer, brutalmente, levantó el puño, dispuesto a pegarle. El miedo paralizó mi corazón. Yo no podía luchar con aquel bárbaro, y por lo tanto, me levanté para salir y no ser testigo de tanta iniquidad. El chófer, riéndose, me amenazó con una paliza si no me quedaba. Y yo, sentado allí por fuerza, vi a Vesta Van Warden arrodillarse y descalzar a aquella bestia humana, peluda y simiesca que se permitía mofarse de nosotros.

... ¡Oh, vosotros no lo comprendéis, hijos míos! Nunca habéis conocido otra cosa y no comprendéis.

—Hay que apretar la soga de cuando en cuando —decía el chófer, mientras ella ejecutaba aquel repugnante oficio—. A veces se pone algo tonta, profesor, algo tonta; pero un puñetazo en las mandíbulas la vuelve más mansa y humilde que un cordero.

Poco después me dijo:

—Deberíamos repoblar la tierra, doctor. Usted está en buenas condiciones, pero no tiene mujer. Yo no soy partidario de un arreglo al estilo de los jardines del Edén, pero, como no soy orgulloso, le diré a usted una cosa.

Señaló a su hijita, que apenas contaba un año.

—He aquí a su esposa, doctor, aunque tendrá que esperar a que crezca. Es

muy rica, ¿verdad? Aquí todos somos iguales, aunque yo sea el mayor sapo del cenagal. Pero no me desdigo, no. Le hago este honor, profesor Smith, el más grande honor, al desposarle con esta hija mía y de Vesta Van Warden. ¿Pero no es una verdadera lástima que Van Warden no esté aquí para verlo?

VI

Aquellas tres semanas que estuve en el campamento del chófer fueron para mí un tormento infinito. Y un día, cansado de mi presencia o de lo que él creía mis perversas intenciones hacia Vesta, me dijo que el año anterior, caminando por las colinas de Contra Costa en dirección a los desfiladeros de Carquinez, había visto salir humo de dichos desfiladeros. Esto significaba que allí había otros seres humanos. Y me indicó que debía trasladarme allí para comprobar estos informes preciosos e inestimables. Inmediatamente me fui con mis perros y caballos, y por las colinas de Contra Costa me dirigí hacia los desfiladeros. No vi humo por aquel lado, pero en Port Costa descubrí una pequeña embarcación en la que podía viajar con mis animales. Un trozo de lona vieja que me encontré sirvió de vela, y afortunadamente un airecillo del sur me empujó a través de los desfiladeros hacia las ruinas de Vallejo.

Cuando llegué, ya en los suburbios de la ciudad, encontré señales de un campamento recién abandonado. Un montón de conchas de molusco indicaba qué era lo que había atraído a aquellos hombres a la playa de la bahía. Era la tribu de los Santa Rosan, y yo seguí sus huellas a lo largo de la antigua vía férrea, que atravesando las lagunas saladas va directamente al valle de Sonoma. Allí les di alcance en el antiguo ladrillal de Glen Ellen. Sumaban entre todos dieciocho almas. Había dos ancianos, uno de los cuales era Jones, el banquero, y el otro Harrison, un prestamista retirado, que había tomado por esposa a la encargada del manicomio del Estado de Napa. Entre los habitantes de Napa y de todos los pueblos de aquel valle rico y populoso, ella era la única que logró salvarse. También había tres hombres jóvenes: Cardiff y Hale, que eran labriegos, y Wainwright, un jornalero vulgar. Los tres se habían casado. A Hale, hombre rudo e inculto, le había tocado en suerte Isidora, la mejor de todas las mujeres que se habían salvado de la peste, después de Vesta. Era una de las cantantes más notables del mundo a la que la peste había sorprendido en San Francisco.

Estuve hablando con ella durante varias horas y me contó todas sus aventuras, refiriéndome que como la había socorrido Hale en el Mendocino Frest Reserve, no le había quedado más remedio que consentir en ser su esposa. Pero Hale era un buen sujeto a pesar de su falta de instrucción. Tenía el sentimiento de la justicia y era muy correcto en su trato, por lo cual Isidora era más feliz con él que

Vesta con el chófer.

Las esposas de Cardiff y Wainwright eran mujeres vulgares, de constitución robusta y acostumbradas al trabajo; tipos apropiados a la nueva vida salvaje, que se veían obligadas a llevar. Además, había dos adultos, dos idiotas del sanatorio de Eldredge, y cinco o seis niños pequeños, nacidos después de la formación de la tribu Santa Rosan. También estaba allí Berta, que a pesar de las burlas de tu padre, Hare-Lip, era una buena mujer. Me casé con ella y fue la madre de tu padre, Edwin, y del tuyo, Hoo-hoo. Y nuestra hija Vera se casó con tu padre, Hare-Lip, que era Sandow, el hijo mayor de Vesta Van Warden y el chófer.

Así llegué a ser el decimonoveno miembro de la tribu de Santa Rosan. Después, solo se agregaron dos forasteros más. Uno de ellos Mungerson, descendiente de los magnates, quien antes de dirigirse hacia el sur y reunirse con nosotros, anduvo solo y errante por los desiertos del norte de California. Él fue quien tuvo que aguardar doce años para casarse con mi hija Mary. El otro se llamaba Johnson, y había sido el fundador de la tribu de Utah. De Utah procedía él, un país que estaba muy lejos de aquí, hacia el este, al otro lado de los grandes desiertos. Johnson no llegó a California hasta veintisiete años después de la peste, y según dijo, en toda aquella región de Utah solo se habían salvado tres personas, todos ellos hombres. Los tres vivieron y cazaron juntos por espacio de muchos años, hasta que, al fin, desesperados, temiendo que con ellos desapareciera por completo el linaje humano, se dirigieron hacia el oeste por ver si en California encontraban alguna mujer que hubiese sobrevivido a la catástrofe. Solo Johnson consiguió atravesar el Gran Desierto, en el que perecieron sus dos compañeros. Cuando se reunió con nosotros tenía cuarenta y siete años y se casó con la cuarta hija de Isidora y Hale; su hijo mayor se casó con tu tía, Hare-Lip, que era la tercera hija de Vesta y el chófer. Johnson era un hombre fuerte y decidido, que se separó de los Santa Rosan y formó, como he dicho, la tribu de Utah, en San José. Una tribu pequeña, compuesta solo de nueve individuos; pero, aun después de la muerte de Johnson, es tal su influencia y la fuerza de su raza, que llegará a formarse una tribu poderosa y representará uno de los principales papeles en la nueva civilización del mundo.

Que conozcamos, solo hay dos tribus más: la de los Ángeles y la de los Carmelitos. Esta última fue fundada por un descendiente de los antiguos mejicanos llamado López. Era vaquero en los ranchos del otro lado del Carmelo, y su mujer servía como doncella en el Gran Hotel. Esto sucedió siete años antes de que nos pusiéramos en contacto con los de los Ángeles. Ahora ocupan una región muy buena allá abajo, aunque demasiado cálida. Calculo que en la actualidad el

número de pobladores de la tierra oscila entre trescientos cincuenta a cuatrocientos, a no ser, naturalmente, que haya algunas pequeñas tribus diseminadas en cualquier otra parte del mundo. Si es así, nada sabemos de ellos. Hasta que Johnson no llegó de Utah cruzando el desierto, nada sabíamos del este ni de ningún otro sitio.

La Humanidad, tan abundante durante mi infancia y primera juventud, ha desaparecido. Yo soy el último de los que vivieron en los días de la peste y que conoce las maravillas de aquellos tiempos lejanos. Nosotros, que dominábamos el planeta (la tierra, los mares y el aire) y que nos parecíamos a los dioses, vivimos ahora en un estado de salvajismo primitivo a lo largo de los ríos, en esta región de California.

Pero estamos aumentando rápidamente. Tu hermana, Hare-Lip, ya tiene cuatro hijos. Y no solo aumentamos en número, sino que también nos preparamos para remontar de nuevo hacia la civilización. Algún día vendrá en que la densidad de población nos obligará a emigrar, y podemos esperar que quizá con cien generaciones más nuestros descendientes crucen las sierras y se extiendan poco a poco, de generación en generación, por el gran continente, para colonizar el este, cual nueva expedición Aria alrededor del mundo.

Pero esto será lento, muy lento. ¡Hemos de ascender tanto! ¡Es tanto lo que hemos bajado! ¡Si al menos se hubiese salvado algún físico o algún químico! Pero no ha sido así y lo hemos olvidado todo. El chófer comenzó a hacer algunos trabajos de herrería; construyó la fragua que usamos ahora, pero era un haragán y al morir se llevó con él todo lo que sabía acerca de mecánica y de los metales. ¿Qué podía saber yo de tales cosas? Yo era un literato clásico y no un químico. Los otros hombres que sobrevivieron no estaban educados. Otras dos cosas realizó además el chófer: la preparación de bebidas fuertes y el cultivo del tabaco. Un día, estando ebrio, mató a Vesta. Tengo la seguridad de que la mató en el paroxismo de la crueldad propia de la embriaguez, aunque él aseguró siempre que había caído en el lago y se había ahogado.

Y ahora, hijos míos, quiero preveniros contra esos charlatanes llamados curanderos. Ellos se titulan «doctores», ridiculizando lo que en otros tiempos fue noble profesión, pero en realidad son unos diablos de curanderos que fomentan la superstición y el oscurantismo. Son unos embusteros todos; pero estamos tan envilecidos, que creemos en sus mentiras. También se irán multiplicando según aumentemos nosotros y se esforzarán por dominarnos, a pesar de ser unos farsantes. Mirad al joven Cross-Eyes, que se las da de doctor y vende talismanes

contra las enfermedades, garantizando buenas cacerías y excelente tiempo a cambio de carne y pieles, enviando el bastón de la muerte a cuantos le temen y realizando mil abominaciones. Os aseguro que miente a pesar de cuanto diga. Yo, el profesor Smith, afirmo que miente. Esto se lo he dicho en su propia cara y no me ha enviado el bastón de la muerte. ¿Sabéis por qué? Porque sabe que conmigo sería ineficaz. Pero vosotros, Hare-Lip, estáis tan profundamente sumidos en la negra superstición, que si esta noche os despertarais y vierais a vuestro lado ese bastón de la muerte, os moriríais con toda seguridad. Y moriríais no a causa de las virtudes de ese bastón, que no tiene ninguna, sino porque sois unos salvajes, con la oscura inteligencia de los salvajes.

Esos falsos doctores deben desaparecer, y todo lo que se ha perdido hay que volverlo a descubrir. Por este motivo no me canso de repetir ciertas cosas que debéis recordar y luego decir a vuestros hijos. Tenéis que decirles que cuando el agua se calienta por medio del fuego, se convierte en una cosa maravillosa llamada vapor, más fuerte que mil hombres y que puede sustituir todo el trabajo del hombre. Hay también otras cosas muy útiles. En el rayo reside una fuerza parecida, puesta al servicio del hombre; antiguamente ya fue su esclava y vendrá día en que lo volverá a ser.

Otra cosa admirable es el alfabeto. Permite conocer el significado de los escritos, en tanto que vosotros, muchachos, solo conocéis la representación simbólica. En aquella cueva de la Telegraph Hill, donde me veis a menudo cuando la tribu está junto al mar, he almacenado muchos libros que contienen gran sabiduría. Junto a ellos he colocado una clave del alfabeto, para que quien conozca la escritura simbólica pueda leer la impresa. Algún día los hombres volverán a leer; y entonces, si sigue intacta mi cueva, sabrán que en estos tiempos vivió el profesor James Howard Smith y que guardó para ellos la sabiduría de los antiguos.

Hay también otro legado que los hombres descubrirán inevitablemente. Es la pólvora. Esto era lo que nos permitía matar a grandes distancias. Cuando ciertas cosas, que se encuentran en la tierra, se combinan en las debidas proporciones, se convertirán en pólvora. He olvidado ya los nombres de estas cosas, o mejor dicho, nunca las he sabido. Pero quisiera conocerlas, porque entonces haría pólvora y mataría a Cross-Eyes, para librar al país de la superstición...

—Cuando sea hombre —dijo Hoo-hoo— daré a Cross-Eyes cabras, carne, pieles y cuanto pueda obtener para que me enseñe a ser doctor. Y cuando lo sea, haré que todo el mundo me obedezca.

Asombrado el anciano, murmuró:

—Me extraña mucho oír vestigios de la complicada lengua Aria en labios de un pequeño salvaje vestido de pieles. El mundo está revuelto desde la peste escarlata.

—Pues yo —dijo Hare-Lip al futuro curandero— te pagaré para que envíes el bastón de la muerte, pero si no tiene efecto, te lo estamparé en la cabeza. ¿Comprendes, Hoo-hoo, comprendes?

—Yo voy a pedir al abuelo que procure recordar la composición de la pólvora —dijo Edwin— y entonces os haré correr a todos. Tú cazarás para mí, Hare-Lip, y me procurarás carne, y tú, Hoo-hoo, enviarás el bastón de la muerte a quien yo te diga, para atemorizar a todos. Y si cojo a Hare-Lip queriendo estampártelo en la cabeza, le dejaré en el sitio valiéndome de la pólvora. El abuelo no es tan tonto como os figuráis, por eso voy a escuchar lo que dice y algún día seré superior a vosotros.

El viejo, moviendo la cabeza tristemente, dijo:

—La pólvora vendrá. Nada puede detener a la historia, que se repite indefinidamente. Se reproducirá la especie humana, y entonces la Humanidad deberá iniciar nuevamente sus luchas. La pólvora permitirá que el hombre pueda matar a millones de semejantes, y solo así, mediante el fuego y la sangre, se desarrollará una nueva civilización en un futuro muy remoto. ¿Cuál será su utilidad? Lo mismo que conoció la antigua civilización, también lo conocerá la futura. Tardará cincuenta mil años en surgir, pero sucederá irremisiblemente. Todo cambia. Lo único que perdura es la fuerza cósmica y la materia, siempre en estado de fusión, siempre accionando, reaccionando y produciendo eternamente las mismas figuras: el sacerdote, el soldado y el rey. De la boca de los niños surge la sabiduría de todas las edades. Unos luchadores, otros dominarán y otros rezarán; los demás trabajarán y sufrirán, y sobre sus cuerpos ensangrentados volverá a erigirse una y otra vez, infinitamente, la asombrosa belleza y la incomparable maravilla de la civilización. Lo mismo daría que yo destruyese los libros que guardo en la cueva, pues tanto si quedan como si desaparecen, se descubrirán las antiguas verdades que contienen, y subsistirán y se transmitirán todas sus mentiras. ¿De qué serviría...?

Hare-Lip se levantó de un salto, mirando a las cabras que pacían y al sol en su ocaso.

—¡Vamos! —dijo a Edwin—. Este viejo se pone más pesado cada día.
¡Vámonos!

En tanto que los otros dos muchachos, ayudados de los perros, reunían las cabras y se dirigían con ellas por el sendero del bosque, Edwin se quedó con el anciano y le guio en la misma dirección. Cuando llegaron a lo alto del antiguo camino, Edwin se detuvo y miró hacia atrás. Hare-Lip, Hoo-hoo, los perros y las cabras siguieron adelante. Edwin se quedó contemplando una pequeña manada de caballos salvajes que había bajado a la playa. Habría una veintena de ellos entre potrillos, animales de un año y yeguas, guiados todos por un hermoso caballo padre que, con el cuello arqueado y las pupilas brillantes, estaba junto al agua, echando espumarajos y aspirando el aire salado del mar.

—¿Qué hay? —preguntó el abuelo.

—Caballos —contestó Edwin—. La primera vez que los veo en la playa. Eso es que los leones de la montaña aumentan cada día y les obligan a retirarse.

El sol, ya muy bajo, lanzaba sus dardos de luz roja, en forma de abanico, desde el horizonte cubierto de nubes. Y no lejos de allí, en el blanco desierto azotado por las aguas, las focas rugían su canción ancestral, arrastrándose desde el mar hasta las oscuras rocas para combatir y amar.

—Vámonos, abuelo —dijo Edwin.

El viejo y el chico de aspecto salvaje, vestidos con pieles, se volvieron para continuar por el sendero del bosque, detrás de las cabras.



JACK LONDON (1876-1916), apodo de John Griffith Chaney, su nombre verdadero, fue un novelista y cuentista estadounidense de obra muy popular en la que figuran clásicos como *La llamada de la selva* (1903), que llevó a su culminación la aventura romántica y la narración realista de historias en las que el ser humano se enfrenta dramáticamente a su supervivencia. Algunos de sus títulos han alcanzado difusión universal.

En 1897 London se embarcó hacia Alaska en busca de oro, pero tras múltiples aventuras regresó enfermo y fracasado, de modo que durante la convalecencia decidió dedicarse a la literatura. Un voluntarioso período de formación intelectual incluyó heterodoxas lecturas (Kipling, Spencer, Darwin, Stevenson, Malthus, Marx, Poe, y, sobre todo, la filosofía de Nietzsche) que le convertirían en una mezcla de socialista y fascista ingenuo, discípulo del evolucionismo y al servicio de un espíritu esencialmente aventurero.

En el centro de su cosmovisión estaba el principio de la lucha por la vida y de la supervivencia de los más fuertes, unido a las doctrinas del superhombre. Esa confusa amalgama, en alguien como él que no era precisamente un intelectual, le llevó incluso a defender la preeminencia de la «raza anglosajona» sobre todas las demás.

Su obra fundamental se desarrolla en la frontera de Alaska, donde aún era posible vivir heroicamente bajo las férreas leyes de la naturaleza y del propio hombre librado a sus instintos casi salvajes. En uno de sus mejores relatos, *El silencio blanco*, dice el narrador: «El espantoso juego de la selección natural se desarrolló con toda la crueldad del ambiente primitivo». Otra parte de su literatura tiene sin embargo como escenario las cálidas islas de los Mares del Sur.

